

Antonio Pérez Esclarín

PARÁBOLAS

PARA VIVIR EN PLENITUD



Parábolas para VIVIR EN PLENITUD

ANTONIO PÉREZ ESCLARÍN

eBook

© SAN PABLO, 2012

Ferrenquín a Cruz de Candelaria

Edif. Doral Plaza, Local 1

Apartado 14.034, Caracas 1011-A, Venezuela Telfs.: (0212) 576.76.62 - 577.10.24

E-mail: editorial@sanpablo.org.ve

Web site: <http://www.sanpablo.org.ve>

Parte 1

PRESENTACIÓN

De nuevo vuelvo con un racimo de parábolas para alimentar el alma y reorientar la vida por caminos de plenitud. Lo hago motivado por la extraordinaria acogida que han tenido mis libros anteriores: Educar valores y el valor de educar: Parábolas; y Nuevas parábolas para educar valores. Son numerosas las personas que me han hecho saber que las utilizan en sus clases o como motivación antes de un taller, un retiro, una convivencia. Hay padres que las leen y comentan en familia. Algunos me han comunicado que regalan mis libros a amigos, a personas que quieren ayudar... Y otra cosa extraordinaria: algunos han llegado a decirme que les desaparecen mis libros, que no se los devuelven, lo cual, en estos tiempos de crisis de lectores, es el mejor juicio crítico que se puede hacer de un libro.

Incluso me han llegado comentarios positivos y palabras de ánimo para que siga escribiendo de más allá de nuestras fronteras, de países distantes y diversos.

Todo esto me ha convencido del valor de la parábola como medio para comunicar un mensaje, para suscitar la reflexión, para llegar directo y rápido al corazón del lector. Mis otros libros más académicos, más trabajados, no han tenido tanta acogida como los de las parábolas lo que, entre otras cosas, me ha reconfirmado en que “lo más sencillo es lo más culto”, y me ha puesto en guardia frente la validez de ciertos libros que, por ser tan profundos, uno nunca termina de entenderlos. Ya antes me había convencido de que no hay nada más ilegible que una tesis de grado y que la recomendación de publicación que acompaña a la excelente calificación de algunas, es el dictamen de destino a depósito o limitación a unas pocas decenas de lectores. Por ello, en mi afán de alcanzar a las personas que no son lectoras y de contribuir a la formación de algunos educadores que tienen dificultades ante libros más teóricos, retomo aquí algunas ideas e incluso trozos de mis libros más académicos, en especial, “Educación para Globalizar la esperanza y la solidaridad”. De este modo, espero comunicar de un modo más ameno y accesible mis inquietudes educativas y mi búsqueda apasionada por una educación que se oriente esencialmente a gestar auténticas personas y ciudadanos responsables y solidarios. Educar no es otra cosa que ayudar a cada persona a conocerse, quererse y emprender el camino de su propia realización. Dios nos creó por amor y para que vivamos felices. Por eso Jesús, palabra inagotable de Dios, vino para mostrarnos el camino de la plenitud, para que todos “tengamos vida y la tengamos en abundancia”.

Jesús, comunicador por excelencia, hablaba con lenguaje sencillo de modo que las verdades más elevadas estuvieran al alcance de todos. La parábola no diluye lo que es profundo, sino que acerca al corazón del mensaje por imágenes que ayudan a comprender, reflexionar e identificarse. Jesús hablaba compenetrado con las realidades de su pueblo, se adaptaba a su mentalidad, extraía los ejemplos de la vida cotidiana. En sus parábolas, los hombres y mujeres que le escuchaban se sentían reflejados y movidos a cambiar su corazón.

Algunas de las parábolas que hoy les ofrezco me las han enviado amigos o lectores, o me han llegado por correo electrónico. Otras las he creado yo o las he reelaborado a partir de algunos materiales conocidos o de lecturas que he realizado. Siempre que me es posible, cito la fuente de donde han sido obtenidas. Todas han sido re trabajadas por mí y es mío el comentario pedagógico-educativo que les acompaña. En cada parábola pretendo comunicar o afianzar una idea que, en la inmensa mayoría de las veces, es reforzada por otra que incluyo después del comentario pedagógico. Por ello, cada capítulo está elaborado con dos o más parábolas. En el índice pongo los títulos de todas ellas, para que el lector pueda encontrarlas más fácilmente.

La parábola tiene valor en sí misma y es capaz de hablar a cada lector de un modo propio y personal. De ahí que sería muy conveniente que cada uno intentara dejarse interpelar por ella y extraer sus propios mensajes y lecciones. También puede ser una muy buena actividad pedagógica leerla a los alumnos y que cada uno escriba su comentario o reelaboración.

Espero que estas parábolas alimenten el corazón de cada lector y le ayuden a desarrollar la semilla de sus posibilidades y emprender el camino hacia una vida cada vez más plena y más feliz. Un camino al encuentro de sí mismo, al encuentro con el otro diferente, y al encuentro con la hermana naturaleza, patrimonio común de la humanidad que todos debemos aprender a querer y cuidar.

1. EL PLANETA AZUL

Los científicos del planeta V3 perteneciente a la galaxia Imaginaria, lograron reunir una serie de indicios de que existía vida en aquel minúsculo planeta azul. Y enviaron unos emisarios a que averiguaran.

Estuvieron un tiempo camuflados viviendo con los terrícolas, sin darse a conocer. Cuando regresaron a su galaxia y a su planeta, presentaron un largo informe, del que copiamos algunos trozos:

—Sí hay vida y muy variada en el planeta azul, cuyos habitantes llaman tierra. Está habitado por unos seres muy violentos que han desarrollado una enorme capacidad de destrucción. Gastan inmensas fortunas para aniquilarse unos a otros, pero no son capaces de combatir la pobreza, la miseria y el hambre. Tienen almacenada una enorme cantidad de armas nucleares con las que podrían acabar varias veces con todo vestigio de vida. Mientras algunos botan los alimentos, gastan enormes cantidades para bajar de peso y hasta se operan para quitarse la gordura, otros muchos mueren de hambre. Les encanta matar los árboles, los ríos y hasta están empeñados en acabar con los océanos en los que descargan basuras y materiales tóxicos. Algunos viven en palacios y tienen varias mansiones, mientras otros muchos duermen en la calle por no tener cobijo. La mayoría afirma creer en Dios, pero a quien verdaderamente adoran es al dinero al que sacrifican vidas y personas. Sobresalen por su incoherencia y sus mentiras: aseguran que todos son iguales y hasta lo proclaman en sus constituciones, pero se desprecian unos a otros, se esclavizan y tienen unas diferencias de sueldos y de niveles de vida increíbles.. Dicen que quieren mucho a los niños, pero algunos los golpean, los abandonan, los ponen a trabajar en condiciones vergonzosas, los prostituyen y hasta matan. En algunos países los están sustituyendo por mascotas.

Seguía el informe presentando una gran variedad de datos y de situaciones increíbles. Y los autores lo cerraban de este modo: “Por todo esto, concluimos que los habitantes del planeta tierra han desarrollado un tipo de inteligencia irracional y autodestructiva, totalmente desconocida por nosotros. Mucho nos tememos que, si siguen así, pronto culminarán su tarea y lograrán destruirse por completo”.

Ciertamente, el planeta tierra parece haber perdido la brújula y anda a la deriva. Tras tanto desarrollo científico y tecnológico, impera el darwinismo social, la ley de la selva, la sobrevivencia de los más fuertes. Las desigualdades se agigantan de un modo vergonzoso entre países y entre grupos dentro de cada país. Los 225 personajes más ricos en el mundo acumulan una riqueza equivalente a la que tienen los 2.500 millones de habitantes más pobres, es decir, el 47% de la población total. Los tres personajes más acaudalados del planeta tienen activos que superan el PIB (Producto Interno Bruto)

combinado de los 48 países más pobres. Mil millones de personas viven con menos de un dólar diario, mientras que unos pocos multimillonarios aumentan sus fortunas en 500 dólares cada segundo. Algunos países de América Latina baten el récord mundial de las desigualdades sociales. En México, 24 familias tienen ingresos superiores a 24 millones de mexicanos. Algunos ejecutivos mexicanos ganan hasta 124 veces más que sus obreros. En Brasil, el 10% de la población acapara el 60% del ingreso nacional.

Una de las mayores preocupaciones de los privilegiados es cómo consumir sin engordar y, sólo en Estados Unidos, se realizan al año más de cuatrocientas mil liposucciones para sacarse la grasa, mientras que cada día mueren de hambre unos 35.000 niños. El hambre y la pobreza ocasionan cada año más muertes que todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Cada minuto se gasta más de un millón de dólares en armas, como ochocientos mil millones de dólares al año. Un solo tanque moderno equivale al presupuesto anual de la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación). Las grandes potencias tienen almacenadas más de 60.000 bombas nucleares, que equivalen a cuatro toneladas de explosivos por cada habitante del planeta. Bastaría el precio de un avión norteamericano B-2 para alimentar a los 13 millones de africanos y africanas que no tienen nada, absolutamente nada que comer.

Cuanto mayor es el éxito en la invención y creación de nuevas armas cada vez más sofisticadas y eficaces, más fracasamos en construir la paz.

A la cruda y espantosa miseria de miles de millones de personas, habría que añadir la creciente miseria humana y espiritual de los satisfechos. Millones se deshumanizan al tener que vivir en condiciones inhumanas, otros se deshumanizan al volverse insensibles ante el dolor de sus semejantes. Muchos matan para tener, otros matan –o mandan matar– para defender lo que tienen y para impedir que los demás tengan. Los miserables asaltan con cuchillos y pistolas, los poderosos aniquilan con combas inteligentes.

La selva humana está resultando mucho más cruel que la de los animales: estos no acaparan o amontonan, ni privan a los demás, si están hartos. Algunos gobiernos, para atraer la inversión extranjera, han contribuido a degradar y superexplotar la fuerza de trabajo, volviendo a situaciones de esclavitud que parecían definitivamente superadas. Particularmente graves son las condiciones de trabajo que impone el capital transnacional en las maquilas. Las mujeres, que son preferidas para este tipo de trabajo, deben someterse a pruebas de embarazo, trabajan jornadas de 14 horas o más, son vigiladas permanentemente y no se les permite ni ir al baño, a no ser en unos pocos minutos previamente reglamentados. Les está prohibida toda forma de organización para velar por sus derechos, sufren con frecuencia maltratos y acoso sexual, y la mayoría gana menos de un dólar diario. En 1997, Michael Jordan ganó por su publicidad de los zapatos Nike, más que los 30.000 obreros indonesios de dicha industria.

En un mundo que invita a todos al festín del consumo y del tener, pero cierra las puertas a las mayorías que no pueden pagar la entrada, aumenta de un modo vertiginoso la violencia. Violencia del exhibicionismo de los que tienen, ostentan y derrochan, violencia de los que buscan tener a cualquier precio (asalto, robo, prostitución, tráfico de drogas, de niños, de órganos...), violencia de los aparatos represivos, que en vano intentarán poner orden en un mundo estructuralmente desordenado. Las cárceles inhumanas e inmundas, donde se cultiva con tenacidad el odio y la violencia, verdaderas escuelas de delincuencia, se llenan y rellenan de pobres (raramente un delincuente de cuello blanco y corbata va a la cárcel o, si va, es a una cárcel “especial”), y la seguridad es un privilegio del que cada vez pueden disfrutar menos personas. En muchas ciudades y barriadas, seguir con vida es tan sólo cuestión de suerte. Cada lunes, los periódicos de las principales ciudades del sur ofrecen el balance de víctimas por la delincuencia como un abultadísimo parte de guerra.

Por todas partes impera el desorden y la violencia. Mueren los ríos y los árboles, cada vez se siente más débil y lejano el canto de los pájaros, la contaminación nos tapa las estrellas y el hueco en la capa de ozono amenaza con engullir la vida. Llenos de ruidos y de prisas, somos incapaces de escuchar los lamentos de la tierra herida, los gritos de hambre y de dolor de nuestros hermanos, y el rumor sordo de nuestra creciente soledad.

2. EL HOMBRE Y EL MUNDO

Había una vez un científico que, muy preocupado por los graves problemas del mundo, pasaba horas y horas meditando sobre el modo de cambiarlo. Un día que se encontraba en el sofá de la sala entregado a profundas y muy sesudas elucubraciones, llegó su hijo de siete años y le invitó a jugar con su pelota.

—No tengo tiempo para jugar ahora, estoy buscando una fórmula para arreglar el mundo. Vete a jugar a otra parte.

Como el niño le insistía en que no quería jugar solo, el padre buscó el medio para entretenerlo de modo que no le siguiera molestando. Como a su hijo le encantaba armar rompecabezas, agarró un mapa del mundo que encontró en una revista, lo partió con una tijera en muchos pedazos irregulares, los mezcló y le pidió al niño que armara el rompecabezas del mundo. Estaba seguro que al niño le llevaría muchas horas armar ese rompecabezas o que incluso no sería capaz de hacerlo, pues ni siquiera conocía bien el mapa del mundo. Para su sorpresa, no pasó ni media hora cuando el niño le mostró el rompecabezas perfectamente armado.

El padre, sin poder creer lo que veía, le preguntó desconcertado:

—¿Pero cómo hiciste para armar tan rápido el mundo, si ni siquiera sabías cómo era?

—Muy fácil. Cuando sacaste la revista y empezaste a cortar el mapa, vi que del otro lado estaba la figura de un hombre. Yo no sabía cómo era el mundo, pero sí sabía cómo era el hombre. Lo armé y el mundo se armó solo.

Para cambiar el mundo, para hacer de él un gran hogar donde todos podamos vivir como hermanos e incluso celebrar nuestras diferencias, hay que cambiar a los seres humanos, que somos los que lo hacemos. Si cambiamos las personas, todo cambiará. En este mundo tan convulsionado y agitado, la verdadera paz sólo será posible si logramos personas que tienen en paz su corazón.

Esta debe ser la tarea esencial de la educación, que debe recuperar su tarea humanizadora. Necesitamos con urgencia una educación capaz de enrumbar a este mundo que avanza a velocidades vertiginosas sin destino ni metas. Provoca gritar con Mafalda: “Paren la tierra, que me quiero bajar”. Una educación que, en palabras de Mounier, despierte el ser humano que todos llevamos dentro, nos ayude a construir la personalidad y encauzar nuestra vocación en el mundo. Se trata de desarrollar la semilla de uno mismo, de promover ya no el conformismo y la obediencia, sino la libertad de pensamiento y de expresión, y la crítica sincera, constructiva y honesta.

El objetivo de la educación no puede ser meramente enseñar conocimientos y habilidades, promover a los alumnos de un grado a otro, otorgar títulos académicos, sino que debe orientarse a formar personas plenas, a cincelar corazones fuertes, solidarios, a gestar ciudadanos capaces de comprometerse en el bien común, conscientes de que la sobrevivencia de la humanidad pasa por la convivencia y de que el egoísmo y el individualismo son a la larga formas de suicidio. Hay que atreverse a convertir los centros educativos en talleres de humanidad y a otorgar títulos de verdaderas personas.

Esto va a exigir educadores comprometidos en su propia humanización y en la gestación de una educación capaz de poner el desarrollo al servicio del hombre, que tenga en el centro de sus preocupaciones y opciones a la persona humana, su dignidad y realización, y no el mercado, los intereses económicos o el afán de ganar cada vez más para así comprar y consumir sin límites y de este modo, creerse superior a los demás. Educar es apostar y trabajar por un mundo mejor mediante la formación del corazón de las personas. De ahí que es imposible educar sin esperanza y nadie puede ser genuino educador sin vocación de servicio. Educar no puede ser meramente una profesión para ganarse la vida, sino que tiene que ser una vocación para dar vida, para ganar a la vida plena a los demás, para provocar las ganas de vivir con sentido y con proyecto promoviendo la vida de los demás.

Si en verdad estamos convencidos de esto, la educación debería ocupar el primer lugar entre las preocupaciones públicas y entre los esfuerzos de la sociedad. Si es un derecho, es también un deber de todos. De ahí la necesidad de asumir la educación como tarea de todos, como proyecto nacional, objeto de consensos sociales, amplios y duraderos. El Estado debería liderar la puesta en marcha de un verdadero proyecto educativo, en coherencia con el proyecto de país que quiere la mayoría, capaz de movilizar las energías creadoras y el entusiasmo de toda la sociedad.

El problema educativo es demasiado serio para dejárselo solo al Ministerio de Educación. Si realmente estamos convencidos de la importancia de la educación, de que es el arma fundamental para lograr un desarrollo humano sustentable, toda la sociedad debería asumir una economía de guerra en pro de la verdadera educación. Guerra frontal contra la ignorancia, contra la pobreza, contra la ineficiencia, contra el derroche, contra la malversación, contra la retórica, contra el personalismo, contra la indiferencia, contra el egoísmo, contra la mediocridad. Guerra por la apropiada dignificación de los educadores: “Si queremos acabar con la pobreza de la educación, debemos acabar primero con la pobreza de los educadores”. Tomar en serio la educación implica adoptar políticas urgentes para que los mejores talentos y corazones se inclinen a estudiar esta carrera.

Un genuino educador nunca se deja dominar por la desesperanza pues es capaz de

descubrir la persona posible en el rostro más sórdido y brutal. Y apuesta por la posibilidad profunda de transformación. Apuesta por la gracia, como regalo gratuito de Dios:

Entre las obras principales del gran pintor renacentista Leonardo Da Vinci está la última cena. Cuentan que tardó siete años en pintar el cuadro, y buscó entre personas completamente desconocidas los rostros que le servirían de modelo para representar a Jesús y los doce apóstoles.

Decidió empezar por Judas Iscariote, el apóstol que traicionó a su Maestro y lo vendió por treinta monedas de plata. Semana tras semana estuvo Da Vinci buscando un rostro marcado por las huellas de la deshonestidad, avaricia, hipocresía y crimen. Una cara que reflejara el carácter de alguien capaz de traicionar a su mejor amigo.

Después de desechar muchos candidatos, Da Vinci se enteró de que existía en Roma un condenado a muerte que llenaba ampliamente sus expectativas. El pintor viajó sin demora a Roma y sacó al condenado de la cárcel. Era un joven de piel sucia, rasgos violentos y pelo largo y descuidado. Representaba perfectamente el papel de Judas para su pintura.

Mediante un permiso especial del Rey, Da Vinci logró autorización para que pospusieran la ejecución del criminal y lo trasladó a Milán, donde pintaría el cuadro. Durante meses, este hombre estuvo posando en largas jornadas para el pintor, que luchaba por plasmar en su cuadro sus rasgos de malvado.

Cuando terminó de pintarlo, les dijo a los guardias que podían devolverlo a la prisión. Entonces, el prisionero se puso de rodillas ante Da Vinci y llorando amargamente, le dijo:

—Dame, por favor, una oportunidad. Durante mi vida pasada he sido un verdadero Judas Iscariote, pero estoy dispuesto a cambiar de vida. Déjame en libertad y te juro que voy a rehacer con mi conducta todos los males que hice.

A Leonardo Da Vinci le impresionó la cara de dolor y arrepentimiento del hombre e intercedió para que lo dejaran en libertad.

Durante seis años continuó trabajando el pintor en su sublime obra de arte. Con verdadero cuidado y atención fue seleccionando las personas que modelaron a los restantes apóstoles. Sólo le faltaba encontrar alguien que pudiera representar a Jesús, la figura central y más importante del cuadro.

Numerosos jóvenes pasaron por su estudio, pero ninguno le convenció. No era fácil encontrar un rostro viril que reflejara inocencia, belleza y madurez. Finalmente, después

de semanas de intensa búsqueda, se decidió por un joven de 33 años, la misma edad del Cristo que tenía que representar.

Durante seis meses trabajó Da Vinci en el personaje principal de la obra. Cuando hubo terminado, se acercó al joven y, después de agradecerle la paciencia, se dispuso a pagarle sus meses de modelaje. Pero el joven rechazó el dinero y le preguntó con una sonrisa:

—¿Acaso no me has reconocido todavía? Hace seis años estuve aquí mismo modelando a Judas Iscariote. Te pedí una oportunidad para rehacer mi vida y me la diste. Si ahora te he servido para modelar a Jesús, significa que he cumplido la palabra que te di. Gracias por la oportunidad que me diste y por haber creído en mí.

(Enviada por Ángel Martínez, “El Pájaro”).

3. EL PARAGUAS

Una terrible sequía castigaba sin misericordia a los habitantes de aquel país lejano. Cada mañana el sol brotaba inexorable y recorría su camino de fuego matando ríos, secando campos, agostando las cosechas. Los pocos rebaños lloraban de sed alrededor de los pozos resecos. Si no llovía pronto, todos morirían.

Estuvieron de acuerdo en que eso era un castigo de los dioses por sus numerosos pecados. Había que organizar una acción de desagravio. Todos los hombres importantes fueron citados a la casa comunal. Llegaron los ricos con sus joyas, los sacerdotes con sus inciensos y oraciones, los guerreros con sus armas, los sabios con sus elucubraciones y sus libros. Pero los dioses seguían sordos ante sus sacrificios y sus súplicas.

Al tercer día, se acercó una niña con un paquete en sus brazos. Tocó la puerta y, cuando le abrieron, dijo que les traía lo que los dioses estaban esperando.

Algunos se molestaron mucho porque, además de hacerles perder el tiempo, les distrajo de sus oraciones y plegarias. “¡Qué iba a tener esa niña que pudiera quebrar el fuerte enojo de los dioses! Pero algunos, por curiosidad, opinaron que debían abrir el paquete. Cuando lo hicieron, el cielo comenzó a nublarse. Para sorpresa de todos, el paquete contenía un paraguas. Ninguno de ellos había tenido la suficiente esperanza para traerlo por estar seguros de que iba a llover.

(Escuchada en un Encuentro de Voluntarios en Madrid)

Al comienzo de los tiempos, existían millones y millones de estrellas en el cielo. Las había de todos los colores: blancas, plateadas, verdes, doradas, amarillas, rojas, azules...

Un día, se acercaron inquietas a Dios y le dijeron:

–Señor Dios, nos gustaría bajar a la tierra y vivir con los hombres y mujeres que la habitan.

–Bajen si lo desean –les dijo Dios, y en esa noche cayó sobre la tierra una bellísima lluvia de estrellas.

Algunas se acurrucaron en los campanarios de las iglesias, otras se mezclaron con las flores, los árboles y las luciérnagas del bosque, otras se ocultaron en los juguetes de los niños, y desde esa noche toda la tierra quedó maravillosamente iluminada.

Sin embargo, cuando fueron pasando los días, las estrellas decidieron regresarse al

cielo y dejaron la tierra sin alegría y sin brillo.

–¿Por qué regresaron? –les preguntó Dios cuando llegaron.

–En la tierra hay mucho egoísmo, miseria, injusticia, maldad –respondieron las estrellas.

Cuando Dios las contó, vio que faltaba una. ¿Se habría perdido en el camino de regreso al cielo?

–No, Señor, no se ha perdido –le dijo a Dios un ángel–. Ella decidió quedarse con los hombres y mujeres de la tierra. Comprendió que debe vivir donde impera la imperfección, donde las cosas no marchan bien, donde hay dolor, injusticia, miseria y muerte.

–¿Qué estrella es esa? –preguntó Dios muy intrigado.

–Es la estrella verde, Señor, la de la esperanza.

Y cuando volvieron los ojos a la tierra, vieron asombrados que la estrella no estaba sola y que de nuevo toda la tierra estaba iluminada pues en el corazón de cada hombre y de cada mujer brillaba una estrellita verde, la luz de la esperanza, la única estrella que Dios no necesita y que da sentido a la vida sobre la tierra.

La esperanza, como lo expresaba Ernst Bloch, es la más humana de todas las emociones. Ella impide la angustia y el desaliento, pone alas a la voluntad, se orienta hacia la luz y hacia la vida. Sin esperanza, languidece el entusiasmo, se apagan las ganas de vivir y de luchar. La esperanza se opone con fuerza al pragmatismo, que es una deserción mediocre y cobarde en la tarea de construir un mundo mejor.

“La esperanza es lo último que se pierde”, dice un viejo refrán. Desgraciadamente, en nuestros tiempos, parece ser lo primero que se ha perdido. Los profetas del acomodo y de una vida insípida, sin pasión, compromiso y riesgo, están empeñados en acabar con la esperanza. Por eso, al proclamar “el fin de la historia” están decretando la muerte de las utopías y los sueños, están negando la posibilidad de un compromiso decidido en la misión de cambiar el mundo.

Los genuinos educadores no podemos aceptar como fin de la historia esta mezcla de mercado con democracia light, de baja intensidad, sin sueños ni ideales, donde el ciudadano es reducido al mero papel de productor eficiente y consumidor acrítico.

No permitamos que nos roben la esperanza, la ilusión, los sueños. Ante la creciente

inseguridad que estamos viviendo, enrejamos puertas y ventanas para que no se nos lleven el televisor o el microondas, ponemos alarmas a nuestros carros, aseguramos nuestros bienes, pero no nos protegemos contra los ladrones de esperanza y de sueños. Hay especialistas en robar ilusiones, abundan a nuestro alrededor y todos los conocemos bien, son tal vez nuestros compañeros. Hablan y enseguida enfrían el entusiasmo, las ganas de comprometerse, de levantarse de las rutinas y de una vida sin brillo y sin pasión. Por eso, huyamos de los ladrones de ilusiones, de los amargados y pusilánimes, de los que pretenden reducir la felicidad a amontonar cosas o conseguir trapos de marca, de los “realistas” que no se atreven a soñar.

El derecho a soñar, como ha expresado Eduardo Galeano, no figura entre los 30 derechos humanos que las Naciones Unidas proclamaron a fines de 1948. Pero si no fuera por él, y por las aguas que da de beber, los demás derechos morirían de sed. Sería terrible si no pudiéramos imaginar un mundo, un país, una educación distinta, soñar con ellos como proyecto y entregarnos con esperanza y alegría a su construcción. Por ello, en palabras de Don Pedro Casaldáliga, obispo claretiano de Brasil, esta es NUESTRA HORA:

Es tarde
pero es nuestra hora.
Es tarde
pero es todo el tiempo
que tenemos a mano
para hacer futuro.
Es tarde
pero somos nosotros
esta hora tardía.
Es tarde
pero es madrugada
si insistimos un poco.

Los educadores, que apostamos por una persona, un futuro, un mundo mejor, no podemos educar sin esperanza. Educamos para hacer realidad una nueva humanidad. Nos educamos porque todavía no somos. La educación se nos presenta como un largo viaje, de toda la vida, hacia la conquista de una persona integral, multidimensional y ecológica, es decir, que vive en equilibrio consigo misma, con los demás y con la naturaleza, y por ello combate con valor todo lo que amenaza la vida. El sentido último de la vida es dar vida. Por ello, frente a los énfasis de una educación para la eficacia, preferimos hablar de una educación para la fecundidad. La eficacia pide urgencia y rentabilidad. La fecundidad pide paciencia y gratuidad. La eficacia se dirige al mundo de las cosas que podemos transformar. La fecundidad se dirige al mundo de las personas. Ser persona fecunda es vivir desviviéndose por los demás; es vivir dando vida. Es

hacerse cargo de alguien con el compromiso de acompañarle, de ayudarlo.

A los educadores cristianos se nos ordenó, además, buscar la utopía del reino, por ello debemos ser militantes aguerridos de la esperanza, la ilusión y el compromiso. Estamos, en consecuencia, llamados a ponerle color a la vida y vestirla de ilusiones y de sueños. En palabras de Fernando González Lucini, debemos ser los “diseñadores” del futuro; debemos soñarlo y diseñarlo, es decir, esforzarnos en convertir nuestros sueños en proyectos para que vayan siendo realidad. Nuestra misión es sacudir las conciencias, enseñar a soñar y también, como el enanito de la canción de Silvio Rodríguez, ser reparadores de sueños, sanadores de esos corazones enfermos, encerrados en sí mismos, que son incapaces de palpar con ilusiones:

Siempre llega el enanito
con sus herramientas
de aflojar odios
de apretar amores.
Siempre, siempre, siempre,
llega el enanito
con afán risueño
de enmendar lo roto.
Siempre,
apartando piedras de aquí,
basura de allá,
haciendo labor.
Siempre va
esta personita feliz
trocando lo sucio en oro.
Siempre
llega hasta el salón principal
donde está el motor que mueve la luz.
Y siempre allí
hace su tarea mejor
el reparador de sueños.

4. ¿MERECE LA PENA TU VIDA?

Paulo Coelho nos cuenta la historia de un joven que contemplaba el océano en la cubierta de un barco carguero, cuando una ola inesperada lo lanzó al mar. Después de un gran esfuerzo, un marinero logró rescatarlo.

–Le estoy muy agradecido por haberme salvado la vida –le dijo el joven.

–No se preocupe –respondió el marinero–, pero procure vivirla como algo que mereció la pena salvar.

Vivir es hacerse, construirse, soñarse, inventarse, desarrollar la semilla de uno mismo. Nos dieron la vida, pero no nos la dieron hecha. En nuestras manos está la posibilidad de gastarla en la banalidad y la mediocridad o de llenarla de plenitud y de sentido. Hoy son muy pocos los que se atreven a plantearse con seriedad hacer el camino de su vida y caminarlo con radicalidad. Piensan que vivir es seguir rutinariamente los caminos que marcan las modas, las propagandas, el mercado, las costumbres, los dirigentes... El conformismo, el gregarismo y la imitación se impone a través de la publicidad, el consumo y los medios de comunicación. Se hace lo que hace la mayoría, lo que nos indican que hay que hacer. No hay metas, objetivos, sueños, ideales, proyecto. Lo importante es pasarlo bien, hacer lo que todo el mundo hace, no salirse del rebaño. La vida es placer y, si no, no es vida. Es bueno lo que me apetece y malo lo que me disgusta.

Todo se reduce a pragmatismo y frivolidad. La vida se va convirtiendo en una sucesión de episodios irrelevantes y triviales. A pesar de que cada vez hay mayor preocupación por alargar la vida y se habla mucho de calidad de vida, la supuesta calidad de vida se reduce, por lo general, a llenarse de cosas, estar a la moda y llevar una vida cómoda, sin problemas.

Nuestro tiempo se caracteriza por un desbocado crecimiento tecnológico y una impresionante decadencia moral y espiritual. Todos necesitamos llenarnos de cosas, de crecer hacia afuera para tapar nuestro enanismo espiritual y nuestra creciente soledad. Nuestra sociedad enferma fomenta la adicción a las compras, al sexo sin compromiso, a la televisión, al alcohol, a las drogas, e idealiza al hombre light, superficial y vano, narcisista, entregado al dinero, al poder, al gozo ilimitado. Todo invita al descompromiso y la mediocridad. La vida moderna se presenta cada vez como un camino sin meta. Lo superficial y hueco se propone como lo valioso, el ideal de vida. Los efímeros héroes del deporte, la música, la moda son los modelos que hay que imitar y seguir.

Necesitamos con urgencia una educación humanizadora, que enseñe ante todo a vivir,

a asumir la vida como tarea, como proyecto. El proyecto debe responder al sueño que uno tiene de sí mismo, anticipar la persona que uno puede llegar a ser. Educar es ayudar a conocerse, valorarse y emprender el camino de la propia realización. El único conocimiento realmente importante es el conocimiento de sí mismo. “Conócete, quiérete, sé tú mismo, atrévete a vivir”, se convierte en el objetivo esencial de todo genuino educador. Hoy, la mayor parte de la gente se la pasa huyendo de sí mismos, del compromiso, de la vida. Son verdaderos campeones de la fuga. Empujados por los demás, empujando a otros, corren y se fatigan sin saber a dónde van.

La educación debe plantearse muy seriamente ayudar a cada persona a recobrar el sentido de su existencia. El arte de la vida consiste en hacer de la vida una obra de arte. La tarea del educador es evitar que el ser humano siga a la deriva, malgastando su vida en la superficialidad. Los padres dan la vida, pero los educadores damos el sentido a la vida. Tenemos una misión de parteros del espíritu, de constructores de corazones generosos capaces de entregarse a promover la vida, a defenderla dondequiera que esté amenazada.

Educar es, en definitiva, ayudar a cada persona a que se plantee seriamente su proyecto de vida y proporcionarle el impulso y el carácter para que sea capaz de vivirlo con radicalidad.

Tenía un doctorado en planificación por la Universidad de Harvard. Se la pasaba dictando conferencias sobre planificación estratégica. Las empresas más importantes y las universidades de mayor prestigio se lo disputaban. Era especialista en la elaboración de proyectos productivos y dominaba como nadie las técnicas del FODA. Las cuentas bancarias del Dr. Rodríguez engordaban día a día, pues cobraba a precio de oro sus asesorías y conferencias. La vida le sonreía, era un verdadero triunfador.

Una noche, llegó muy cansado y excitado a su habitación de hotel de cinco estrellas. El numeroso público de empresarios había aclamado su conferencia poniéndose de pie. Después, le habían invitado a una cena succulenta, donde todo el mundo se disputaba sus palabras. Algunas damas se esforzaron ostentadamente por impresionarlo con sus encantos. Se sentía agotado y un poco mareado por los numerosos whiskys que había tomado. Cuando por fin logró dormirse, tuvo una extraña pesadilla:

Había muerto y, a la entrada del cielo, un ángel hacía unas preguntas a los que iban llegando. Pronto averiguó de los que esperaban en la cola que las preguntas tenían que ver con la planificación y los proyectos. El hombre sonrió pensando que, si así eran las cosas, él tenía asegurado un lugar privilegiado en el cielo.

Cuando le llegó su turno, empezó a echarle al ángel su discurso preferido sobre planificación estratégica.

Pero el ángel le cortó con cierta sequedad:

—No, no, usted no ha comprendido nada. Yo le estoy preguntando por su proyecto de vida. La única planificación que aquí nos interesa es la planificación de sí mismos.

El hombre se despertó sudando frío y decidió en adelante empezar a preocuparse por su proyecto de vida.

5. LA MIRADA

Un viejo rabino preguntó a sus discípulos si sabían cómo se conoce el momento en que termina la noche y comienza el día.

—¿Cuando ya podemos distinguir a lo lejos entre un perro y una oveja? —le preguntó uno de ellos.

El rabino contestó:

—¡No!

—¿Será cuando ya se distingue en el horizonte una ceiba de un samán? —se aventuró otro de los discípulos.

—¡Tampoco! —respondió con convicción el rabino.

Los discípulos se miraron desconcertados:

—Entonces, ¿cómo se sabe? —preguntaron ansiosos.

El viejo rabino los miró con sus ojos mansos de sabio y les dijo:

—Es cuando tú miras en el rostro de cualquiera y puedes ver en él la cara de tu hermano o de tu hermana. Hasta que no llega esa hora, la noche se extiende sobre nosotros.

En un mundo diverso y plural, y en un país como Venezuela donde estamos rotos, divididos, terriblemente polarizados, necesitamos con urgencia aprender a mirarnos para ser capaces de vernos como conciudadanos y hermanos y no como rivales, amenazas o enemigos. El conciudadano es un compañero con el que se construye un horizonte común, un país, en el que convivimos en paz a pesar de las diferencias. El ciudadano genuino entiende que la verdadera democracia es un poema de la diversidad y no sólo tolera, sino que celebra que seamos diferentes. Diferentes pero iguales. Precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos el derecho a ser y pensar de un modo diferente dentro, por supuesto, de las normas de la convivencia que regulan los derechos humanos y los marcos constitucionales.

“Lo esencial es invisible a los ojos. Sólo se ve bien con el corazón”, escribió Saint Exupéry en **El Principito**. La mirada con el corazón se esfuerza por comprender al otro y es capaz de acercarse a su cultura, sus preocupaciones, sus modos diferentes de

expresión, celebración y vida, su dolor, su agresividad, sus problemas, sus miedos. Mirada cariñosa que no excluye a nadie, sino que incluye a todos, que acoge, estimula, supera las barreras, da fuerza, construye puentes. Mirada capaz de verse en los ojos del otro, que se pregunta por qué lo veo así y por qué él me ve de esta manera. Mirada profunda, crítica, que trata de ir al fondo de los conflictos y problemas, y no se contenta con explicaciones superficiales, con repetir slogans, consignas, frases hechas, o lo que dicen los medios de comunicación que, cada vez más, ya no reflejan la realidad sino que la crean. Sólo sucede lo que sucede en la pantalla de nuestros televisores. El ideal de muchas personas ya no es ser, sino existir, es decir, salir en los medios. Mirada amorosa que acompaña, respeta, acerca, genera confianza. Mirada, en consecuencia, creadora, capaz de ver al hermano en el rival o diferente, el mundo posible en el actual desconcierto y división.

“Ojos que no ven, corazón que no siente”, dice un viejo refrán. Pero también es cierto al revés: “Corazón que no siente, ojos que no ven”. Muchos ven la realidad de hambre, violencia, miseria, pero no les conmueve porque su corazón no siente. Son como el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano: vieron al golpeado del camino, pero siguieron de largo. No fueron capaces de verlo con los ojos del corazón, no se compadecieron, es decir, no padecieron con su dolor, por eso siguieron de largo. Sólo el buen samaritano vio con el corazón, por ello hizo suyo el dolor del herido, se acercó y sanó sus heridas.

Los educadores necesitamos aprender a mirar a cada alumno, sobre todo a los más débiles y golpeados por la vida, con los ojos del corazón para acercarnos con cariño a su dolor y sus heridas; para que, en nuestros ojos, se sientan acogidos y queridos. La mirada cariñosa es capaz de descubrir talentos y posibilidades donde los demás sólo ven carencias y problemas. Una sonrisa, una palmada, una palabra de aliento son capaces de romper resistencias y barreras. Aprendamos a mirar y enseñemos a mirar para descubrir en cada rostro a un hermano. Hoy se habla mucho de libertad e incluso de igualdad, pero hemos olvidado la fraternidad. Por eso, la libertad e igualdad proclamadas languidecen sin vida verdadera.

6. LA CARRETA

Caminaba con mi padre cuando él se detuvo en una curva, y después de un breve silencio, me preguntó:

–Además del canto de los pájaros y del susurro de la brisa, ¿escuchas algo más?

Agudicé mis oídos y algunos segundos después le respondí:

–Sí, estoy escuchando el ruido de una carreta.

–En efecto –dijo mi padre–, y es una carreta vacía.

Me sorprendió su seguridad y le pregunté intrigado:

–¿Cómo sabes que es una carreta vacía si todavía no la vemos?

–Porque mete mucho ruido –me respondió sonriendo mi padre–, cuanto más vacía está la carreta, es mayor el ruido que hace.

Me convertí en adulto y cuando veo una persona que habla demasiado, que acapara la palabra, que parece regodearse en el encanto de su propia voz, me acuerdo siempre de las palabras de mi padre:

–Cuanto más vacía la carreta, mayor es el ruido que hace.

(Enviada por un educador de Fe y Alegría de Paraguay)

Discutían un día el fuego, el agua y el viento sobre cuál de ellos era más importante.

–Soy yo –argumentaba el fuego–, sin mí todos morirían de frío.

–Estás muy equivocado –clamaba el agua–, el más importante de todos soy yo, sin mí todos morirían de sed.

–¡Cómo pueden ser tan ilusos! –porfiaba el aire–, ¿no se dan cuenta que sin mí todos se asfixiarían enseguida, e incluso ni siquiera podrían nacer?

Entonces, vieron que Dios pasaba por allí, les sonreía en silencio, y seguía de largo, sin decir nada.

Desde aquel momento, ni el agua, ni el fuego ni el aire han vuelto a decir una palabra y cada uno desempeña humildemente y en silencio su labor.

Vivimos en un mundo donde las palabras cada día tienen menos valor. Palabra rebajada a mera cháchara vana, a chisme que hurga en la intimidad de los demás, a rumor que enloda vidas y personas o engendra el sobresalto. La publicidad y la política han hecho de las palabras el arte de la seducción y el engaño y han terminado por matarlas. Muchos, más que facilidad de palabra, tienen dificultad de callarse.

Vivimos aturridos de palabras y de ruidos. Palabras y palabras, montones de palabras muertas, sin carne, sin contenido, sin verdad. Dichas sin el menor respeto a uno mismo ni a los demás, para salir del paso, para confundir, para ganar tiempo, para acusar a otro, sin importar que sea inocente, para sacudirse de la propia responsabilidad. Todo genocidio empezó con la descalificación verbal del otro. Los colonizadores europeos llamaron salvajes e irracionales a los indios, los esclavistas calificaron de bestias a los negros, los nazis denominaban ratas a los judíos y gitanos. No pronunciemos ni aceptemos por eso ninguna palabra ofensiva, descalificadora, sembradora de división y de violencia. No escuchemos ni sigamos tampoco a los que las dicen, los que mienten sin el menor pudor, los que prometen y no cumplen, los que rebajan la felicidad a tener ropas de marca.

Si a todo el mundo le preocupa la devaluación de su moneda, debería preocuparle todavía más la devaluación de la palabra. Palabras como amor, justicia, libertad..., ya no significan nada o pueden incluso significar todo lo contrario: sexo indiscriminado, venganza, capricho... Es imposible construir un país o un mundo genuinamente humanos si la palabra no tiene valor alguno, si lo falso y lo verdadero son medios igualmente válidos para lograr los objetivos, si ya nunca vamos a estar ciertos de qué es mentira y qué es verdad. En consecuencia, necesitamos con urgencia una educación que recupere el valor de la palabra, que enseñe a hablar y escuchar sólo palabras verdaderas, encarnadas en la conducta y en la vida. Palabras maduras en el silencio del corazón. Desde el silencio, a la palabra y el encuentro. Sólo se podrá comunicar el que es capaz de distanciarse del clima de los rumores, si crea un ambiente de silencio en su interior, si se torna disponible, si presta atención, si se abre a recibir.

No olvides nunca que es preferible ser dueño de tu silencio que esclavo de tus palabras.

“El mejor modo de decir es hacer”, repetía José Martí. Sólo palabras-hechos, sólo la coherencia entre discursos y políticas, entre proclamas y vida, entre conducta y declaración, nos podrá liberar del actual laberinto que nos asfixia y destruye. Enseñemos a analizar y desoír los cantos de sirena, las promesas de los falsos mesías que no viven lo que anuncian, las publicidades que ofrecen plenitud en las gotas de un perfume o en las

falacias de una dieta milagrosa. No escuchemos llamados que nos separan y dividen; palabras o discursos que nos siembran la ira y la venganza. AISLEmos y demos la espalda a los charlatanes, y oigamos el ruido ensordecedor de sus vidas y acciones que no dejan escuchar lo que en vano se esfuerzan por decirnos.

“En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios, y la Palabra era Dios” (Juan 1,1). Jesús es la Palabra inagotable de Dios, una palabra de amor y de perdón. Jesús, Palabra de Dios, siempre vivió lo que decía. Palabra y Vida siempre fueron juntas. Por eso, vivió lo que proclamaba y su vida fue su principal enseñanza. Fue, por eso, El Maestro.

Los educadores debemos esforzarnos por educar con el ejemplo y con la vida, de modo que no neguemos con nuestras acciones y conducta lo que pronuncian nuestros labios. Que boca y vida no se contradigan nunca y brinden siempre la misma enseñanza. No olvidemos nunca la vieja fábula La Zorra y el Leñador de Esopo:

Una zorra estaba siendo perseguida por unos cazadores cuando llegó a la cabaña de un leñador y le suplicó que la escondiera. El leñador le permitió entrar y le dijo que no se preocupara.

Enseguida llegaron los cazadores y le preguntaron al leñador si había visto a la zorra. El leñador les dijo con la voz que no, pero con su mano les señalaba disimuladamente dónde estaba escondida la zorra.

Los cazadores no comprendieron las señas de la mano y se confiaron únicamente en lo que les había dicho con sus palabras.

La zorra, al ver que se marchaban, salió y se fue sin decir nada.

El leñador comenzó a reprocharle su ingratitud que, a pesar de que le había salvado, no le daba las gracias.

–Te hubiera dado las gracias si tu mano y tu boca hubieran dicho lo mismo –contestó la zorra.

7. ESCUCCHAR

El Abad les dijo a los monjes:

–Para comprender al hermano hay que escucharlo. Escuchar no es lo mismo que oír, ni siquiera, que oír con atención, es mucho más.

Aquella noche un joven novicio se acercó al Abad y le pidió que le explicara lo que les había dicho, pues no terminaba de entenderlo.

El Abad tomó una esponja seca y dejó caer sobre ella unas gotas de agua.

–¿Comprendes ahora?

–Creo que sí –respondió el novicio.

Hablamos y hablamos pero raramente nos escuchamos. La verdadera escucha supone dejarse penetrar por las palabras, consentir que nos toquen y que nos traigan los pensamientos, las emociones, los sentimientos del que habla. La escucha implica disposición a cambiar las propias ideas. La verdadera escucha supone atender con todo el cuerpo. Sólo si uno escucha atentamente, podrá oír la canción profunda del corazón.

Necesitamos con urgencia aprender a escuchar. Escuchar antes de opinar, de juzgar, de descalificar. Partir de lo que el otro dice, cómo lo dice, por qué lo dice. Escuchar no sólo las palabras, sino el tono, los gestos, las acciones, la frustración, el dolor, los miedos, la ira. Escuchar para comprender y así poder dialogar. El diálogo supone respeto al otro, humildad para reconocer que uno no es el dueño de la verdad. El que cree que posee la verdad no dialoga, sino que la impone, pero una verdad impuesta por la fuerza deja de ser verdad. El diálogo supone búsqueda, disposición a “dejarse tocar” por la palabra del otro. Dialogar es aceptar que el otro diferente puede decirnos algo que no conocemos. El diálogo verdadero implica voluntad de quererse entender y comprender, disposición a encontrar alternativas positivas para todos, opción radical de responder al llamado de la verdad y huir de las medias verdades y de las mentiras.

Necesitamos aprender a escuchar y a escucharnos. Escuchar nuestro silencio para ver qué hay detrás de nuestras palabras, de nuestros sentimientos, de nuestras convicciones, de nuestros gritos, de nuestras poses e intenciones, de nuestro comportamiento y vida que, con frecuencia, ahoga nuestras palabras. Necesitamos escucharnos para llegar al corazón de nuestra verdad pues, con frecuencia, repetimos fórmulas vacías, frases huecas, rumores, gritos y consignas que nos ponen en los labios, e incluso nos hemos acostumbrado a mentir tanto que estamos convencidos de que son ciertas nuestras

mentiras.

El ser humano ha sido hecho para comunicarse. Para comunicar, se necesita acoger al otro, respetándolo, sin imponerle nada, sin violencia. Sólo la escucha verdadera, que nace del amor, abre las puertas de la comunicación.

Es imposible educar sin establecer una verdadera comunicación. En educación, se habla mucho, pero se dialoga y comunica muy poco. Por lo general, es el maestro o profesor el que habla y los alumnos repiten sus palabras o las palabras del texto. La pedagogía está penetrada de una gravísima inflación de palabras. Cuanto más fluya la comunicación, más rica será la educación. Pero es imposible comunicarse si el que habla no se esfuerza por ponerse en el contexto y los intereses y preocupaciones de aquel con quien quiere hablar. Para comunicarnos profundamente, los educadores debemos aprender a callarnos y así seremos capaces de escuchar a nuestros alumnos. Escuchar sus palabras, sus gestos, su interés o aburrimiento, sus silencios. Con frecuencia, el silencio es mucho más elocuente que las palabras y hay silencios que son verdaderos gritos. El diálogo sincero entre educador y educando, que escucha, confronta, orienta, debe constituirse en el método pedagógico por excelencia.

Como decía Paulo Freire, en *Hacia una pedagogía de la pregunta*, “el maestro debe asumir como verdaderos desafíos las dudas y preguntas de sus estudiantes. El no tener una verdad para imponer no significa que uno no tenga algo que proponer. El educador que no puede negarse a proponer, no puede tampoco rehusarse a la discusión de lo que propone... La educación olvidó las preguntas. Hay que comenzar a aprender a preguntar. Todo conocimiento comienza por la curiosidad, por la pregunta”.

8. SI TÚ FUERAS CAPAZ DE MIRARTE

Un anciano con un grave problema de miopía, que se consideraba un excelente crítico de arte, visitaba en cierta ocasión un museo. Había olvidado sus lentes en la casa, no era capaz de ver los cuadros con claridad, pero eso no le detuvo para empezar a enjuiciar los cuadros que veía. Sus críticas resultaron especialmente mordaces frente a un retrato de cuerpo entero:

–Este es un extraordinario ejemplo de un arte malo y decadente. Todo resulta espantoso y completamente inadecuado. El hombre no tiene la menor expresión y está vestido de un modo estafalario. En realidad, no comprendo cómo han podido seleccionar un cuadro tan malo para esta exposición. Resulta una verdadera falta de respeto.

La esposa le jaló de un brazo, lo apartó discretamente y le dijo en voz baja:

–Querido, estás mirando un espejo.

Qué rápidos somos para ver los fallos de los demás, y cuánto nos cuesta reconocer los propios. Como dice el evangelio,

“vemos la brizna de paja en el ojo ajeno y no vemos la viga en el nuestro”. Somos muy duros enjuiciando a los otros y excesivamente comprensivos con nosotros mismos. Nos duelen los juicios ofensivos, pero con qué facilidad destruimos a los demás.

La incapacidad de autocrítica es la puerta al racismo, al desprecio, a la dominación de otros. La comprensión de nuestros fallos y debilidades es la vía para la comprensión de los demás. Si descubrimos que somos débiles, frágiles, necesitados, podremos descubrir que todos tenemos necesidad mutua de comprensión. No hay nada más insoportable que una persona que se cree perfecta. Por eso, los verdaderos santos se reconocen pecadores y los sabios se la pasan voceando su ignorancia.

Necesitamos todos aprender a mirarnos con objetividad, a aceptarnos como somos, a reconocer nuestros fallos y nuestras virtudes, asumiendo los primeros como propuestas de superación. Sólo si nos aceptamos y queremos con nuestras luces y nuestras sombras, seremos capaces de aceptar a los demás, alabar sus bondades y comprender sus fallos.

Esforcémonos por vivir con actitud positiva. Aprendamos a reírnos de nosotros mismos y a considerar los problemas y dificultades como retos de crecimiento. Por lo general, los que se la pasan criticando y destruyendo son personas llenas de frustraciones, de heridas y de miedos. Miedo a ser rechazado, a no ser querido, a

fracasar, a sufrir, a mostrarse débil. Y tratan de ocultar sus miedos bajo la coraza de una desmedida agresividad.

Todos enseñamos lo que somos. El que vive feliz, comunica felicidad; el amargado, amargura; el entusiasta, entusiasmo; el superficial, vaciedad. De ahí la necesidad de llenarnos de entusiasmo y vida, para poderlos comunicar a los demás.

Los pesimistas y amargados todo lo ven de un modo negativo. Los optimistas y positivos son capaces de encontrar el lado positivo de las cosas. Con frecuencia, no vemos la realidad como es, sino que la vemos como somos nosotros:

Un viajero que estaba llegando a una ciudad, le preguntó a un anciano sabio que se encontraba descansando a un lado del camino, acompañado de uno de sus discípulos:

—¿Cómo es la gente de esta ciudad?

—¿Cómo era la gente del lugar de donde vienes? —le preguntó a su vez el anciano.

—Horrible, mezquina, egoísta, intratable.

—Pronto descubrirás que así son también aquí.

Al rato, llegó otro viajero que le hizo al anciano la misma pregunta. De nuevo, en vez de responderle, volvió también a preguntarle cómo era la gente del lugar que acababa de dejar.

—Eran personas maravillosas, honestas, muy trabajadoras. Lamento mucho haber tenido que dejarlas.

—No te preocupes —le respondió el anciano—. Vas a ver que también son así las personas de la ciudad a la que estás llegando.

Cuando se alejó el viajero, el discípulo le preguntó extrañado cómo era posible que a una pregunta similar, hubiera dado dos respuestas contrarias.

—Con frecuencia, no vemos las cosas como son —le respondió el maestro—. Las vemos como somos nosotros.

9. EL PERFUME DE LA MAESTRA

El primer día de clases, la maestra doña Tomasa les dijo a sus alumnos de quinto grado, que ella siempre trataba a todos por igual, que no tenía preferencias ni tampoco maltrataba o despreciaba a nadie.

Muy pronto comprendió lo difícil que le iba a resultar cumplir sus palabras. Había tenido alumnos difíciles, pero nadie como Pedrito. Llegaba al colegio sucio, no hacía las tareas, se la pasaba molestando o dormitando, era un verdadero dolor de cabeza. Un día, no aguantó ya más y se dirigió a la Dirección:

—Yo no soy maestra para soportar las impertinencias de un niño malcriado. Me niego a aceptarlo por más tiempo en mi salón. Estamos ya saliendo de vacaciones de navidad y espero no verlo ya cuando volvamos en enero.

La directora le escuchó con atención, y sin decirle nada, se paró, revisó en los archivos y puso en manos de Doña Tomasa el libro de vida de Pedrito. La maestra empezó a leerlo por deber, sin convicción. Pronto, sin embargo, la lectura le fue arrugando el corazón:

La maestra de primer grado había escrito: “Pedrito es un niño muy brillante y amigable. Siempre tiene una sonrisa en los labios y todos le quieren mucho. Entrega sus trabajos a tiempo, es muy inteligente y aplicado. Es un placer tenerlo en mi clase”.

La maestra de segundo grado: “Pedrito es un alumno ejemplar, muy popular con sus compañeros. Pero últimamente se encuentra triste porque su mamá padece una enfermedad incurable”.

La maestra de tercero: “La muerte de su mamá ha sido un golpe insoportable. Ha perdido el interés en todo y se la pasa llorando. Su papá no se esfuerza en ayudarlo y parece muy violento. Creo que lo golpea”.

La maestra de cuarto grado: “Pedrito no demuestra interés alguno en clase. Vive cohibido y, cuando intento ayudarlo y preguntarle qué le pasa, se encierra en un mutismo desesperanzador. No tiene amigos y cada vez vive más aislado y triste”.

Tras leer estos informes, Doña Tomasa se sintió culpable y avergonzada de haber juzgado tan negativamente a Pedrito sin intentar siquiera averiguar las razones de su conducta. Y se juró que iba a hacer todo lo posible por ayudarlo.

Por ser el último día de clases antes de las navidades, todos los alumnos le llevaron a

Doña Tomasa unos hermosos regalos envueltos en finos y coloridos papeles. También Pedrito le llevó el suyo envuelto en una bolsa de abasto.

Doña Tomasa fue abriendo los regalos de sus alumnos y cuando mostró el de Pedrito, todos los compañeros se echaron a reír al ver su contenido: un viejo brazalete al que le faltaban algunas piedras y un frasco de perfume casi vacío.

Para cortar por lo sano con las risas de los alumnos, Doña Tomasa se puso con gusto el brazalete y se echó unas gotas de perfume en cada una de sus muñecas. Ese día, Pedrito se quedó de último en el salón y le dijo a su maestra: “Doña Tomasa, hoy usted huele como mi mamá”.

Esa tarde, sola en su casa, Doña Tomasa lloró un largo rato. Y decidió que, en adelante, no sólo iba a enseñar a sus alumnos lectura, escritura, matemáticas, sino sobre todo, que los iba a querer y les iba a educar el corazón.

Cuando se reincorporaron a clases en enero, Doña Tomasa llegó con el brazalete de la mamá de Pedrito y con unas gotas de su perfume. La sonrisa de Pedrito fue toda una declaración de cariñoso agradecimiento. La siembra de atención y de cariño de Doña Tomasa fue fructificando en una cosecha creciente de aplicación y cambio de conducta de Pedrito. Poco a poco, fue volviendo a ser aquel niño aplicado y trabajador de sus primeros años de escuela. Al final del curso, a Doña Tomasa le costaba cumplir sus palabras de que, para ella, todos los alumnos eran iguales, pues sentía una evidente predilección por Pedrito.

Pasaron los años, Pedrito se fue a continuar sus estudios en un liceo y Doña Tomasa perdió contacto con él. Un día, recibió una carta del Doctor Pedro Altamira, en la que le comunicaba que había terminado con éxito sus estudios de medicina y que estaba a punto de casarse con una muchacha que había conocido en la universidad. En la carta le invitaba a la boda y le rogaba que fuera su madrina de matrimonio.

El día de la boda, Doña Tomasa volvió a ponerse el viejo brazalete sin piedras y el perfume de la mamá de Pedrito. Cuando se encontraron, se abrazaron muy fuerte y el Doctor Altamira le dijo al oído: “Todo se lo debo a usted, Doña Tomasa. Usted, con su cariño, llenó el vacío de mi corazón y me salvó la vida”. Doña Tomasa, con lágrimas en los ojos, le respondió: “No, Pedrito, la cosa sucedió al revés: fuiste tú quien me salvaste a mí. Y me enseñaste la lección más importante de la vida, que ningún profesor había sido capaz de enseñarme en la universidad: me enseñaste a ser maestra”.

Hoy se habla mucho de eficacia, calidad, excelencia, pero en educación es imposible ser efectivos, si no somos afectivos.

Por ello, el amor es el principio pedagógico esencial. Sin él de nada sirve que el docente se haya graduado con las mejores calificaciones en las universidades más prestigiosas. Amor se escribe con “a” de ayuda, apoyo, ánimo, acompañamiento, amistad. El educador es un amigo que ayuda a cada alumno, especialmente a los más débiles y necesitados, a triunfar, a crecer, a ser mejor. El amor crea seguridad, confianza, es inclusivo, no excluye a nadie. Es paciente y sabe esperar, por eso respeta los ritmos y modos de aprender de cada uno y siempre está dispuesto a brindar una nueva oportunidad.

Amar no es consentir, sobreproteger, alcahuetear, dejar hacer. El amor no crea dependencia sino que da alas a la libertad e impulsa a ser mejor. Busca el bien-ser y no sólo el bienestar de los demás. Ama el maestro que cree en cada alumno, lo acepta y valora como es, con su cultura, sus carencias, sus talentos, sus heridas, sus problemas, su lenguaje, sus sueños, miedos e ilusiones; celebra y se alegra de los éxitos de cada alumno aunque sean parciales; y siempre está dispuesto a ayudarlo para que cada uno llegue tan lejos como le sea posible en su crecimiento y desarrollo integral. La evaluación, en consecuencia, ya no es un medio para clasificar, aprobar o reprobar a los alumnos, sino que es un medio para conocer qué sabe cada alumno, qué problemas o dificultades tiene, para brindarle la ayuda que necesita. El error no se castiga, sino que se asume como una excelente oportunidad de aprendizaje.

Además de amar a sus alumnos, el verdadero educador ama la materia que enseña (por ello, siempre está investigando, actualizándose, formándose) y ama el enseñar, es decir, es educador de vocación.

En educación tenemos muchos licenciados, profesores y hasta magisters y doctores, pero escasean los maestros, las maestras: hombres y mujeres sencillos y serviciales, dispuestos a dejarse sorprender por sus alumnos, que encarnan estilos de vida, ideales, modos de realización humana. Personas orgullosas y felices de ser maestros y maestras, que asumen su profesión como una tarea humanizadora, vivificante, como un proceso de desinstalación y de ruptura con las prácticas rutinarias. Que buscan la formación continua ya no para acaparar títulos, credenciales y diplomas, y de esa forma creerse superiores, sino para servir mejor a los alumnos, capaces, por ello, de liberarse de la seducción de los papeles y de la enfermedad de la titulitis.

Maestros y maestras preparados y dispuestos a liderar los cambios necesarios, que se esfuerzan cada día por ser mejores, por querer cada vez más a sus alumnos.

Maestros y maestras que se conciben como educadores de humanidad, no ya de una materia o un grado, sino de un proyecto, de unos valores, de una forma de ser y de sentir. Ser maestro, educador, es algo más sublime y trascendente que enseñar matemáticas, inglés, biología o electrónica. Educar es alumbrar personas autónomas, libres y

solidarias, dar la mano, mirarse en los ojos de los alumnos, ofrecer los propios ojos para que ellos puedan ver la realidad sin miedo. El quehacer del educador es misión y no simplemente profesión. Implica no sólo dedicar horas, sino dedicar alma. Exige no sólo ocupación, sino vocación. Estar dispuesto a dar no sólo su tiempo y sus conocimientos, sino a darse.

Con motivo del Día del Maestro, José Adalberto González, Coordinador Pedagógico de Fe y Alegría de la Zona Central, nos regaló un bello escrito que tituló: Aprendiz de maestro:

Ayer me regalaron un lucero y le puse por nombre “Frescura”; ese es su destino o quizás el mío. Soy un “aprendiz de maestro” en búsqueda de semillas inspiradoras para aprender y enseñar desde la Vida de lo germinal...

Quiero, al igual que las mariposas con sus fiestas de colores, disfrutar del néctar escondido en la flor de cada día que embellece el Jardín de la Escuela...

Quiero aprender a inspirar palabras y cantos que salgan del corazón para conquistar tristezas, dolores y silencios amargos, así como los árboles inspiran el vuelo y el trinar de los pájaros en libertad...

Quiero aprender a ser Maestro, es decir, aprender de la profundidad de los niños y enseñarles como el agua entrega su frescura y transparencia...

Quiero ser Maestro y eso sólo es posible si puedo compartir y motivar el descubrimiento de las pistas y tesoros de la Vida, sin la máscara del título y con el corazón rebosante de cariño.

10. PAPÁ, ¿CUÁNTO GANAS?

El padre volvió cansado del trabajo y le desconcertó la pregunta de su hijo:

–Papá, ¿cuánto ganas?

–Dile a tu maestra que eso no se pregunta, que son asuntos personales.

–No, no es una tarea de la escuela. Soy yo quien quiero saber cuánto ganas, papá.

–Mira, hijo, estoy muy cansado. No sé para qué quieres saber eso.

El hijo le seguía rogando con los ojos. Su agudo interés desarmó al padre:

–Gano muy poco, hijo mío. Apenas nos alcanza para sobrevivir. Estoy ganando unos seiscientos mil bolívares al mes.

–Y eso, ¿cuánto es por hora?

–Ay, no sé, a mi me pagan quincenalmente, pero debe ser como unos dos mil bolívares la hora. Eso es todo lo que gano.

–¿Me podrías prestar mil bolívares?

–Pero, ¿qué te está pasando hoy, hijo? Empiezas haciéndome unas preguntas rarísimas, y terminas pidiéndome dinero. Ya está bien, estoy muy cansado, necesito descansar.

El padre se bañó, cenó y cuando se puso a ver televisión, comenzó a sentirse culpable. Tal vez su hijo tuviera algún problema serio y necesitaba de su ayuda... Se dirigió a su habitación y le preguntó en voz baja:

–¿Duermes, hijo?

–No, ¿qué quieres, papá?

–Vine a prestarte los mil bolívares que me pediste.

El niño saltó gozoso de su cama, abrió su gaveta y sacó unos billetes arrugados.

–Tengo ahorrados otros mil bolívares. Con los tuyos, suman dos mil. ¿Me podrías

vender una hora de tu tiempo?

Un matrimonio joven entró en una tienda de juguetes. Durante un largo rato estuvieron mirando sin decidirse por ninguno. Al verlos tan indecisos, se acercó una empleada y les preguntó sonriendo:

–¿Puedo ayudarles?

–Mira –le explicó la mujer– tenemos una niña muy pequeña que, como trabajamos los dos, se la pasa casi todo el día sola en la casa.

–Es una pequeña que, a pesar de que tiene muchas muñecas y toda clase de juguetes, apenas sonríe –continuó el hombre–. Quisiéramos saber si existe algo, sin importar lo que cueste, que la haga feliz, que le dé alegría, con lo que pueda jugar horas y horas sin aburrirse.

–Lo siento –sonrió la empleada con gentileza–. En esta tienda no vendemos padres.

Tanto en el mundo de la opulencia como en el mundo de la miseria, los niños viven hoy más solos que nunca. En el primero, proliferan los especialistas en niños: pediatras, logopedas, nutricionistas, psicólogos, orientadores, pedagogos, psicopedagogos, psiquiatras..., pero crecen solos, rodeados de juguetes, frente a la computadora y el televisor que les enseña violencia y banalidad. Sin verdaderos juegos, sin amigos, sin padres que les atiendan y les escuchen.

La televisión es el juguete preferido de los niños, su mundo de experiencias, el que ocupa su tiempo y les educa. Según Postman, la televisión está acabando con la infancia y generando en los niños una fuerte dependencia y agresividad. El niño moderno televisivo es un niño frágil emotiva y moralmente, confuso, pobre en relaciones sociales, en libertad de acción, en invención lúdica y fantástica.

En los países del Norte, los matrimonios cada vez tienen menos niños y muchos los están sustituyendo por mascotas. Todo tipo de mascotas, desde perros, hasta iguanas. Una caricatura del periódico español El País, presentaba una pareja de recién casados bien agarraditos de las manos, que decían “Por fin, solos. Ya podemos dedicarnos a criar perros juntos”.

Por otra parte, en el mundo de la miseria, aumenta el maltrato y la utilización de los niños para los más impensables fines. Según un trabajo presentado en Bruselas por la OIT (Organización Internacional del Trabajo), uno de cada ocho niños en el mundo (246 millones) es víctima del trabajo infantil en sus formas más peligrosas y perversas, como la esclavitud, la servidumbre por deudas, la prostitución o la pornografía.

Citando a Eduardo Galeano, en un par de guiones de Radialistas Apasionadas, pudimos leer lo siguiente:

“En los basurales de México y Manila, juntan vidrios, latas y papeles, y disputan los restos de comida de los buitres. Se sumergen en el mar de Java, buscando perlas. Son topos en las minas de Perú, imprescindibles por su corta estatura, y cuando sus pulmones no dan más, van a parar a los cementerios clandestinos. Cosechan café en Colombia y Tanzania, y se envenenan con los pesticidas. Cortan algodón en Guatemala y bananos en Honduras. En Malasia, recogen la leche de los árboles del caucho, y en Birmania tienden vías de ferrocarril. Al norte de la India se derriten en los hornos de vidrio, y al sur en los hornos de ladrillos. Corren carreras de camellos para los emires árabes y son jinetes pastores en las estancias del río de la Plata. En Recife o Jakarta, sirven la mesa del amo a cambio del derecho a comer lo que de la mesa cae. Limpian parabrisas en las esquinas de Lima, Quito o San Salvador. Lustran zapatos en las calles de Caracas o de Guanajuato. Cosen ropa en Tailandia, zapatos de fútbol en Vietnam y pelotas de béisbol en Haití. Venden fruta en los mercados de Bogotá, venden chicles en los autobuses de San Pablo.

Venden y son vendidos. En las playas del Caribe, la próspera industria del turismo sexual ofrece niñas vírgenes a quien puede pagarlas”.

El negocio de la explotación sexual de niñas y niños crece en el mundo de manera incontrolable. Después del comercio de armas y de drogas, es la actividad más rentable del crimen organizado. El turismo sexual, la prostitución infantil y la pornografía, son las líneas principales de esta jugosa industria presente en todos los rincones del mundo. Se calcula que existen en internet unos cuatro mil portales de pornografía infantil y cada día se añaden unas cien nuevas páginas web. Esta industria de la pornografía infantil genera ganancias anuales de más de veinte mil millones de dólares. Según otros datos de la ONU, más de 700.000 menores en el mundo son víctimas de tráfico de personas, la mayor parte destinadas al comercio sexual. El tráfico ilegal de mujeres y de niños para ese fin genera siete billones de dólares al año.

Según datos de la Asociación Civil Espacios de Desarrollo Integral, institución que combate la explotación sexual, diez millones de niños, niñas y adolescentes son obligados a prostituirse. De ellos, trescientos mil contraerán en un futuro próximo el virus del sida y dos millones más otras enfermedades de transmisión sexual. Dos millones y medio de los menores prostituidos serán víctimas de violación; más de millón y medio intentarán suicidarse y la inmensa mayoría consumirán drogas. Sólo en Colombia, el número de niñas prostituidas se ha quintuplicado en estos últimos años. República Dominicana, México, Guatemala y Brasil, están entre los principales proveedores de “mano de obra sexual infantil”.

La explotación sexual infantil es un síntoma gravísimo de un problema aún mayor: la pobreza, la miseria extrema, el desempleo y la discriminación, que se fortalece con las guerras y la migración forzada.

El abandono, el maltrato y la utilización de los niños y niñas es tal vez la evidencia más palpable de la deshumanización de nuestro mundo. De ahí, la necesidad de cambiarlo y de emprender una cruzada social y educativa hasta lograr que todos los niños y las niñas del mundo disfruten plenamente de sus derechos esenciales.

11. LOS SIETE PALOS SECOS

Una madre tenía siete hijos. Cayó en cama con una enfermedad incurable y, al adivinar que se acercaba la hora de su muerte, llamó a sus hijos y les dijo:

–Sé que voy a morir muy pronto y quiero que cada uno de ustedes salga de la casa y me traiga un palo seco.

Así lo hicieron los hijos y muy pronto todos estaban de regreso cada uno con un pequeño palo seco.

La madre agarró el palo que había traído el hijo mayor, y se lo dio al más pequeño de los hijos, diciéndole:

–¡Pártelo!

El hijo menor lo hizo sin dificultad alguna.

–¡Parte ahora otro!

Así el más pequeño partió todos los palos sin problema.

–Vuelvan a salir y me traen un palo parecido al que me trajeron antes.

Cuando estuvieron de vuelta, la madre le pidió el palo seco a cada uno de sus hijos. Los amarró fuertemente y le dijo al hijo mayor:

–Tú eres el más fuerte, parte los palos.

Por mucho que se esforzó, no pudo.

–¿No puedes?

–¡No!

–¿Alguno de ustedes puede?

Por mucho que todos lo intentaron, ninguno fue capaz.

–Recuerden bien esta lección. Mientras estén unidos, nadie podrá con ustedes. Pero si pelean, se separan y cada uno va por su lado, serán fácilmente vencidos.

El individualismo y el egoísmo, camuflados con frecuencia en nuevos términos como competitividad y eficacia, se presentan hoy como valores esenciales. Impera el darwinismo social, la sobrevivencia de los más fuertes o de los que son capaces de adaptarse. Como consecuencia de ello, crece en el mundo la exclusión y la miseria. Alguien ha dicho que el mundo moderno parece un inmenso barco que navega a la deriva a una velocidad vertiginosa. Unos pocos van en camarotes de lujo, otros se apilan en la cubierta, muchos van hacinados en las bodegas, y la inmensa mayoría trata de alcanzar el barco mientras se ahoga o sobrevive a duras penas en el propio oleaje que levanta el barco.

Necesitamos con urgencia una educación que cultive en nosotros la cultura de la cooperación y la solidaridad. Con frecuencia, alabamos teóricamente la cooperación, el compartir, pero la práctica real en la mayoría de los centros educativos impone la competencia, el individualismo, el triunfo de los mejor dotados o con mayores ventajas, el “sálvese quien pueda”. De ahí la necesidad de analizar no tanto nuestros discursos y proclamas, la recitación de los fines de nuestra educación, sino el currículo oculto, el clima organizacional, las prácticas de premios y castigos. Ello nos mostrará si en verdad nuestros centros son lugares donde todos aprenden juntos y aprenden unos de otros, o son más bien, lugares donde se fomenta el trabajo individual y el triunfo exclusivamente personal.

Fomentar la cooperación supone crear estructuras que permitan y promueven la verdadera participación, el trabajo en equipo de directivos, docentes, alumnos y padres y representantes. Como ha escrito Santos Guerra, “participar es comprometerse con el centro educativo. Es opinar, colaborar, criticar, decidir, exigir, proponer, trabajar, informar e informarse, pensar, luchar por una escuela mejor. Participar es vivir la escuela no como espectador, sino como protagonista. La participación es un derecho, pero también es un deber democrático. Como responsables de la educación de los hijos, los padres deben participar en la escuela. No son meros clientes; son protagonistas y partícipes del proceso. No basta con tener padres colaboradores. Debemos aspirar a que sean codecisores”.

Sólo unidos podremos crecer fuertes y enfrentar los retos de este mundo globalizado. Solos y divididos seremos fácilmente quebrados y derrotados. Atrevámonos a proponer y trabajar por una globalización de la cooperación y la solidaridad. Transformemos nuestros centros educativos en semillas y modelos de una sociedad fraternal.

Seguir a Jesús hoy es empeñarse con tesón en construir la fraternidad. Si Dios es Padre de todos, debemos trabajar por establecer una sociedad donde todos podamos vivir como hermanos. Rezar el “Padre Nuestro” implica asumir las diferencias, los conflictos, desde la fraternidad. El otro diferente es también mi hermano y debo tratarlo de un modo

fraternal.

En nuestro mundo tan violento y dividido, necesitamos el empuje y el tesón de verdaderos educadores cristianos, entregados a convertir los centros educativos en lugares de auténtica evangelización en los que se viva y se construya el Reino.

Dios nos quiere a todos, pero somos muy pocos los que lo sabemos y muchísimos menos los que lo experimentamos. El educador cristiano tiene que esforzarse por mostrar en su vida el rostro misericordioso de un Dios Padre-Madre que nos ama a todos como a hijos.

El sabio preguntó a cada uno de sus discípulos cuántos hijos tenía.

Cada uno le fue dando su respuesta: “Tengo dos”, “tengo seis”, “no tengo ninguno”, “tengo uno”.

—No olviden nunca que cada uno de ustedes, incluso los que respondieron que no tenía ninguno, tiene siete hijos

—les dijo el sabio con aplomo.

Como todos le miraron desconcertados, el sabio añadió:

—Siete es el número de la totalidad. Consideren que todos son sus hijos y, en consecuencia, ámenlos y trátenlos como tales. Amen sobre todo a los más débiles y menesterosos, a los que les tratan mal y ofenden, a los violentos. Paguen con amor desinteresado su desamor y ya verán cómo el mundo empieza a cambiar.

12. SI NO SE HICIEREN COMO NIÑOS...

Los discípulos discutían a qué personas deberían imitar para ser felices y alcanzar la plenitud.

–Yo pienso que a los piadosos, que dedican su vida a cumplir la voluntad de Dios – defendía con tesón el más anciano de los discípulos.

–Yo creo que es preferible imitar a los estudiosos y cultos, que se esfuerzan por comprender los misterios de la existencia –dijo otro con aire de letrado.

–Mejor imitar a los valientes –saltó con decisión un joven lleno de ímpetu.

El maestro les escuchaba en silencio, sin decir nada.

–¿Y qué opina usted, maestro? –le preguntaron al rato.

–Si quieren ser felices y vivir plenamente, imiten a los niños.

–¿A los niños? Si no saben todavía nada...

–Están muy equivocados –les dijo entre sonrisas sabias el maestro–. Los niños tienen tres cualidades que nunca deberíamos olvidar si queremos ser felices. En primer lugar, se asombran de cualquier cosa y están alegres sin motivo; en segundo lugar, tratan a todos por igual y no se consideran superiores a nadie; y por último, actúan con libertad, sin temor a hacer el ridículo.

Para vivir plenamente y devolverle el sentido a la vida, debemos empezar por recuperar la capacidad de asombro.

Como decía Einstein, “podemos vivir como si no existiera el misterio, o vivir como si todo fuera misterio”. La cultura light nos lleva a admirar y a ponernos de rodillas ante las baratijas y objetos que continuamente crea y recrea el mercado para atrapar nuestro corazón, y somos incapaces de contemplar el profundo misterio que se oculta en todo: en la mera existencia de una piedra, de una gota de agua, en el inexplicable milagro de la vida, tan múltiple, tan variada, tan sorprendente: Algunos biólogos hablan de que existen unos cinco millones de especies vivas en nuestro planeta; desde las inmensas ballenas hasta los microorganismos. En la actualidad, hay ya registradas más de un millón cuatrocientas mil especies de animales. De esa cantidad, la mayor parte son insectos. Luego, están los vertebrados, los multicolores peces, los saltarines anfibios, los sinuosos reptiles, las intrépidas aves. Y los mamíferos. Nuestro planeta está habitado por unas

cuatro mil especies diferentes de mamíferos. Los humanos somos tan sólo una de ellas.

Cada especie, cada individuo, cada órgano de él es otra cadena interminable de asombros: El ojo es una maravillosa cámara fotográfica, capaz de tomar diez fotos por segundo, revelarlas al momento y conectarlas con el cerebro para que caigamos en la cuenta de lo que estamos viendo. El corazón es un obrero ejemplar, que trabaja incansablemente día y noche. Late más de cien mil veces al día. Al cabo de un día, han pasado por el corazón, como mínimo, 7 mil litros de sangre que tienen la indispensable tarea de alimentar a todas las células de nuestro cuerpo. Si el corazón empleara su fuerza muscular para bombearse a sí mismo, en una hora saldría propulsado como un cohete vivo, a seis kilómetros de altura. Es de una fuerza descomunal, desproporcionada a su pequeño tamaño, pues no es mayor que un puño. A lo largo de una vida, el corazón ha desarrollado una energía capaz de levantar un peso como el de una pirámide de Egipto. Aunque parezca increíble, durante la ida de un ser humano, este formidable obrero ha puesto en movimiento medio millón de toneladas de sangre, el caudal por minuto de las cataratas del Niágara.

Pero vayamos al mundo vegetal: Una diminuta semilla que acariciamos en la yema de nuestros dedos es, por ejemplo, algo realmente asombroso: es nada menos que un óvulo fecundado que tiene la capacidad de detener su desarrollo hasta conseguir condiciones propicias. Imagínense que una mujer con un óvulo fecundado, pudiera posponer el desarrollo del feto por semanas, meses, años. ¡Se ha logrado que germinen semillas de altramuz de diez mil años de antigüedad!

Levantemos ahora nuestros ojos hacia arriba: miles, millones de estrellas, de galaxias. En agosto de 1977, fueron lanzadas al espacio las naves Voyager, las Viajeras, dos robots sin tripulación. Se calcula que, a una velocidad de 62.000 kilómetros por hora, tardarán setenta mil años en llegar a Alfa del Centauro, la estrella más cercana a nuestro sistema solar. Alfa del Centauro es una de entre los cien mil millones de estrellas que forman nuestra Vía Láctea. Y la Vía Láctea es apenas una entre los cien mil millones de galaxias que pueblan el Universo.

Recuperar la capacidad de asombro debe ser uno de los principales objetivos de una educación humanizadora. Desde el asombro, será posible dar un paso hacia el misterio y hacia la autenticidad, que nos aleje de la banalidad y de una vida mediocre y sin sentido. “Si no se hicieren como niños, no podrán entrar en el reino de la pedagogía”. Desterremos la rutina, los rituales grises, las jornadas monótonas siempre iguales. Volvamos al saber con sabor. Cada día debe ser una sorpresa, cada actividad una fuente de asombro. Atrevámonos a innovar, a proponer, a soñar, a convertir nuestras actividades en una fiesta. Ayudemos a los alumnos a mirar, admirar, contemplar, descubrir el misterio que se oculta en cada cosa, en cada flor, en cada persona. Seamos capaces de “acorazar” sus corazones contra la vulgaridad, el mal gusto, la violencia, la

trivialidad. El genuino maestro, más que inculcar respuestas e imponer la repetición de normas, conceptos y fórmulas, orienta a los alumnos hacia la admiración, la creación y el descubrimiento, espolea su fantasía, promueve su inventiva, los guía para que galopen sin ataduras por los caminos del asombro y de la libertad.

(Los datos científicos han sido tomados de varios programas de Radialistas Apasionadas).

13. EL ALACRÁN

Un maestro oriental que vio cómo un alacrán se estaba ahogando, intentó salvarlo y, al sacarlo del agua, el alacrán le picó. Por la reacción al dolor, el maestro lo soltó, cayó de nuevo el alacrán al agua y una vez más estuvo a punto de ahogarse. El maestro intentó sacarlo de nuevo y el alacrán volvió a picarle.

—Mire que es usted una persona estúpida y terca —le dijo alguien que había estado observando la escena. ¿No se da cuenta que cada vez que intente sacarlo del agua le va a picar?

El maestro lo miró con mansedumbre y le dijo:

—La naturaleza del alacrán es picar, pero no va a cambiar la mía, que es ayudar. Sí fui necio, sin embargo, al quererlo ayudar sin tomar precauciones —y ayudándose esta vez de un palito, sacó al alacrán del agua y le salvó la vida.

La naturaleza del alacrán es picar, como la de la hormiguita trabajar, y la de la abeja guerrera dar la vida en defensa de la colmena amenazada por un enjambre enemigo. Han sido programados para ello. No tienen libertad, en consecuencia, no tienen mérito alguno haciendo lo que hacen. Una abeja no puede elegir ser cobarde y huir cuando atacan la colmena las abejas enemigas, como tampoco la hormiguita puede optar un día por no salir a trabajar y quedarse descansando o vagueando en el hormiguero. El alacrán no puede dejar de intentar picar al que lo agarra pues es incapaz de comprender que quieren ayudarlo.

Los seres humanos somos los únicos que no tenemos determinado el destino en nuestro código genético. Somos los únicos que estamos en capacidad de vivir la vida como un proyecto, podemos hacernos, inventarnos, llegar a ser lo que decidamos ser. Por ello, la historia de la humanidad, en palabras de Marina, es la crónica de la grandeza, y también de la estupidez y de la crueldad. Hemos creado los instrumentos de música y los de tortura, la generosidad y el asesinato. Abundan los tiranos y los opresores, pero también los santos, los héroes que han sido capaces de dar su vida por defender la de los demás.

Todos estamos habitados por fuerzas positivas y por fuerzas negativas. En palabras de Cavarrús, un jesuita de Guatemala, todos tenemos heridas que nos impulsan a obrar como no queríamos, pero también tenemos un pozo de posibilidades creadoras, de donde mana un agua fresca en la que podemos lavar nuestros cansancios, curar nuestras heridas y aliviar las de los demás. Saint Exupery cierra ese poema de la sencillez y la amistad que es El Principito con estas palabras: “Ve, busca un pozo, un pozo de agua que es tu ternura, echa tu ternura como el agua en tus manos y dala de beber a todo el

que conozcas, ve a donde yo estoy y dámela, porque yo soy tu amigo, porque el mundo es tu amigo... y buscando pozos en el desierto, no temiendo a las falsas apariencias, preguntando, trabajando, soñando se puede llegar a las estrellas”.

Todos reforzamos con nuestra conducta la cultura de la muerte o hacemos brotar la vida a nuestro alrededor. Todos podemos dañar y destruir o podemos sanar y crear. La educación puede fortalecer el peso de las heridas o el peso del pozo de agua fresca. Puede formar personas egoístas o solidarias, convertir a los alumnos en asesinos o en santos, enseñar a ver a los otros como rivales y enemigos o como compañeros y hermanos. De ahí la importancia de devolverle a la educación su esencia humanizadora y entenderla como la suprema contribución al futuro de la humanidad, puesto que tiene que ayudar a prevenir la violencia, la intolerancia, el egoísmo, la ignorancia, la pobreza. La educación, una educación orientada a formar genuinas personas, es el pasaporte a un mañana mejor, el medio fundamental para cambiar el mundo. La falta de educación o una mala educación alimentará al cachorro rabioso que todos llevamos en el corazón; una buena educación alimentará al cariñoso y bueno:

Un anciano indio describió así sus luchas y conflictos interiores:

–Dentro de mí existen dos cachorros. Uno de ellos es cruel y malvado; el otro es dócil y bueno. Los dos están siempre luchando.

–¿Cuál de ellos es el que ganará? –le preguntaron.

El sabio indio guardó silencio un instante, y después de haber pensado unos segundos, respondió:

–Aquel a quien yo alimento.

En cierta ocasión, Buda se vio amenazado de muerte por un bandido.

–Sé bueno –le dijo Buda– y ayúdame a cumplir mi último deseo. Corta una rama de ese árbol.

Con un golpe de su espada, el bandido hizo lo que le pedía Buda.

–¿Y ahora qué? –le preguntó el bandido a continuación.

–Ponla de nuevo en su sitio –dijo Buda.

El bandido soltó una carcajada:

–¡Debes estar loco si piensas que alguien puede hacer semejante cosa!

–Al contrario –le dijo Buda–. Eres tú el loco al pensar que eres poderoso porque puedes herir y destruir. Eso puede hacerlo cualquiera. Poderoso es el que sabe crear y curar.

(Anthony De Mello)

14. LA ZANAHORIA, EL HUEVO Y EL CAFÉ

Un novicio se quejaba ante su maestro de lo difícil que le estaba resultando la vida.

Había acudido al monasterio en busca de la paz, pero hasta allí le perseguían los conflictos y problemas. Cuando lograba solucionar uno, enseguida le surgía otro. Se sentía desanimado y estaba a punto de darse por vencido.

Su maestro lo llevó a la cocina del monasterio, llenó tres ollas con agua y las colocó sobre una llama fuerte. Cuando el agua comenzó a hervir, colocó en una de las ollas unas zanahorias, en la otra algunos huevos, y echó en la tercera un puñado de granos de café. Hecho esto, dejó que hirvieran un rato sin decir una palabra e ignorando por completo la mirada desconcertada del novicio.

Pasados unos veinte minutos, apagó el fuego, sacó las zanahorias y los huevos y los colocó en platos diferentes. Después coló el café y lo puso en un tazón. El aire se llenó de su grato aroma.

—¿Qué ves? —preguntó el maestro.

—Zanahorias, huevos y café hervidos —respondió el novicio.

—Tócalos y dime cómo están —le rogó el maestro.

—Las zanahorias están blandas, los huevos duros y el café huele excelente.

—Muy bien —prosiguió el maestro—, fíjate que las tres cosas enfrentaron la misma adversidad pero reaccionaron de un modo diferente. Las zanahorias llegaron al agua duras, fuertes, seguras de sí mismas, y se volvieron blandas, frágiles, deleznable. Los huevos entraron al agua hirviendo extremadamente frágiles y se endurecieron. Pero sólo los granos de café fueron capaces de transformar al agua. No tenía olor ni sabor y ahora huele y sabe de un modo bien sabroso. Así pasa con las personas: a algunos los problemas, conflictos y dificultades los destruyen; a otros les endurecen, pero son muy pocos los que logran asumirlos de tal modo que mejoren las cosas a su alrededor.

No podemos olvidar que el conflicto en sí no es malo. Es expresión de la diversidad de intereses, concepciones y puntos de vista. Por ello, en cualquier relación humana surgen los conflictos. Hay conflictos de pareja y con los hijos, conflictos de vecinos, conflictos de grupo, conflictos políticos. Por ello, debemos aprender a vivir con los conflictos y a asumirlos con una actitud positiva. Los conflictos, como las crisis, pueden ser oportunidades excelentes para crecer, para salir robustecidos, para aprender, para mejorar las relaciones.

Por considerar que los conflictos son malos, la mayor parte de las personas les tienen miedo. Por ello, en vez de enfrentarlos e intentar resolverlos, adoptan una de estas dos actitudes: se endurecen y recurren a la fuerza, el poder o la violencia; o se inhiben, se ahogan ante la situación, adoptan una postura de víctima. Estas actitudes no resuelven el conflicto ni permiten que las personas crezcan.

Cuando surge un conflicto, la verdad normalmente no está toda de parte de una persona o grupo. Ambas partes pueden tener parte de razón, pues cada uno ve la situación desde su punto de vista. De ahí la necesidad de abrirse a un diálogo sincero, que supone escuchar al otro, para comprender sus razones. Escuchar, como decíamos más arriba, con todo el cuerpo, intensamente, tratando de ponerse en la situación del adversario, no para juzgar, sino para comprender. Escucha atenta, cariñosa, para ser capaz de ver al otro como persona portadora también de verdad. La escucha cariñosa acerca, construye puentes, encuentra soluciones. Si el otro no se siente acogido, se aleja, se endurecen las posturas y es muy difícil encontrar soluciones. Entonces, se recurre a la violencia de la que ambas partes salen heridas. El conflicto no se resuelve y en cualquier momento volverá a aflorar con más fuerza y mayor capacidad destructiva.

En política, es inconcebible la democracia sin conflictos. En palabras de Morin, “exige consenso, diversidad y conflicto. La democracia constituye la unión de la unión y de la desunión; tolera y se alimenta de conflictos que le dan vitalidad”. Sólo las dictaduras, que imponen por la fuerza un único modo de ver las cosas, impiden que floren los conflictos. Si la democracia es un poema de la diversidad, los conflictos son parte constitutiva de ella. Lo malo puede venir del modo como intentemos resolverlos. Ya desde Aristóteles y los pensadores griegos, el arte de la política consistía en resolver los conflictos mediante la palabra, el diálogo, la negociación, desechando cualquier recurso a la violencia, que es lo propio de los pueblos primitivos y de las personas inmaduras. Mandar en vez de persuadir eran formas prepolíticas, típicas de déspotas y tiranos. Los que en nombre de la democracia, están dispuestos a recurrir a la violencia y a la guerra, no entienden lo que es la democracia, y ciertamente no podrán gestarla. El fin no justifica los medios, y ciertos medios imposibilitan el logro de determinados fines. No olvidemos que los frutos deben estar ya en la semilla, la cosecha en la siembra. Será imposible recoger convivencia, unión, inclusión, paz; si sembramos odio, división, exclusión, violencia.

Cuando los conflictos se tornan graves, es necesario convencerse de que no hay alternativa al diálogo y a la negociación, y que la verdad está siempre en el acuerdo. Los negadores del diálogo, los intolerantes, sólo necesitan el discurso preconstituido y dogmático, que encontrarán en las diatribas de un demagogo, en los evangelios de su caudillo o en el fanatismo de su secta. Para ellos, la forma de hacer política es la violencia, y su causa está por encima de los demás.

Los educadores debemos ser especialistas en resolver conflictos. Para ello, debemos perderles el miedo y aprender a quererlos viendo en ellos oportunidades privilegiadas para educar. El conflicto en educación es expresión de que la clase está viva, de que los alumnos son conscientes de sus derechos o de que se sienten injustamente tratados. Los conflictos suelen ser válvulas de escape que deben ser analizadas con cuidado para comprender qué quieren expresar los alumnos con su comportamiento. Pero los conflictos deben trabajarse pactando y no ganando. ¡Cuánto avanzaríamos en la creación de un clima motivador si alumnos y profesores o maestros se percibieran como colaboradores y no como enemigos! Si nos esforzamos por entender lo que nos quieren decir los alumnos cuando provocan conflictos, estaremos más próximos a resolverlos que si nos limitamos a reprimirlos.

No olvidemos nunca que todos los maestros y profesores tienen poder, pero no todos tienen autoridad. (La palabra autoridad proviene del verbo latino *augere*, que significa alentar, animar, ayudar. Las palabras *auge* y *aupar* son primas hermanas de autoridad). Tienen poder para mandar callar al alumno, para sacarlo del salón y mandarlo a la dirección, para bajarle puntos, castigarlo o ponerle una mala nota. Poder dado por la institución, por el cargo, pero la autoridad sólo se la pueden dar los alumnos. Y, en palabras de Carbó, “sólo la darán si ven coherencia en el educador, si se sienten queridos, si sienten que, en definitiva, se trata de su propio bien: La disciplina que ayuda, gusta y es aceptada. La que reprime resulta odiosa”. Por lo general, los maestros y maestras que quieren a sus alumnos y son queridos por ellos, no suelen tener graves problemas de disciplina y, si los tienen, son capaces de resolverlos sin graves inconvenientes. ¿Y no es cierto que los castigos con frecuencia son muy poco educativos y suelen ser más bien una forma velada de venganza? Por ello, como nos aconseja Carbó, “no castigemos nunca a no ser que estemos convencidos de que el castigo es absolutamente imprescindible y, en este caso, preguntemos siempre a la persona sancionada si acepta el castigo, si le parece justo y si cree que le ayudará a corregir el problema”.

La mayor parte de los conflictos en educación surgen porque las normas no están claras o no han sido suficientemente analizadas o asumidas. De ahí la importancia de construir con los alumnos las normas de disciplina, basándola en el respeto y la comprensión. La disciplina es necesaria. El problema está en cómo ejercerla. Es urgente que se reflexione y analice con los alumnos las normas disciplinarias, el reglamento, buscando consensos y responsabilidades. La razón del cumplimiento de los deberes y obligaciones, de respeto mutuo, no está centrada en la autoridad del docente, en las exigencias del reglamento, sino en la corresponsabilidad, en el acuerdo común, y en los objetivos y metas señalados comunitariamente.

En estos tiempos de incertidumbre e inseguridad que nos toca vivir, es muy importante perder el miedo al conflicto y asumir que la paz no está exenta de dificultades

y problemas. Ser pacífico o constructor de paz no implica adoptar posturas pasivas, sino comprometerse y luchar por la verdad y la justicia. De ahí la necesidad de formar el coraje y la voluntad, para no dejarse amilanar por los problemas y dificultades. Sólo los que tienen paz en su corazón podrán ser sembradores de paz y contribuirán a gestar un mundo mejor en medio de tantas violencias, tormentas y dificultades:

Había una vez un rey que ofreció un gran premio al artista que lograra captar en una pintura la paz perfecta. Numerosos artistas presentaron sus cuadros en los que intentaron plasmar sus visiones de la paz. El rey, tras observar todas las pinturas, seleccionó dos que le habían impactado profundamente.

La primera recogía la imagen de un lago muy tranquilo. En él se reflejaban unas montañas plácidas y sobre ellas un cielo inmensamente azul con unos tenues brochazos de nubes blanquecinas. Ciertamente, la visión del cuadro producía paz y todos estaban seguros que esta pintura sería la ganadora.

La segunda pintura ofrecía un paisaje de montañas abruptas y escabrosas, sobre las que un cielo enfurecido descargaba una colosal tormenta de truenos y de rayos. De la montaña caía un torrente impetuoso de agua.

La gente no entendía cómo el rey la había seleccionado como finalista. Mayor fue su asombro cuando, después de largas cavilaciones, el rey la eligió como ganadora.

—Observen bien el cuadro —les dijo el rey al explicar su decisión—. Detrás de la cascada hay un pequeño arbusto que crece en la grieta de la roca. En el arbusto hay un nido con un pajarito que descansa tranquilo a pesar de la tormenta y del fragor de la cascada. Paz no significa vivir sin problemas ni conflictos, llevar una vida sin luchas ni sufrimientos. Paz significa tener el corazón tranquilo en medio de las dificultades.

15. ASAMBLEA EN LA CARPINTERÍA

Cuentan que en la carpintería hubo una vez una extraña asamblea. Fue una reunión de herramientas para arreglar sus diferencias. El martillo ejerció la presidencia pero la asamblea le pidió la renuncia porque, según ellos, hacía demasiado ruido y golpeaba muy duro. El martillo aceptó su culpa, pero exigió que también fuera expulsado el tornillo. Alegaba que había que darle demasiadas vueltas para que sirviera de algo.

Ante el ataque, el tornillo aceptó también, pero pidió a su vez que fuera expulsada la lija. Era muy áspera en su trato, y siempre tenía fricciones con los demás. La lija estuvo de acuerdo, a condición de que fuera expulsado el metro, que se la pasaba midiendo a los demás según su medida, como si fuera el único perfecto.

En eso, entró el carpintero, se puso el delantal e inició su trabajo. Utilizó el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Al rato, el pedazo tosco de madera que había agarrado el carpintero, estaba convertido en un hermosísimo camioncito de juguete.

Cuando la carpintería quedó nuevamente sola, la asamblea reanudó la deliberación. Entonces, tomó la palabra el serrucho y habló de este modo:

—Señores, ha quedado bien demostrado que todos tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades y virtudes. Eso es lo que nos hace valiosos. Así que no pensemos ya en nuestros defectos y esforcémonos por ver lo bueno que cada uno tiene.

La asamblea encontró entonces que el martillo era fuerte, el tornillo unía y daba fuerza, la lija era especial para afinar y limar asperezas, y descubrieron que el metro era preciso y exacto.

Se sintieron entonces un equipo capaz de producir y hacer cosas de calidad. Se enorgullecieron de sus fortalezas y en adelante trabajaron juntos.

Este excelente relato de Klerm nos muestra la importancia de aprender a vivir y a trabajar juntos a los que somos diferentes. Aprender a vivir con, es decir, a convivir, y no a vivir contra. Aprender a compartir, comunicarse, comulgar, valorar más lo que nos une que lo que nos separa. Se trata de no solo tolerar las diferencias, sino de celebrarlas, de verlas como posibilidades que nos enriquecen. Es maravilloso que seamos diversos, que tengamos costumbres y dones diferentes. El mundo y la vida serían muy fastidiosos si todos pensáramos y actuáramos del mismo modo.

El tesoro de la humanidad está en su diversidad creadora. Somos diferentes, pero todos pertenecemos con igual derecho a la “ciudadanía planetaria” (Morin) y debemos

considerar la Tierra como la Patria de todos. La idea de unidad de la especie humana no debe borrar la de su diversidad. De ahí la importancia de aprender a vivir juntos, a convivir, a reconocernos en la humanidad común y valorar como riqueza la diversidad cultural, de raza, de género, de dones.

La educación humanizadora enseña a ver lo mejor de cada alumno y de cada pueblo sin excluir a nadie. Por ello, combate todo tipo de discriminación, racismo, fundamentalismo, desprecio, dominación. Cada persona debe esforzarse por llegar a ser lo que debe ser, sin pretender que los demás sean como él, valorando sus cualidades y talentos, y valorando igualmente los de los demás. Precisamente porque todos (como persona y como pueblo) somos iguales, todos tenemos el derecho a ser diferentes.

La comprensión y valoración de los otros diferentes exige esforzarse para que las diferencias individuales, socioeconómicas, étnicas, de género, culturales, no se transformen en desigualdad de oportunidades o en cualquier forma de discriminación. Esto implica practicar con fuerza la equidad, apoyando de un modo especial a los más débiles y necesitados. Los educadores deben esforzarse por ver lo mejor de cada alumno y atender con especial esmero y atención a los que tienen mayores dificultades y carencias. No es posible que sean precisamente los alumnos que más necesitan de la educación los que primero abandonan la escuela. Así como nos parecería una barbaridad que los hospitales dejaran de atender a los enfermos más graves, aceptamos sin problemas que eso sea práctica habitual en la educación.

Educar para la convivencia implica que los centros educativos se configuren y estructuren como lugares de encuentro en la diversidad de género, de oportunidades, de raza, donde alumnos y educadores aprendan, más por la vivencia que por el discurso, a respetarse, ayudarse, colaborar, trabajar en equipo, desterrando el individualismo que tanto se practica en los recintos escolares. Trabajar en equipo implica saber dar y recibir, corresponsabilizarse, estar abierto a descubrir lo positivo del otro, tener conciencia de las propias necesidades y carencias, comprender para ser comprendido.

Educar para la convivencia se traduce, en definitiva, en educar para el pluralismo, la tolerancia, el servicio y la solidaridad. Se trata de que todos los habitantes del mundo nos reconozcamos lo suficientemente semejantes para poder hablarnos y lo suficientemente distintos para tener algo que decirnos.

El aula es el lugar por excelencia para construir una educación verdaderamente democrática, que exige crear un clima de confianza, de autocrítica, de colaboración, de participación y responsabilidad. En palabras de Sergio Gómez Parra, “llevar la democracia al aula supone un desafío de largo aliento que requiere, a modo de síntesis, un replanteamiento de las estructuras organizativas y participativas dominantes, del profesorado, de la mayor o menor autonomía del centro..., en último término, del

replanteamiento de la relación profesor-alumno, enseñanza-aprendizaje. El profesor instructor no responde ya a la educación integral para la vida y para la ciudadanía que la sociedad pide a la escuela”.

16. LA MESA

Había un matrimonio joven que vivía con su único hijo de seis años y la mamá del esposo, una anciana de unos ochenta años. Era muy frecuente que, cuando se sentaban a la mesa, la anciana chorreara la comida, manchara el mantel y hasta alguna vez rompiera un vaso o un plato.

Un día, cansada de tanto desastre, la esposa no aguantó más y le dijo al marido que comprara una mesa para que comiera en ella su madre y así se liberaran del triste espectáculo de comer con ella.

Así lo hicieron, y a partir de ese día, la “abuelita” empezó a comer sola, sin molestarlos a ellos.

Pasó algún tiempo, hasta que un día, cuando iban a sentarse a la mesa, el esposo vio que su hijo tenía en el piso del comedor unas tablas, algunos clavos y un martillo.

—¿Qué estás haciendo aquí con todo eso? —le preguntó extrañado.

—Estoy haciendo una mesa para cuando tú y mamá sean mayores como la abuela.

La población mundial envejece a pasos agigantados y se calcula que, en un par de generaciones, el mundo contará con dos mil millones de personas ancianas. En el mundo, sobre todo en el mundo más desarrollado, aumentan los ancianos y aumenta sobre todo su abandono. Las últimas estadísticas indican que en la mayoría de los países de Occidente, la mitad de los ancianos y ancianas viven solos. Sus familiares los dejan en asilos y residencias, y tratan de autoengañarse convenciéndose de que allí lo pasan muy bien. Se los quitan de encima. Estorban en las casas. Dan mucho trabajo: hay que darles de comer, vestirlos, bañarlos, cuidarlos, y hasta se enferman demasiado. Algunos traen mujeres de servicio del tercer mundo para que los cuiden. Ellos, los hijos, están muy ocupados produciendo dinero o disfrutando la vida para encargarse de ellos... Por otra parte, en los países del sur, los gobiernos han abandonado las políticas de protección social y, con frecuencia, los ancianos pasan sus últimos años en completo desamparo. Cada día son más comunes las marchas y manifestaciones de “viejitos y viejitas” en demanda de sus míseras pensiones.

En una cultura que idealiza los cuerpos bellos, atléticos, juveniles, y pone como valor absoluto la competitividad y la producción, la fragilidad de los ancianos se considera un verdadero antivalor. Los viejos no producen y sólo acarrearán gastos y molestias. Un rostro surcado de arrugas en vez de ser un poema de la vida, es algo feo que hay que esconder. Muchos olvidan demasiado fácilmente las muchas atenciones que recibieron

de niños de sus padres, y los viejitos se acercan al final de su existencia con la amarga sensación de no ser verdaderamente queridos por nadie.

Esta conducta, si bien se ha generalizado en estos tiempos, no parece ser nueva. Hace ya bastantes siglos, el Senado Romano aprobó la “Lex Cionaria”, la ley de la cigüeña, que obligaba a los hijos e hijas a cuidar de sus padres ancianos, siguiendo el buen ejemplo de estas aves generosas. Las cigüeñas blancas vuelven al final del invierno a sus chimeneas de siempre, a los mismos campanarios. Cuando niñas, fueron alimentadas por sus madres. Ahora, adultas, les corresponde sostener a las ancianas. Las cigüeñas viven mucho, hasta 70 años. Tal vez su longevidad se deba a que las jóvenes no las abandonan nunca. Les traen alimento y extienden sus alas sobre ellas para darles sombra y protección. Les acompañan hasta que mueren, ya viejitas, en los mismos nidos que las vieron nacer.

En nuestro mundo inhumano y excluyente, necesitamos cultivar con urgencia, la gratitud, la sencillez, la ternura.

Es urgente que aprendamos todos a valorar una mano temblorosa, un rostro surcado de arrugas, un cuerpo postrado bajo el peso de los años. Descubrir la increíble fortaleza y la deslumbrante belleza que se oculta en la aparente fragilidad o discapacidad. Hay cuerpos atléticos y muy bien cuidados con espíritus arrugados y enfermizos. Campeones olímpicos y modelos exuberantes tienen tal vez minusválido el corazón. Y en cuerpos débiles laten con frecuencia corazones gigantescos:

Hace algunos años, en los juegos paraolímpicos de Seattle, nueve concursantes, todos con alguna discapacidad física o mental, se reunieron en la línea de partida para correr los cien metros planos.

Cuando sonó el disparo, todos salieron, no como bólidos, pero sí con gran entusiasmo de participar en la carrera, llegar a la meta y ganar. Uno de ellos tropezó, cayó en el asfalto y empezó a llorar.

Cuando los otros ocho oyeron el llanto del compañero, disminuyeron la velocidad, detuvieron su carrera y volvieron atrás. Todos regresaron, todos.

Una niña, con síndrome de down, se agachó y le besó la herida:

—Este besito te va a curar...

Entonces, los nueve niños y niñas se agarraron de las manos y caminaron juntos hasta la meta.

Todos en el estadio se pusieron de pie y aplaudieron emocionados durante varios minutos. Los discapacitados les habían brindado una lección extraordinaria: más

importante que ganar es ayudar a ganar a otros.

17. EL ÁRBOL DE LA VIDA

Circulaba el rumor de que existía en la India un árbol cuyo fruto liberaba de la vejez y de la muerte. Un sultán decidió enviar a su mejor hombre en busca de ese árbol prodigioso.

Partió el hombre y durante años recorrió en vano todos los rincones del país en busca del árbol. Nadie sabía nada de él. Algunos pensaban que estaba loco y, para reírse de él, le daban direcciones falsas. Otros, de corazón más puro, se compadecían de él y le decían que desistiera de su búsqueda, que era falsa la historia del árbol de la vida.

Cansado y desanimado emprendió el camino de regreso. Una tarde, se encontró con un ermitaño que tenía fama de santo.

—Ayúdame, buen hombre, que estoy desesperado.

—¿Qué te sucede para estar tan triste?

—El sultán me envió a buscar en la India el árbol de la vida y no sólo no lo he encontrado, sino que todos me han dicho que no existe.

—Por supuesto que existe —le interrumpió el ermitaño—. Es el árbol de la sabiduría. La gente prefiere negar su existencia para no tener que buscarla. El sabio es capaz de comprender el secreto de la vida y por ello vive en paz consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. No permite que le agobien las preocupaciones y hasta consigue vivir intensamente los dolores, las enfermedades, la vejez e incluso la muerte. Ni la vejez ni la muerte son malas. Lo malo es tener miedo a envejecer y morir. Y el sabio se ha liberado de ese miedo.

El único conocimiento que realmente importa es el conocimiento de sí mismo. Como lo sabía bien Sócrates, es sabio el que logra conocerse y se atreve a ser él mismo: “Conócete, quíérete, sé tú mismo”, debería ser la tarea impostergable de todos los que se decidan a vivir en plenitud.

Hoy día se mitifica a los especialistas y expertos, se exhiben con orgullo abultadísimos currículos, los títulos de universidades prestigiosas equivalen a los viejos títulos nobiliarios. Pero cada día escasean más y más los auténticos sabios. La sabiduría no consiste en saber muchas cosas, en estar bien informado, sino en ir al fondo de las cosas y en conocer los secretos de la vida. En este sentido, hay doctores que son unos verdaderos ignorantes y campesinos analfabetas que son auténticos sabios.

La sabiduría consiste en aprender a vivir y aprender a morir, de modo que la misma muerte se convierte en el último acto supremo de vida. Sólo los que no han vivido o han malgastado la vida tienen miedo a morir.

La sabiduría está tejida de una serie de aprendizajes sencillos y fundamentales (aprender a valorar lo auténtico y profundo, aprender a relativizar las cosas y reírse de uno mismo, aprender a respetar, querer, perdonar...) que desgraciadamente muy pocos logran alcanzar en el curso de su vida. Ojalá todos pudiéramos hacer nuestros los aprendizajes de Orner B. Washington:

“He aprendido que no puedo hacer que alguien me ame; todo lo que puedo hacer es ser alguien que pueda ser amado. El resto depende de los otros.

He aprendido que toma años construir la confianza, y sólo segundos destruirla.

He aprendido que no es lo que tengo en mi vida, sino a quién tengo en mi vida, lo que importa.

He aprendido que no debo compararme con lo mejor que otros hacen, sino con lo mejor que yo puedo hacer.

He aprendido que siempre debo despedir a las personas queridas con palabras amorosas. Puede ser la última vez que las vea.

He aprendido que los héroes son personas que hacen las cosas que hay que hacer, cuando es necesario hacerlas, sin importar las consecuencias.

He aprendido que hay personas que te aman intensamente, pero no saben cómo demostrarlo.

He aprendido que la verdadera amistad continúa creciendo a pesar de las distancias. Igual que el verdadero amor.

He aprendido que sólo porque alguien no te ama en la forma que quieres, no significa que no te ama con todo lo que tiene.

He aprendido que no siempre es suficiente ser perdonado por otros, algunas veces debo aprender a perdonarme a mí mismo.

He aprendido que escribir es tan bueno como hablar para aliviar los dolores emocionales.

He aprendido que no importa cuán roto está el corazón, el mundo no se detiene por tu pena.

He aprendido que una discusión entre dos personas no significa que entre ellos no hay amor. Ni sólo porque no discuten, significa que se aman.

He aprendido que a veces debo dar más importancia a las personas que a sus acciones.

He aprendido que quienes son honestos consigo mismos, sin importar las consecuencias, irán más lejos en su vida.

He aprendido que muchas veces las personas a quienes quiero en la vida me son quitadas demasiado pronto”.

18. EL GRAN SAMURAI

Paulo Coelho nos recuerda la historia de un gran samurai que, siendo ya de edad avanzada, se dedicaba a enseñar a los jóvenes el arte de la guerra. A pesar de sus años, corría la leyenda de que todavía era capaz de derrotar a cualquier adversario.

Una tarde, se acercó un guerrero, joven e impetuoso, que decía no haber perdido nunca una batalla. Juraba que destrozaría en breves segundos al viejo si es que tenía el suficiente valor para aceptar el reto de batirse con él. Los que lo conocían, aseguraban que era diestro en el arte de la provocación y que esperaba siempre a que el rival comenzara la pelea, para descubrir sus fallos y contraatacar de un modo fulminante. El joven guerrero estaba convencido de que, si lograba derrotar al gran maestro, su fama se agigantaría.

Todos los estudiantes le pidieron al maestro que no hiciera caso de las bravuconadas del joven, pero el viejo samurai decidió aceptar el desafío.

Cuando llegaron a la plaza de la ciudad y se enfrentaron ambos guerreros, el joven comenzó a insultar al anciano maestro con todo tipo de ofensas e improperios, e incluso llegó a escupirle en el rostro.

En vano intentó por horas provocarlo, pero el anciano samurai aguantó todos los insultos sin inmutarse. Al final de la tarde, el impetuoso guerrero se retiró humillado.

Los alumnos se sintieron decepcionados y no podían comprender cómo su maestro había permitido ofensas tan graves sin responder a ellas.

—¿Cómo permitió, maestro, tanta vileza e indignidad? ¿Por qué aceptó el desafío y luego se mostró tan cobarde que ni siquiera intentó sacar la espada?

El maestro les sonrió calmadamente y les preguntó:

—Si alguien les ofrece un regalo y ustedes no lo aceptan, ¿a quién pertenece el regalo?

—A quien intentó entregarlo —respondió uno de los alumnos.

—Lo mismo vale para la envidia, la rabia, las ofensas y los insultos —dijo el maestro.

Hay un viejo refrán que dice “Dos no riñen si uno no quiere”.

La mayor parte de las peleas y problemas surgen porque respondemos de la misma

forma con que somos tratados: Me gritan, yo respondo más duro; me hieren, yo trato de golpear más fuerte. Respondemos a la violencia con más violencia, y la paz se aleja más y más de nuestras vidas. No somos actores de nuestra conducta, sino meros reactores a lo que nos dicen o hacen los demás. En cierto sentido, somos derrotados por el otro.

Muchos se sienten fuertes y valientes porque tienen dinero y servidumbre, andan armados, se saben protegidos o temidos, están siempre rodeados de guardaespaldas y matones. Hacen de sus caprichos ley y, en definitiva, son unos cobardes absolutos incapaces del menor vencimiento.

Valiente no es el que vence, sino el que convence. Enseña a tus alumnos que el verdadero valor consiste en ser dueño de sí mismo, en vivir lo que uno cree y proclama, en atreverse a decir no si uno cree que debe decirlo, cuando todos a tu alrededor dicen sí. En un mundo carcomido por el individualismo y el egoísmo, hace falta mucho valor para ser generoso. En un mundo donde las relaciones están dominadas por la injuria, el grito, el chisme, la ofensa, hace falta mucho valor para tratar a todos con cariño y con bondad. En un mundo donde lo importante es tener, acaparar y consumir, se requiere mucho valor para ser austero y generoso. En un mundo ahogado en la superficialidad y trivialidad, hace falta mucho valor para intentar ser profundo.

Recuerda que sólo los peces muertos siguen siempre la corriente del río. ¡Cuánto valor se necesita hoy para atreverse a nadar contracorriente, para salirse del rebaño y decidirse a no seguir huellas, sino a hacer camino con los propios pies!

Proponte actuar de tal modo que nada ni nadie cambie tu decisión. No devuelvas mal por mal. Derrota la maldad con tu bondad. Sé auténtico. Si los otros son injustos o violentos, no lo seas tú. Ten el valor de domar tu agresividad, tu violencia, tus ganas de venganza y de revancha. Sé héroe no venciendo a otros, sino venciéndonos a ti mismo. Proponte ser un sembrador de paz, de alegría, de sonrisas. Pídele a Dios esta gracia con la bellísima oración de San Francisco de Asís:

Haz de mí, Señor, un instrumento de tu paz.
Que donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa, ponga perdón;
donde haya discordia, ponga unión;
donde haya error, ponga verdad;
donde haya duda, ponga confianza;
donde haya desesperación, ponga esperanza;
donde haya tinieblas, ponga luz
y donde haya tristeza, ponga yo alegría.
Haz, en fin, Señor,
que no me empeñe tanto

en ser consolado,
como en consolar;
en ser comprendido,
como en comprender;
en ser amado,
como en amar.
Porque dando es como ser recibe,
olvidando es como se encuentra,
perdonando se es perdonado
y muriendo se resucita
a la vida que no conoce fin.

Padre e hijo salieron de excursión rumbo a la montaña. El padre le había prometido llevarle a un lugar encantado, y a pesar del esfuerzos subían ilusionados.

–Hemos llegado –le dijo el padre con una sonrisa misteriosa–. Grita lo que quieras y vas a ver lo que sucede.

–¡¡¡AAAhhhhhhhh!!!! –gritó el niño sin estar muy seguro de lo que hacía.

Para su sorpresa, alguien repitió el mismo grito:

–¡¡¡AAAhhhhhhhh!!!

Lleno de curiosidad, el niño preguntó a gritos:

–¿Quién eres tú?

–Recibió de respuesta un “¿quién eres tú?” idéntico al suyo.

Enojado con la respuesta, gritó:

–¡Cobarde!

–“¡Cobarde!” –le respondió también gritando la voz desconocida.

El niño miró desconcertado a su padre y le preguntó:

–¿Qué es lo que pasa en este lugar encantado?

–Presta bien atención –le dijo sonriendo el padre y gritó con todas sus fuerzas:

–¡Eres maravilloso!

–La voz respondió:

–¡Eres maravilloso!

El niño estaba asombrado pero no entendía. Entonces, el padre le dijo:

–La gente lo llama eco, pero en realidad es la vida. Ella te devuelve todo lo que dices y haces. No olvides nunca, hijo, esta lección. Si quieres recibir bondad, comprensión, cariño, dáselos tú primero.

19. LAS RANAS

Un grupo de ranas viajaba por el bosque y, de repente, dos de ellas cayeron en un pozo muy profundo. Las demás ranas se acercaron a los bordes del pozo y al constatar lo profundo que era, comprendieron que no había nada que hacer y les dijeron que debían darse por vencidas.

Las dos ranas no hicieron caso de los consejos tan pesimistas de sus compañeras y empezaron a saltar con todas sus fuerzas para salir del pozo.

Las ranas de afuera les gritaban que todos sus esfuerzos iban a resultar inútiles y que era mejor que se rindieran.

Al rato, una de las ranas decidió escuchar los consejos de las compañeras, desistió, se rindió y se dispuso a morir. La otra rana siguió saltando cada vez con más fuerza, a pesar de que las de afuera gesticulaban y gritaban que no insistiera, que sus esfuerzos eran totalmente inútiles.

La ranita porfiada dio un salto increíble y logró salir del pozo.

–Gracias a Dios que lograste salir y no escuchaste lo que te gritábamos –le dijeron apenas las ranas cuando la vieron a salvo.

–Pero, ¿qué me gritaban? Yo soy sorda y todo el rato estaba convencida de que ustedes me estaban dando ánimos y gritándome que no me rindiera.

No te des nunca por vencido. Los problemas y dificultades se agigantan si uno se acobarda ante ellos. Se achican si uno decide enfrentarlos con valor. Si te convences de que puedes, podrás. No escuches las voces negativas, las que siembran en tu alma el pesimismo, las que te roban la ilusión y la esperanza. No sigas a los amargados porque te embarrarán el corazón con su amargura.

Más vale alentar y animar, que censurar o criticar. Proponte evitar toda palabra que ofenda, que humille, que invite a la desesperanza. Cultiva la palabra animosa, que alienta, crea seguridad, hace crecer.

El verdadero maestro debe ser la persona más motivada y motivadora del salón. Busca siempre y en todo generar y mantener el entusiasmo de sus alumnos. Etimológicamente, la palabra entusiasmo significa “tener un dios dentro”, estar lleno de energía, de creatividad, de vida, de ilusión. El maestro entusiasta y generador de entusiasmo sabe que el objetivo esencial de las planificaciones es tener a los alumnos motivados y

contentos, y es capaz de convertir los conflictos, problemas y errores en maravillosas oportunidades para aprender, para mejorar, para crecer.

Los padres saben bien que no hay dos hijos iguales. Lo mismo pasa con los alumnos. No existe “el alumno” tipo; existen alumnos concretos, de carne y hueso, con un nombre, una historia, una familia, unas heridas, unas fortalezas y posibilidades. Cada alumno es diferente, único, irrepetible, con unos saberes, unos ritmos y modos propios de aprender. Con una misión en la vida que le tenemos que ayudar a descubrir y realizar. No hay alumnos incapaces, que no sirven. Todos tenemos talentos, dones, posibilidades. Somos distintos, pero todos valiosos. Todos somos buenos para algo. El reto está en descubrirlo y potenciarlo. Cada uno debe encontrar su propio camino de realización. Todos nacimos para triunfar. El verdadero educador cultiva con tenacidad la pedagogía del éxito, tiene expectativas positivas de cada alumno y lo acepta como es, con su cultura, su lenguaje, sus miedos, sus deseos, su carácter.

Si aceptamos que cada uno es diferente a los demás, no podemos compararlo con los otros, y debemos ayudarle a que vaya tan lejos como le sea posible en su desarrollo personal. Más que a competir con los demás, enseñemos al alumno a competir consigo mismo, a dar lo mejor de sí, a buscar su propia excelencia humana, de tal modo que cada uno sea capaz de levantarse de su mediocridad para alcanzar las metas de sus posibilidades. Esforcémonos en ayudar a cada uno a ser competente y cooperador, de modo que pueda vivir su realización en el servicio a los demás.

A todos nos encanta que reconozcan nuestros talentos y alaben las cosas que hacemos bien. Y a todos nos disgusta que nos echen en la cara continuamente nuestros errores y nuestros fallos. Si a un niño se le dice en la casa que no sirve para nada, que es un inútil, y la escuela refuerza esa percepción negativa, estaremos haciendo un perdedor. Con nuestras palabras podemos entusiasmar o destruir, y todos terminamos convenciéndonos de que es cierto lo que nos dicen los demás:

Los alumnos no soportaban a ese maestro tan aburrido y fastidioso. Las clases con él eran un verdadero tormento. Tenían que librarse de él como fuera.

Entonces, urdieron un plan para hacerle creer que estaba enfermo: “Cuando llegue mañana, vamos a decirle todos que tiene un aspecto espantoso, que parece a punto de desmayarse”.

—¿Qué le pasa, maestro, que hoy amaneció tan pálido y amarillento? Tóquese la frente, seguro que le arde de fiebre.

—Cállate, Gustavo, estoy y me siento perfectamente bien.

–Pues no lo parece. En serio, maestro, se ve horrible, tiene el color de un muerto.

–¿De veras, Susanita? Tú eres una niña muy sincera –y el maestro empezó a tocarse preocupado la frente.

–Sí, maestro, se ve muy mal –corearon todos los alumnos.

–La verdad que esta noche casi no he dormido y llevo unos días sin apetito –empezó a balbucear el maestro e imaginó que la extrema palidez que afortunadamente le habían notado los alumnos, podía ser un preanuncio de infarto o de una extraña enfermedad. Se tocó el corazón y lo sintió acelerado. Allá adentro sentía el nacimiento de un extraño dolor.

–Me siento muy mal y voy a la cama, creo que debes llamar al médico –le dijo a la esposa al llegar a la casa.

–¿Qué te sucede; Mauricio? –exclamó ella alarmada.

–No sé, pero fíjate lo pálido que estoy y lo mal que me veo.

–A ver, déjame tocarte, fiebre parece que no tienes, pero ciertamente te ves mal.

–Estoy muy mal, parece que me voy a desmayar. Llama rápido a un médico o una ambulancia.

Mientras tanto, los alumnos jugaban alborozados por las calles, como pájaros escapados de la jaula.

–¿Por qué no tuvieron clase hoy? –les preguntaron las mamás.

–Porque el maestro Mauricio está muy grave.

–¡Qué raro! –exclamaron impactadas–. Con lo sano que parecía... Pero a todos nos llega algún día la hora.

–No sabíamos que usted estuviera tan enfermo –le dijeron cuando fueron a visitarlo al hospital.

–Yo tampoco lo sabía, la enfermedad como que iba por dentro. Afortunadamente, fueron sus hijos los que me hicieron caer en la cuenta de lo mal que yo estaba.

–¿Y cuál es su enfermedad?

–Los médicos me han diagnosticado un tipo raro de ansiedad y de estrés. Tengo que estar un buen tiempo de reposo.

20. AMIGO

—Mi amigo no ha regresado. Permiso, mi teniente, para salir a buscarlo.

—Permiso negado. La batalla ha sido muy dura, el enemigo sigue cerca y no quiero que arriesgue su vida por alguien que posiblemente habrá muerto.

El soldado decidió desobedecer la orden y salió en busca del amigo. Al rato, volvió mortalmente herido, cargando sobre sus hombros el cadáver del amigo.

El teniente se puso furioso:

—Yo le dije que estaría muerto. Ciertamente usted ha actuado como un estúpido. ¿Mereció la pena arriesgar su vida por un cadáver?

El soldado moribundo esbozó una increíble sonrisa y le dijo:

—Por supuesto que sí. Cuando lo encontré, todavía estaba vivo y me dijo:

—Estaba seguro de que vendrías por mí.

Amigo es aquel que llega cuando los demás se han ido, que es capaz de cometer “estupideces” por amor. Amigo es alguien que te conoce, te acepta como eres y está siempre dispuesto a ayudarte a ser mejor.

Los amigos verdaderos valen mucho más que cualquier fortuna o cantidad de dinero. No abundan y si uno no lucha por ellos, tarde o temprano terminará rodeado de amistades falsas.

Los mejores amigos son los hermanos que Dios olvidó darnos. Son como las estrellas; no siempre puedes verlas, pero siempre están allí. Cuando duele mirar atrás y tienes miedo de mirar al frente, puedes mirar a tu lado... Tu mejor amigo estará allí.

Si quieres llegar a tener buenos amigos, debes comenzar por ser amigo de ti mismo, es decir, debes quererte y esforzarte por ser cada día mejor. Recuerda las palabras de Jesús: “Amarás al prójimo como a ti mismo”. En palabras de Facundo Cabral, “reconcíliate contigo, ponte frente al espejo y piensa que esa criatura que estás viendo es obra de Dios y decide ahora mismo ser feliz. La felicidad no es un derecho, es un deber, porque si no eres feliz, amargarás a todas las personas a tu alrededor”. Tú eres el amigo que va a ayudarte a resolver todos tus problemas, que va a esforzarse por hacerte feliz. La felicidad no es algo que está fuera de ti. Está dentro y debes cultivarla y cuidarla con

esmero: Huye de los pensamientos tristes, no te quejes por lo que te sucede, no critiques, perdona, no guardes rencor. Cada minuto gastado en rabia, enojo o bravura, son sesenta segundos de felicidad perdida. Enfrenta los problemas y dificultades, proponte ser positivo y generoso, fíjate más en lo mucho que tienes que en lo que te falta.

Mi amiga Elda Rondini, una mujer servicial y atenta, una maestra que tiene el corazón atrapado por los niños, me regaló este escrito el día de mi cumpleaños:

La felicidad es una opción en la vida. En ese ir y venir cotidiano tenemos la oportunidad de elegir entre la tristeza y la alegría: aunque en ciertos instantes nos hieran, desconcierten o engañen, aún tenemos el poder de decidir si mirar la luz o sumergirnos en la penumbra. Es el puente del amor el que invita a seguir el camino.

Hay quienes se entristecen con la lluvia, mientras otros permanecen quietos contemplándola caer o disfrutando del frío de sus gotas (incluso conozco algunos que permanecen quietos gozando de sus momentos relampagueantes, esperando con ansia el arcoiris). La vida ofrece permanentemente opciones: ¡siempre surgen caminos diversos que conducen a los sueños! El asunto es no detener el andar, aunque se sienta la soledad en la piel.

Cada día es distinto, inundado de silencios y sonidos. Siempre agradezco tu silencio lleno de imágenes y sensaciones, aunque nadie más que yo las escuche o las perciba. Ese es tu regalo diario para mí.

Hay movimientos suaves, sutiles, invisibles... que llenan las arcas de nuestras vidas y doy gracias por ellos. Una sonrisa, una mirada, una mano extendida... ¡un abrazo! Hace poco leí que Dios nos dotó de brazos para que pudiéramos “regalarnos abrazos unos a otros” (¿No es una hermosa concepción de la amistad?).

Las hojas caídas siguen dando vida, aunque las pisemos o ignoremos. ¿Alguna vez has sentido entre tus dedos el crujir de una hoja seca, tocando su nervadura, observando las tonalidades que ocultan en su sequedad?

El simple hecho de despertar debería ser recibido con un “Te agradezco el nuevo día que me das”. ¿No tenemos, acaso, frente a nosotros cientos de minutos llenos de sorpresas, de misterio? Vale la pena arriesgarse en la vida, al fin y al cabo, ¿no es eso también una opción? Incluso nosotros mismos, ¿no somos una opción para otros?

Anhele seguir disfrutando la calidez del amor de mi gente, la hermosura del canto y la poesía, la transparencia de las palabras, la risa de mis niños y del sol.

La amistad verdadera perdura más allá del tiempo y de la distancia...

Desconfía del falso amigo que, en nombre de la amistad, te pide que le cubras tus faltas e irresponsabilidades y que te solidarices con su mala conducta. Los falsos amigos, los meros amigos de bonches y parrandas, son pasajeros y desaparecen cuando vienen los problemas y dificultades. Es en la necesidad donde se conoce al amigo verdadero.

Eso es lo que trató de decirnos Esopo con una de sus maravillosas fábulas:

Iban dos amigos caminando juntos, cuando se les presentó de pronto un oso. El más ágil de ellos, olvidándose del amigo, subió con rapidez a un árbol y se escondió entre sus ramas. El otro se tendió en el piso y se hizo el muerto.

El oso lo estuvo oliendo por todas partes, en especial por sus orejas. Pero el hombre reprimió muy bien la respiración e hizo creer al oso que estaba muerto.

Al rato, el animal se alejó y desapareció en el bosque. Bajó del árbol el que estaba escondido entre las ramas y le preguntó al compañero qué le había dicho el oso.

—Me ha dado un buen consejo: que no ande en adelante con falsos amigos que abandonan al compañero ante el menor peligro.

21. PONERSE EN LA PIEL DE LOS DEMAS

Una noche de invierno extremadamente fría, un general comía dentro de su tienda. Una extraordinaria fogata y numerosas antorchas calentaban el ambiente.

Después que hubo devorado un gran banquete bien regado con numerosos vasos de vino y algunas copas de brandy, el general sintió que el calor le ahogaba, y empezó a quitarse su abrigo de pieles.

– No sé qué está pasando con el clima, pero hace un tiempo rarísimo, completamente anormal para esta época. Debería estar helando y el calor resulta insoportable.

Los soldados que, muy mal comidos, se helaban afuera mientras montaban la guardia, oyeron lo que decía su general. Uno de ellos se atrevió a entrar en la tienda e hincándose de rodillas, le dijo a su jefe:

–Perdone usted, mi General, pero quiero asegurarle que el clima no ha cambiado en absoluto y que hace un tiempo completamente normal para esta época.

(Relato de Xue Tao)

La maestra estaba enseñando la resta en una escuela muy pobre.

–Ahora, Hugo –dijo–, si tu papá ganas al mes dos millones de bolívares, y después de pagar ciento cincuenta mil bolívares de luz y ochenta mil de teléfono, le da la mitad a tu mamá, ¿qué tendría ella?

–¡Un ataque al corazón! –respondió el niño.

Muchos se oponen a transformar el mundo porque a ellos les va muy bien. Encerrados en su paraíso de abundancia y de comodidades, son incapaces de ponerse en la piel de los que sufren, de los que pasan hambre, de los que no tienen ni un techo miserable para cobijar su desdicha y sus penalidades.

A mí me ayuda mucho el reflexionar continuamente sobre lo privilegiado que soy. Porque la vida o Dios me han dado mucho, siento que debo mucho a los demás. Yo pude haber nacido en un rancho miserable de un padre borracho y de una madre que, para paliar su soledad y poder levantar los hijos, fue pasando de macho en macho que le fueron cargando de frustraciones y barrigas. Y en vez de ser lo que soy, estaría tal vez mendigando, o en la cárcel, o recogiendo pots por una de nuestras carreteras en un interminable viaje hacia la nada...

Con frecuencia me asalta una pregunta feroz que me llena de escalofríos y no sé cómo responder: ¿Qué haría yo si, día tras día, regresara a la casa cansado de buscar en vano trabajo y me encontrara con los hijos llorando de hambre? ¿Qué haría yo si se enfermara la esposa o alguno de los hijos y no tuviera para comprarle medicinas y calmar su dolor? Por eso, cuando me asalta la ira ante un muchacho de la calle que me golpea el vidrio del carro en un semáforo, o cuando siento que me está estafando esa señora con un niño en brazos que me muestra un papel y me pide para medicinas, trato de ponerme en su lugar, me esfuerzo por sonreírles y, si puedo, les ayudo aunque sólo sea para iluminarles esa sonrisa oculta al pensar que me han engañado.

La incapacidad de ponernos en la piel de los demás es la razón principal para que aceptemos este mundo y no nos esforcemos con toda nuestra vida por cambiarlo. La solidaridad comienza cuando el otro entra en nuestra vida, cuando hacemos nuestros sus dolores, sus ansias, sus anhelos. Los problemas, gozos y sufrimientos del otro contagian nuestro espíritu, se hacen nuestros y nos impulsan a salir de nuestra indiferencia y conformismo. La defensa de los derechos humanos se convierte entonces en el deber de trabajar sin descanso por hacerlos posibles. Si yo acepto que todos tenemos derecho a la educación, a la salud, a una vivienda digna, debo trabajar sin descanso para convertir esos derechos proclamados en realidades para todos. Debo querer y procurar para los demás lo que quiero y busco para mí y para los míos.

Este es y debe seguir siendo el verdadero sentido de la política, que implica comprometerse en la búsqueda del bien común, superando las tendencias meramente individualistas de una vida dedicada por completo a los intereses privados. A los griegos, la vida privada en exclusiva les parecía “idiota”, impropia de verdaderos ciudadanos. Para Pericles, los mejores ciudadanos, los que eran capaces de anteponer el bien público a sus intereses particulares, eran los que debían ejercer cargos políticos. Quedarse en el ámbito de lo privado equivalía a renunciar a la plenitud humana que implica el servicio a los intereses generales.

Sólo los educadores que son capaces de ponerse en la piel de sus alumnos y se esfuerzan por comprender su cultura, sus valores, su lenguaje, su situación..., podrán ayudarles a crecer fuertes en su identidad y sus raíces. Tratar a todos por igual, juzgar sin escuchar, sin comprender, es una de las principales razones de las muchas injusticias que se cometen en el mundo educativo.

La realidad es múltiple y compleja. Para comprenderla, hay que abandonar las visiones parciales y pequeñas, y abrirse a las percepciones de los demás. Nadie tiene una visión completa de la realidad. Además de mi mundo, hay muchos otros mundos tan valiosos como el mío. Son tiempos de construir entre todos, de sumar, de abrirse a otras culturas. El que se aferra a su verdad particular es un pobre ciego:

Hay una viejísima y muy conocida historia oriental que cuenta que, más allá de Gor, había una ciudad donde todos sus habitantes eran ciegos. Un día, llegó el rey con su ejército y acampó en las afueras de la ciudad. Tenía el rey un poderoso elefante que llevaba consigo para aterrar a sus enemigos. Todos los habitantes de la ciudad imaginaban de mil formas distintas a ese extraño animal del que habían escuchado numerosas historias y leyendas.

Para salir de las dudas, las autoridades delegaron a un grupo de ciegos que fueran a averiguar cómo era el elefante. Cada uno de ellos estuvo por un rato tanteando una parte del animal y regresaron a la ciudad con su idea del elefante:

–Es una cosa grande, rugosa, ancha y gruesa como una alfombra –dijo el que había tanteado su oreja.

–¡Nada que ver! –saltó el que había tocado la trompa–. El elefante es un tubo recto y hueco, horrible y destructivo.

–No saben lo que están diciendo –gritó el que había tanteado una de sus patas–. El elefante es como una columna fuerte y muy dura.

No fue posible que se pusieran de acuerdo y los habitantes ciegos de esa ciudad siguieron más confundidos que nunca, sin poder imaginar cómo era el elefante.

22. DIOS TE NECESITA

La comunidad de aquel monasterio estaban reunidos en oración. Cada uno de ellos fue desgranando su súplica: “Señor, te pido...”, “Señor, te pido...”, “Señor, te pido...”

Cuando todos hubieron concluido con sus súplicas, tomó la palabra el Abad y dijo:

–Ya conoces nuestras peticiones. Ahora, Señor, dinos en qué podemos ayudarte. Te escuchamos en silencio.

Al cabo de un rato, tomó de nuevo la palabra el Abad y concluyó:

–Gracias, Padre, porque nos necesitas y quieres contar con nosotros.

–Amén –respondieron todos los monjes.

Un maestro viajaba con un discípulo que tenía la responsabilidad de cuidar su camello. Una noche, se acostó a dormir y rezó de esta manera:

–Señor, te pido que esta noche cuides al camello. Lo dejo en tus manos.

A la mañana siguiente, el camello había desaparecido.

–¿Dónde está el camello? –preguntó airado el maestro.

–No sé –respondió levantando sus hombros el discípulo–. Anoche yo lo dejé en las manos de Dios. Si se ha escapado o lo han robado, no es mi culpa. Yo se lo confié a Dios con todo el corazón y usted me repite siempre, maestro, que debo poner en El toda mi confianza.

–Insensato –le increpó el maestro–. No has entendido nada de lo que he tratado de enseñarte. Pon en Dios toda tu confianza, pero ata al camello, porque Dios no tiene otras manos que las tuyas.

Dios necesita de nosotros. Somos su boca para alfabetizar a un niño, su abrazo para aliviar a un enfermo o acoger a un amigo, sus pies para llegar a una persona solitaria y enferma. Como le gustaba decir a Teresa de Calcuta: “Yo soy un lápiz con el que Dios escribe sus cartas de amor”.

Dice la Biblia que Dios nos hizo –varón y mujer– a su imagen y semejanza. Nos hizo creadores. Dejó en nuestras manos la marcha del mundo. Por eso, después de habernos

creado, “al séptimo día, descansó”. El no va a intervenir directamente para resolver de un modo milagroso los problemas del mundo.

Cuando Jesús nos invita a seguirle, nos está proponiendo que continuemos su obra de constructores de una civilización del amor. Con su vida y su doctrina, con su palabra-testimonio, nos mostró el camino para alcanzar la plenitud humana en el compromiso de construir la fraternidad planetaria. Seguir a Jesús hoy, en pleno siglo XXI, implica proseguir su misión, trabajar sin descanso para globalizar el servicio, la solidaridad y la esperanza. Por eso, ciertamente, Dios nos necesita. Necesita sobre todo de auténticos maestros, que son los creadores de las personas posibles.

Los compañeros de Fe y Alegría de la Zona Central, me hicieron llegar este escrito con motivo del Día del Maestro:

“Maestro, en ti Dios se ha encarnado. Tú haces posible la esperanza.

Sólo Dios puede darnos la fe, pero tú puedes dar su testimonio.

Sólo Dios puede dar la esperanza, pero tú puedes sembrar confianza en tus alumnos.

Sólo Dios puede dar el amor, pero tú puedes enseñar al otro a amar, perdonar y servir.

Sólo Dios puede dar la paz, pero tú puedes cultivar la unión, la solidaridad, el respeto y la tolerancia.

Sólo Dios puede dar la fuerza, pero tú puedes sostener al desanimado.

Sólo Dios es el camino, pero tú puedes indicárselo a los otros.

Sólo Dios es luz, pero tú puedes hacerla brillar a los ojos de todos.

Sólo Dios es la vida, pero tú puedes contagiar a los demás el deseo de vivir.

Sólo Dios puede hacer lo que parece imposible, pero tú podrás hacer lo posible (imposible es aquello que tarda más tiempo en hacerse realidad).

Sólo Dios se basta a sí mismo, pero El prefiere contar contigo”.

Es muy bueno y necesario rezar, pero de nada va a servir si no nos comprometemos. No basta pedirle a Dios que terminen las guerras, que desaparezcan los niños de la calle, que se acabe la hambruna en Africa, si nosotros no trabajamos sin descanso para que desaparezcan esos problemas y el mundo sea mejor. La oración no puede sustituir la

acción, el compromiso, pero también es cierto que necesitamos hoy mucho de la oración para mantenernos firmes en nuestra actitud de servicio. La oración no puede sustituir el seguimiento de Jesús, pero no es posible seguirle adecuadamente sin oración. Una oración que transforme la vida, que dé fruto, que se traduzca en disposición a cambiar, en fuerza para seguirle, en cercanía a los demás.

La oración proporciona fuerzas para perseverar, para seguir firmes a pesar de los fracasos. Sólo con una vida de oración es posible mantener viva la esperanza, reavivar la utopía, permanecer fieles en la solidaridad. Una oración que no mueva al servicio, que no se traduzca en cercanía con el prójimo, es una oración estéril.

La nueva sociedad que debe nacer del evangelio nos necesita. La gracia de Dios se encarna en nuestra presencia y nuestro trabajo. Nos toca ser sembradores de las semillas que Dios nos proporciona. Y velar activa y pacientemente para que empiecen a dar frutos:

Un joven soñó que estaba en un fabuloso centro comercial atendido por los ángeles.

—¿Qué venden aquí? —preguntó el joven maravillado.

—Aquí se vende de todo —le respondió sonriendo el ángel.

El joven empezó a hacer apresuradamente su lista de compras: “Quiero que terminen las guerras en el mundo, que no haya niños de la calle, que nadie muera de hambre ni miseria, que funcionen bien las escuelas y los hospitales, que se acaben los crímenes, los robos, la violencia”.

—No has comprendido —le interrumpió con amabilidad el ángel—. Aquí no vendemos frutos. Sólo vendemos semillas.

23. EL LEÑADOR Y SU ESPOSA

Había un leñador, fuerte y robusto, que contrajo matrimonio con una mujer totalmente distinta: delicada, suave, con unos dedos prodigiosos con los que realizaba unos extraordinarios bordados.

El leñador estaba muy orgulloso de su esposa y pasaba todo el día en el bosque para que no faltara nada en la casa.

Tuvieron tres hijos que crecieron, estudiaron, se casaron y se fueron a vivir lejos de la casa de sus padres.

Cuando quedaron solos, el hombre siguió trabajando con el mismo afán. A pesar de los años, no disminuía su extraordinaria fortaleza. La mujer, sin embargo, fue languideciendo, dejó de bordar, perdió el apetito, dejó de salir de la casa y pasaba casi todo el día en la cama.

El esposo no sabía qué hacer y se la pasaba dando vueltas como un león enjaulado. Una noche, la esposa empezó a arder de fiebre y una palidez de muerte devoró su rostro.

El leñador tomó en sus manos toscas los delicados dedos de la esposa y comenzó a llorar:

—No me dejes, por favor, no me dejes —gritaba entre sollozos.

La mujer hizo un gran esfuerzo por levantar su pregunta sobre la llamada de su fiebre:

—¿Por qué estás llorando?

—¡Porque te necesito!

Una chispa suave avivó los ojos de la esposa:

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Yo creía que cuando los hijos crecieron y se fueron, ya mi vida no servía para nada. Me sentía tan débil y tan frágil y te veía tan fuerte y tan seguro de ti mismo...

—Me daba pena decirte lo mucho que te necesitaba. Pensaba que no te merecía. Tenía tanto miedo de perderte...

Desde ese momento, la mujer volvió a recuperar la salud, empezó de nuevo a pasear por el bosque y sus dedos recobraron su agilidad y su arte. Su vida había vuelto a tener sentido porque alguien la necesitaba. Alguien era capaz de recibir lo que ella tenía: amor.

(Construida a partir de un texto de Paulo Coeho)

Con frecuencia, sobre todo los hombres, nos privamos de expresar nuestro amor. Nos da pena o pensamos que la otra persona va a pensar que somos sensibleros y cursis. Una educación desorientada, que predica que los hombres no deben expresar sus sentimientos, nos ha deformado. Muchos sólo en los funerales expresan cosas bellas del difunto, cuando ya es tarde y la persona no puede oírlas. No basta querer, es necesario que el otro se sienta querido, que experimente y compruebe el amor. Con frecuencia, echamos grandes sermones, o damos largos consejos, cuando tal vez, basta un gesto cariñoso, una simple palabra: “Te quiero”, “te necesito”, “cuenta conmigo”.

Para crecer sanos y equilibrados, todos necesitamos sentirnos valorados y queridos. Todos necesitamos ser reconocidos y apreciados, todos tenemos hambre de refuerzos positivos, queremos experimentar que somos importantes para los demás y que se valoran nuestros logros y nuestra manera de ser. De ahí la importancia de educadores que realmente quieran a sus alumnos, de modo que estos se sientan importantes, tomados en cuenta, valorados. A algunos maestros les va a tocar incluso llenar ese vacío de amor que sus alumnos nunca encontraron en sus hogares y curar de este modo las profundas heridas del desamor. En palabras de Margaret Mead, “para algunos, la escuela es un segundo hogar; para otros, el único. Y para no pocos, una cárcel”.

Si es bien cierto que sólo si uno se acepta y quiere, podrá aceptar y querer a los demás, no es menos cierto que es imposible quererse si uno no ha experimentado el amor. La autoestima parte siempre de la estima del otro. El sentirse valorado y amado ayuda a crecer y desarrollarse. Por ello, en palabras de Pablo Neruda, queda prohibido no demostrar tu amor:

Queda prohibido llorar sin aprender,
levantarte un día sin saber qué hacer,
tener miedo a tus recuerdos.
Queda prohibido no sonreír a los problemas,
no luchar por lo que quieres,
abandonarlo todo por miedo,
no convertir en realidad tus sueños.
Queda prohibido no demostrar tu amor,
hacer que alguien pague tus dudas y mal humor.
Queda prohibido dejar a tus amigos,
no intentar comprender lo que vivieron juntos,

llamarles sólo cuando los necesitas.
Queda prohibido no ser tú ante la gente,
fingir ante las personas que no te importan,
hacerte el gracioso con tal de que te recuerden,
olvidar a toda la gente que te quiere.
Queda prohibido no hacer las cosas por ti mismo,
no creer en Dios y hacer tu destino,
tener miedo a la vida y a sus compromisos,
no vivir cada día como si fuera un último suspiro.
Queda prohibido echar a alguien de menos sin alegrarte,
olvidar sus ojos, su risa,
todo porque sus caminos han dejado de abrazarse,
olvidar su pasado y pagarlo con su presente.
Queda prohibido no intentar comprender a las personas,
pensar que sus vidas valen más que la tuya,
no saber que cada uno tiene su camino y su dicha.
Queda prohibido no crear tu historia,
dejar de dar las gracias a Dios por tu vida,
no tener un momento para la gente que te necesita,
no comprender que lo que la vida te da,
también te lo quita.
Queda prohibido no buscar tu felicidad,
no vivir tu vida con una actitud positiva,
no pensar en que podemos ser mejores,
no sentir que sin ti este mundo no sería igual.

El cariño libera la personalidad, el amor cura las heridas del alma. Esta es la lección de tantísimos cuentos donde un beso de una tierna doncella a un sapo repugnante es capaz de convertirlo en un apuesto príncipe. La Bella Durmiente espera cien años en el castillo hasta que el beso de un príncipe valiente la despierta. Hay mucho príncipe y princesa por nuestras aulas y calles disfrazados de niños agresivos y terribles que esperan una mano amiga, una sonrisa, un beso, una caricia, para poder ser ellos.

Este es el tema también de La Bella y la Bestia:

Un comerciante tenía una hija hermosísima pero, como sus negocios no le iban bien, decidió viajar a otra ciudad para ver si cambiaba su suerte. Tenían que cruzar una selva espesa y se perdieron en ella. Tuvieron la suerte de llegar a un palacio que estaba completamente vacío. Sin embargo, encontraron una mesa servida en la que comieron, y algunas habitaciones preparadas, en las que decidieron descansar y pasar la noche. El dueño del palacio no estaría lejos y, cuando llegara, le explicarían sus problemas. Desde la ventana, el comerciante vio un jardín hermosísimo y decidió bajar y regalarle a la hija

una rosa para demostrarle su cariño y bajarle la tristeza y las preocupaciones.

Cuando terminó de cortar la flor, apareció un ser deforme y monstruoso que le dijo:

–Yo soy la Bestia, dueña del palacio. Todo lo que hay aquí me pertenece. No me importó que comieran en mi mesa ni que ocuparan mis habitaciones, pero no tolero que alguien arranque una sola de mis flores. Te voy a matar por eso.

El comerciante le pidió que le permitiera al menos despedirse de su hija y, cuando esta se enteró de lo ocurrido, se ofreció a morir en lugar del padre.

La Bestia, impresionada por un amor tan profundo, decidió perdonarles la vida, pero exigió que la bella muchacha viviera en palacio con ella.

La bondad y amabilidad de la muchacha fueron ganando el corazón de la Bestia que pronto se enamoró de ella.

–Cásate conmigo e intenta quererme como te quiero yo a ti –le rogó un día la Bestia.

La muchacha se esforzó por ver más allá de las apariencias, se dejó conmover por su cariño y su necesidad de amor y acercándose, le dio un beso tierno en el rostro. Al instante, la figura monstruosa se transformó en un príncipe muy apuesto que le dijo:

–Una malvada bruja me echó una maldición de la que sólo podría salir cuando me besara una bella joven.

24. EL CABALLO DEL CALIFA

Al-Mamun, califa de Bagdad, poseía un hermoso caballo que todo el mundo admiraba. El jefe de una tribu vecino, llamado Omah, se antojó del animal:

–Me gusta mucho tu caballo, véndemelo. Estoy dispuesto a pagar por él lo que me pidas.

–No, amigo, no vendo mi caballo. Para mí es como un hijo.

–Todo tiene precio en el mundo. Te doy por tu caballo toda una caravana de camellos.

–Lamento defraudarte, pero no vendo el caballo. Adiós.

Omah ideó una treta para quedarse con el caballo. Como sabía que todas las tardes Al-Mamun salía con su caballo por las afueras de Bagdad para socorrer a algunos pordioseros y necesitados, un día se disfrazó de mendigo y se tumbó gritando en el camino.

–¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Que alguien tenga piedad de mí!

Al-Mamun oyó los gritos y se acercó al mendigo.

–¿Qué te pasa, amigo? ¿Te han asaltado los ladrones?

–Estoy muy enfermo y nadie se compadece de mí.

–¡Ven, sube! Te llevaré donde te puedan curar.

–Gracias, buen hombre. Pero estoy tan débil que no puedo montarme sin su ayuda.

El califa desmontó de su caballo, se acercó al mendigo, lo cargó en sus brazos y lo montó cuidadosamente en su caballo.

Cuando Al-Mamun iba a montar, el falso mendigo espoleó el caballo y se perdió riendo en una nube de polvo:

–¡Caíste en la trampa, califa estúpido! Soy Omah, a quien no quisiste vender tu caballo, pero ahora es mío.

–Por favor, espera, espera –gritaba desesperado Al-Mamun.

Omah se dio la vuelta y se acercó en plan de reto:

–¿Qué es lo que quieres? ¿Vas a ponerte a llorar por tu caballo?

–No, no, puedes quedarte con él, pero quiero pedirte una cosa.

–Dime, pero ni pienses que te voy a devolver el caballo.

–Sólo te pido que no cuentes a nadie cómo obtuviste mi caballo. ¿Me lo prometes?

–Entiendo, no quieres que se rían de ti.

–No, nada de eso. Quizás, quizás, un día haya un hombre realmente enfermo tendido en el camino. Si la gente se entera de tu engaño, pasarán de largo y no te prestarán ayuda.

(Enviado por Radialistas Apasionadas: radialistas@andinanet.net)

Este bellissimo cuento árabe se asemeja a la parábola del Buen Samaritano, el relato por excelencia de la solidaridad: “Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Tropezó con unos bandoleros que lo desnudaron, lo cubrieron de golpes y se fueron dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, pasó de largo. Lo mismo un levita, llegó al lugar, lo vio y pasó de largo. Un samaritano que iba de camino llegó donde estaba el herido, lo vio y se compadeció. Le echó aceite y vino en las heridas y se las vendó. Después, lo montó en su cabalgadura, lo condujo a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos denarios, se los dio al posadero y le encargó: Cuida de él y lo que gastes te lo pagaré a la vuelta” (Lucas 10,30-36).

El sacerdote y el levita vieron al hombre golpeado y herido, pero siguieron de largo. Pensaron que no era su problema. No lo vieron con ojos misericordiosos, no lo miraron con compasión, no se compadecieron de él. Compadecerse significa padecer con, implica sentir, sufrir con el otro, sentir sus dolores. El samaritano sí lo hizo y por eso se acercó a ayudarlo.

Muchos ni siquiera ven hoy los dolores de los demás. Viven aislados, lejos de los rostros dolientes de los pobres, lejos de tanta miseria, tanta carencia, tanta vida desgranada y rota... Incluso han puesto barreras y murallas para no ver.

El educador cristiano ve al alumno golpeado, humillado, necesitado de ayuda y no pasa de largo porque lo ve con ojos misericordiosos. Es capaz de escuchar sus gritos de rebeldía, su supuesto desinterés, sus profundos silencios. Ve sus carencias, sus

necesidades y se acerca a ayudarlo con especial cariño y atención.

El sueño de Dios respecto a cada uno de nosotros es que tengamos vida en abundancia. Cuanta más vida tengamos, mejor podremos servir y ayudar a los demás. Dios nos dio la vida para que la demos. Y nos dijo que ese era el camino para llevar una vida plena y alcanzar la felicidad.

La vida no se mide por los títulos que has obtenido, por las riquezas que has acumulado, por los viajes que has realizado. No se mide por lo bello o feo, gordo o flaco que eres, ni por las ropas o zapatos que llevas, o las cadenas de oro que cuelgan de tu cuello. No se mide por la mansión o el rancho que habitas, ni por el carro que manejas, ni por las personas con las que te relacionas. No se mide por los cargos que has ocupado ni por el número de personas que tienes a tus órdenes.

La vida se mide por lo que has hecho y haces: si tus acciones alimentan la vida de los demás o la dañan. Se mide según la felicidad o la tristeza que proporcionas a otros. Se mide por los compromisos que cumples y las confianzas que traicionas. Se mide por el amor o el temor que provocas.

No puedes cambiar el color de tu piel o de tu cabello, ni aumentar unos centímetros tu estatura, pero sí puedes cambiar por completo tu corazón. Puedes proponerte en serio vivir dando vida, provocando la felicidad de los demás, esforzándote por ser un regalo para todos los que conviven a tu lado. Puedes vivir de tal modo que provoques en los demás ganas de ser mejores:

Había nacido maltrecho y jorobado, pero con un gran corazón. Era el hazmerreír de los habitantes del pueblo que se burlaban de él. A Cob no le importaba, pues le encantaba hacer felices a los demás, aunque fuera soportando sus bromas burdas y pesadas. Se sentía útil cuando podía escuchar sus sonoras carcajadas. Dios le había dado esa forma para provocar la risa de los otros. ¡Bendito sea Dios!

En su juventud, había amado en secreto a varias muchachas, pero no se había atrevido a insinuarles nada. Además, nunca hubiera aceptado marchitar su belleza con su deformidad. El día en que se casaron, aplaudió como nadie cuando salían radiantes y felices de la iglesia.

Se sentía ya cansado y viejo y adivinaba que pronto moriría. No quería marcharse sin dejarles un regalo que los hiciera felices cuando él no estuviera. Y le vino la idea: Construiría un inmenso cometa con papel de plata, lo lanzaría al cielo y desde allí les sonreiría.

Dedicó largos meses a construir su cometa. Invirtió los escasos centavos que le daban

las personas compasivas para que se comprara ropas y comida. Y hasta llegó a mendigar para hacer realidad su sueño.

Lanzó la nave de papel al cielo una tarde de viento plácido y luz dorada. El cometa de Cob fue escalando las alturas como un enorme mensajero de alegría. La gente salió a la calle a presenciar entusiasmada ese cometa de luz que llenaba sus corazones de alegría y de unas extrañas ganas de ser bueno. El cometa siguió subiendo y se clavó en el centro del cielo.

Cuando vuelvas a ver la luna, fíjate bien en ella, piensa en Cob y verás que te vienen ganas de ser bueno.

25. PANTALONES TALLA 32

—¿Tiene usted pantalones talla 32?

Verónica hizo la pregunta con miedo, ruborizándose. Era la quinta tienda que visitaba.

—No, muchacha, tenemos sólo hasta la talla 28. Si quieres estar a la moda, te toca rebajar. ¡A ponerse a dieta!

La madre de Verónica empezó a preocuparse:

—¿Qué te pasa, hija?, te la pasas llorando y ya ni comes. Si sigues así, te vas a morir.

—¿Acaso no ves lo gorda y horrible que estoy? Por supuesto que no te das cuenta porque tú estás como un hipopótamo. Heredé, claro, tu cuerpo. No sé por qué me pariste. Hubiera preferido nacer de una mamá delgada y elegante y no de ti, que eres una gorda horrible.

La moda, caduca y pasajera, es de una tiranía avasallante. Se ceba sobre todo en los jóvenes, las víctimas privilegiadas para imponer la religión del consumo y el culto al cuerpo perfecto, de modelo, que unos pocos se esfuerzan por alcanzar y exhibir y la mayoría añora en silencio.

La moda es joven, la publicidad utiliza preferentemente cuerpos delgados, de apariencia etérea y juvenil. Tras ese sueño de cuerpo estilizado, muchedumbres de jóvenes y de no tan jóvenes, castigan sus cuerpos con dietas, aerobics, gimnasios, cirugías estéticas..., y viven pendientes de las calorías, el colesterol, los triglicéridos, las bebidas “light” y los alimentos sin grasa. En la balanza y el espejo se afina la autoestima o su falta. Llamarle a una persona gordo o gorda es un insulto terrible y no hay mejor piropo que decirle a alguien que ha rebajado. Cada día está resultando más difícil y angustiante ser feo, gordo o viejo.

Los charlatanes y comerciantes sin ética ni moral se ceban en esta cultura y levantan grandes fortunas prometiendo dietas milagrosas, cremas, parches, pastillas que, en cuestión de días o semanas, te logran un cuerpo de modelo.

Y aquí se asienta una radical contradicción: mientras presentan como ideal el cuerpo esbelto y delgado, la cultura del consumo nos mete por los ojos, los oídos y las narices, miles de chucherías, manjares, bebidas y comida chatarra que equivalen a darle un cheque en blanco a la gordura. La vida sedentaria que, para la inmensa mayoría, reduce la práctica de los deportes a verlos en la televisión, es otra incitación al sobrepeso. La ansiedad y el estrés propios de la vida moderna, provocan, por lo general, ganas de

comer. La prisa hace que comamos rápido y mal, buen camino hacia la obesidad.

No todas las jóvenes (y en menor medida los jóvenes) son capaces de resolver sin traumas mayores esta contradicción de la propuesta de un cuerpo esbelto y la cultura del consumo. En los países desarrollados, la anorexia es la tercera enfermedad crónica más común entre adolescentes blancas. De 100 anoréxicas, 90 viven en países desarrollados o pertenecen a las minorías privilegiadas de los países pobres.

Las personas anoréxicas pierden hasta el 60 por ciento de su peso normal por ayunos o reducción extrema de la comida. Si comen, se sienten culpables y recurren al vómito, al abuso de laxantes o al ejercicio agotador.

Las personas anoréxicas terminan aislándose de la sociedad. No quieren que las vean porque, aunque estén delgadísimas, se perciben gordas y feas.

La anorexia se ha identificado como una enfermedad de moda. Sin embargo, es un problema muy grave. La mortalidad que provoca es una de las mayores causadas por trastornos psicopatológicos. Sólo un cuarenta por ciento logra curarse por completo.

Una enfermedad parecida es la bulimia nerviosa. Las que la padecen no pueden dejar de comer en cantidades enormes, y luego se provocan vómitos. La bulimia suele presentarse hacia los 17 años y generalmente surge como consecuencia de no haber logrado los resultados esperados después de una dieta estricta. Entonces, las pacientes se atiborran de todo tipo de comida y, como a continuación se sienten culpables, recurren a los laxantes o se provocan vómitos.

Al igual que la anorexia, la bulimia responde a las exigencias de una sociedad que incita a la comida e impone al mismo tiempo la delgadez como ideal. Publicidad para comer, publicidad para adelgazar. La moda, la presión familiar, la fantasía inalcanzable de artistas y modelos causan estragos en muchas jóvenes con problemas de autoestima o predisposición genética.

Si bien es cierto que estas enfermedades son más propias de los países del Norte, la cultura globalizada que impone en todo el mundo los estereotipos y modelos de belleza castiga cada vez con más fuerza a nuestras jóvenes.

Es importante cuidar el cuerpo y preocuparse por la salud, pero sin esclavizarse, ni obsesionarse. Una buena salud corporal, el sentirse a gusto con el propio cuerpo, es un elemento esencial para la adecuada maduración de la afectividad, de la inteligencia, de la creatividad y para el logro de una buena salud mental. Hoy más que nunca, en estos tiempos de ansiedad, estrés, sedentarismo, pero también de hambre, agotamiento físico y envejecimiento precoz, necesitamos una educación que aspire al ideal clásico de “mens

sana in corpore sano” (mente sana en cuerpo sano).

El cuidado de la salud exige el respeto al propio cuerpo y al cuerpo de los demás y la práctica de una sexualidad madura y responsable, que prevenga todo embarazo no querido y cualquier enfermedad de transmisión sexual. Exige también el control en las bebidas alcohólicas y la prevención de todo tipo de drogas prohibidas o que pongan en peligro la salud física y mental. Exige también garantizar la satisfacción de las necesidades más urgentes y esenciales de todos. Con hambre, mala alimentación, sin condiciones higiénicas y sanitarias esenciales, no va a ser posible el desarrollo integral de la persona.

Por todo esto, es importante aprender a querer, respetar y cuidar nuestro cuerpo pero, como ya dijimos, sin esclavizarse a él. La belleza corporal es efímera y pasajera. Lo de veras importante es tener bello el corazón. Y aquí ciertamente es mucho lo que podemos hacer para embellecerlo cada vez más:

Ezequiel era un campesino que afirmaba que su esposa Ruth era la más bella del mundo. No se cansaba de alabar su belleza y de darle gracias a Dios por ello. La gente lo consideraba estúpido y se reía de él:

—No tienes ni idea de lo que dices. Hay millones de mujeres más hermosas que la tuya. Si te fijas bien, verás que Ruth es más bien desagradable y fea. Mira sus manos toscas, su piel dura. Bella es la mujer de Serafín, que tiene una cintura de avispa, piel de nácar, rostro de estrella.

Para cortar las discusiones y diatribas, les dijo Ezequiel un día a los que porfiaban que Ruth no era bella:

—La apariencia es una vasija. La belleza es el vino. Dios me ofrece un excelente vino en la apariencia de una vasija tosca. Muchos prefieren las vasijas más relucientes y bellas, aunque dentro sólo contengan vinagre. Lo importante no es la apariencia externa, sino tener bello el corazón.

26. LA ROSA

El rey anunció que iría a visitar sus jardines reales. Quería volver a disfrutar de su extraordinaria colección de rosas exóticas.

Cuando llegó, descubrió sorprendido que no había más que una rosa. Al enterarse de que había sido el Maestro jardinero el que había ordenado que cortaran todas las demás, quiso saber por qué había obrado de aquel modo.

—Porque si hubiera dejado todas las rosas, Usted no hubiera visto ni siquiera una —le respondió el Maestro. Y tras una breve pausa, añadió: —Usted está acostumbrado a las multitudes, habla de sus súbditos, de su pueblo, ¿pero puede decirme cuándo vio por última vez una persona?

No existen los pobres, las mujeres, los niños... Sólo existen personas concretas, de carne y hueso, con nombres, rostros, virtudes, problemas, sufrimientos... Los niños de la calle, las víctimas de los bombardeos no son meros números de una estadística fría. Son corazones rotos, angustias, soledades...

Cada persona es única e irrepetible, y sólo si somos capaces de observarla en su peculiaridad, nos dejaremos tocar por ella, nos interesaremos en ella, la querremos. Y si la queremos, entrará en nuestra vida, nos ocuparemos de ella, la necesitaremos, pondrá a palpar nuestro corazón, nuestras inquietudes y nuestra solidaridad.

Esta es la maravillosa lección que la Zorra le da al Principito en esa obra maestra de Antoine Saint Exupery:

“Tú, dijo la Zorra, sólo eres para mí un jovencito parecido a otros cien mil jovencitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que una zorra parecida a otras cien mil zorras. Pero si me domesticas (si me enamoras), nos necesitaremos mutuamente. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti única en el mundo... Si me domesticas, mi vida se iluminará. Conoceré un ruido de pasos que será distinto a todos los demás.

Las otras pisadas me hacen esconder bajo la tierra. Las tuyas me sacarán de mi madriguera, como una música. ¡Además, mira! ¿Ves allá los campos de trigo? Yo no como pan. El trigo es inútil para mí. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Y eso es triste! Pero tú tienes los cabellos color de oro. Cuando me hayas domesticado, ¡será maravilloso! El trigo, que es dorado, me hará acordarme de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigal”.

Es el tiempo y la atención que dedicamos a cada persona lo que la hace importante para nosotros. Los maestros debemos entender que no existen los alumnos ni “el alumno” tipo. Existen alumnos concretos, con nombre y apellido, con una historia, una familia, unas heridas y unas posibilidades. No hay dos alumnos iguales. Cada uno es diferente, único, con unos saberes, ritmos y modos propios de aprender. Con una misión en la vida que le tenemos que ayudar a descubrir y realizar. De ahí que todos tienen derecho a la diversidad cultural y a la igualdad de oportunidades. Derecho al respeto y a la equidad.

Si aceptamos que cada alumno es diferente a los demás, no podemos compararlo con los otros, y debemos ayudarle a que vaya tan lejos como le sea posible en su desarrollo personal. Más que competitivos contra los demás, pongámosles a competir consigo mismos, a dar lo mejor de sí, a buscar su propia excelencia humana, de tal modo que cada uno sea capaz de levantarse de su mediocridad para alcanzar las metas de sus posibilidades.

Esforcémonos en ayudar a cada uno a ser competente y cooperador, de modo que pueda vivir su realización en el servicio a los demás. La genuina convivencia supone superar la mera tolerancia, para asumir la diversidad como riqueza. Recordemos siempre que precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos derecho a ser diferentes.

Si somos capaces de “mirar con el corazón” descubriremos cualidades donde los demás sólo ven carencias. Con frecuencia, tenemos los ojos velados para ver los verdaderos valores. Admiramos y apreciamos sólo lo que valora la economía, miramos a los demás y a la realidad con los ojos del mercado. Si fuéramos capaces de mirar con los ojos del Padre, descubriríamos riquezas escondidas, verdaderos tesoros invisibles a los ojos de los poderosos:

Un hombre rico y su hijo tenían una verdadera pasión por el arte. Pasaban largas horas juntos admirando su prodigiosa colección en la que tenían ejemplares de los más afamados pintores: desde Rafael hasta Picasso.

Desgraciadamente, estalló la guerra, el hijo fue reclutado y tras pelear con inusitado valor, murió en la batalla intentado rescatar a un compañero herido.

La noticia hundió al padre en un pozo de dolor y de angustia. Nada lo consolaba. Sin el hijo sentado a su lado, no tenía sentido alguno observar las obras de arte. Un mes más tarde, en la víspera de Navidad, un joven tocó la puerta de su casa llevando en sus manos un gran paquete:

—Señor, usted no me conoce —dijo—, pero yo soy el soldado por quien su hijo dio la vida. Yo estaba malherido, me cargó en sus hombros para sacarme del fragor de la

batalla, y una bala atravesó su pecho. El hablaba mucho de usted y de su amor por el arte. Yo no soy ningún artista, pero sé que a su hijo le hubiera gustado que recibiera esto.

El padre abrió el paquete. Era un retrato de su hijo, pintado por el joven soldado. Ciertamente, no era una gran pintura, pero al padre le impresionaron los ojos. Había en ellos decisión, ternura, bondad. Era como si el hijo le estuviera dedicando su última y mejor mirada. Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas y agradeció con un abrazo emocionado ese extraordinario regalo.

El padre colgó el retrato en el centro de la sala y pasaba largas horas sonriendo a la mirada de su hijo. Siempre que alguien visitaba su casa, le enseñaba primero el retrato de su hijo, antes de mostrarle su famosa galería.

Murió el hombre unos meses después y se anunció una subasta de todas las obras de su colección. Acudió mucha gente con la idea de adquirir alguno de esos cuadros tan célebres.

El subastador golpeó su mazo para dar inicio a la subasta:

—Empezaremos por este retrato —dijo mostrando la pintura que había hecho del hijo el soldado malherido—. ¿Quién ofrece por este retrato?

Hubo un gran silencio que, poco a poco, se fue convirtiendo en un susurro de inconformidad. Hasta que una voz gritó con enojo:

—Esperamos que esto no resulte un gran fraude. Todos nosotros somos gente importante y no tenemos tiempo que perder. Hemos venido por las obras de arte, no por horribles pinturas de aficionados.

El subastador hizo caso omiso de las quejas y siguió subastando la pintura.

—¡Yo doy diez dólares por ella! —se alzó la voz del jardinero que sabía cuánto apreciaba el padre esa pintura y por ello ofrecía todo lo que tenía.

—Tenemos diez dólares. ¿Quién da veinte? —siguió el subastador. La multitud se estaba enojando. No podían aceptar una situación tan bochornosa. Habían venido dispuestos a invertir en las verdaderas pinturas y no a ser martirizados con cuadros espantosos.

El subastador golpeó por fin su mazo:

—Diez dólares a la una, diez dólares a las dos. ¡Vendida la pintura! ¡Señores, buenas tardes, la subasta ha terminado!

La gente empezó a rugir de indignación. No era posible que se les hubiera tomado el pelo de este modo.

—¿Y las otras pinturas, las de la colección, las verdaderas?

—gritó un hombre enardecido.

—Están ya todas vendidas ¡Calma, calma! —trataba de explicar a gritos el subastador—. Son del señor que compró el retrato anterior. El testamento del dueño de la galería estipulaba que le fuera entregada toda la colección al que adquiriera el retrato del hijo.

27. HIJO DE LA TRIBU

Llegó el muchacho a la pubertad y, para ser aceptado como miembro de la tribu, tenía que pasar una serie de pruebas. Humildemente, se presentó ante el Consejo de Ancianos.

–Ve a la selva, solo y sin armas –le dijeron–. No regreses hasta que veas y seas visto por un león, una serpiente y un elefante. Mientras estés en la selva, no podrás comer ni beber nada. Si regresas sin pasar la prueba, te seguiremos todos tratando como a un niño y no podrás ser guerrero ni tener una familia.

No le costó mucho encontrar al león y la serpiente. Se acercó a ellos con sigilo y no tuvo la menor duda de que ellos también le habían visto. Pero por ningún sitio aparecía un elefante. Por varios días y noches anduvo y desanduvo todos los caminos de la selva y la sabana buscando en vano a un elefante. Su estómago crujía de hambre y sus labios resecos eran una herida de sed. Pero desechó las invitaciones de las torrenteras y de los jugosos frutos que le invitaban a quebrar la prueba.

Cuando ya no podía más y estaba apunto de desfallecer, decidió regresar al poblado. Volvía derrotado, con un dolor inmenso que le pesaba en el pecho más que el hambre y la fatiga.

–Lo intenté con todas mis fuerzas, les juro que lo hice, pero no conseguí ver ningún elefante –les dijo a los ancianos con voz entrecortada.

Entonces, ellos le abrazaron emocionados.

–Desde este momento, eres uno más de nosotros, un verdadero miembro de la tribu. Era imposible que pudieras ver un elefante porque previamente los habíamos espantado muy lejos de nuestra comarca. Para nosotros, más importante que ser valiente, es decir siempre la verdad.

Es urgente que recuperemos el valor de la ética y conquistemos la verdadera adultez de los honestos. Hoy no es importante decir cosas serias, sino ingeniosas; no es importante decir la verdad, sino llamar la atención. En palabras de Rorty, “es un deber moral no tomarse las cosas en serio; es un deber moral tomarlas con frivolidad, quedarse siempre en la superficie. La persona honesta, de principios sólidos, se percibe como alguien peligroso, intolerante”.

Vivimos tiempos de un total relativismo ético, en los que se impone la moral acomodaticia del TODO VALE y del SOLO VALE (Todo vale si me produce ganancia, bienestar, beneficio, poder...; solo vale lo que me produce ganancia, bienestar, beneficio, poder). Todo aquello del compromiso, la liberación de los oprimidos, la

transformación de la sociedad, la causa de los pobres..., parece haberse perdido en la noche de los tiempos. Hablar de eso suena a “demodé”, a Pedro Picapiedra, a Jurassic Park...

En estos días, el valor y el antivalor se confunden. Todo está permitido, todo es lícito. Si mintiendo y engañando logro mis objetivos, está bien. Cada uno decide lo que es bueno y lo que es malo. El fin justifica los medios. La eficacia en la productividad y la ganancia se convierten en el criterio definitivo de bondad. Lo que es eficaz es necesario; lo que se puede hacer se debe hacer.

Cada vez más, las personas necesitan llenarse de cosas, crecer hacia fuera, para tapar el enanismo de su vida espiritual y de su creciente soledad. Se valoran las apariencias, los envoltorios, las riquezas, sin importar el modo en que han sido obtenidas. La corrupción se ha transformado en una forma aceptada de vida. La virtud ya no consiste en no robar, sino en saber robar sin dejar huellas. Nada mejor para encubrir las irresponsabilidades y las mentiras que culpar a otro. El ladrón, el corrupto, el mentiroso rasgan sus vestiduras y se presentan como víctimas acusadas injustamente y utilizan todo su poder para castigar al que se atreve a acusarles. El cinismo y el caradurismo se presentan como una virtud fundamental. Escasean los adultos verdaderos, las auténticas personas capaces de responsabilizarse, es decir, de responder por sus actos sin importar las consecuencias.

En este contexto, se hace más necesaria que nunca una profunda educación ética, de modo que las personas puedan asumir sus responsabilidades, afianzar sus vidas sobre los valores esenciales y contribuir con su conducta a la gestación de un mundo mejor.

Gandhi, ese hombre extraordinario, el apóstol de la no-violencia y del servicio a las causas de la libertad y de la paz, solía rezar la siguiente oración:

“Señor:

Ayúdame a decir la verdad delante de los fuertes y a no decir mentiras para ganarme el aplauso de los débiles.

Si me das fortuna, no me quites la razón.

Si me das éxito, no me quites la humildad.

Si me das humildad, no me quites la dignidad.

Ayúdame siempre a ver la otra cara de la medalla, no me dejes culpar de traición a los demás por no pensar como yo.

Enséñame a querer a la gente como a mí mismo y a no juzgarme como a los demás. No me dejes caer en el orgullo si triunfo, ni en la desesperación si fracaso.

Más bien, recuérdame que el fracaso es la experiencia que precede al triunfo.

Enséñame que perder es un signo de grandeza y que la venganza es una señal de bajeza.

Si me quitas el éxito, déjame fuerzas para aprender del fracaso. Si yo ofendiera a la gente, dame valor para disculparme y si la gente me ofende, dame valor para perdonar.

¡Señor, si yo me olvido de ti, nunca te olvides de mí”.

Necesitamos con urgencia una auténtica pedagogía de los valores que, en estos tiempos de tanta contradicción y relativismo, nos ayude a descubrir e incorporar a nuestra conducta y vida aquellos valores que realmente merecen la pena. Una pedagogía que integre el pensar, el decir, el sentir y el actuar. Los principios éticos no sólo deben ser proclamados, sino personalizados como principios de vida. Deben penetrar en los sentimientos y aspiraciones y manifestarse en la conducta.

La pedagogía de los valores exige que cada educador entienda y asuma que no es un mero docente de un determinado programa o materia, sino que fundamentalmente es maestro de humanidad, educador del corazón y de los sentimientos. Los educandos no sólo aprenden de sus educadores, sino que aprenden a sus educadores. Todos enseñamos lo que somos más que lo que decimos.

En los momentos decisivos y transcendentales, la virtud de la honestidad resplandece sobre todas las apariencias. Las personas verdaderamente importantes sí saben descubrirla:

Llegó la edad de casarse del joven emperador, y los emisarios reales esparcieron la voz por todo el imperio para que acudieran todas las jóvenes casaderas, para elegir entre ellas a la más bella y más honesta.

Cuando Deisy, la pastora, escuchó el pregón de los emisarios, decidió ir. Estaba segura de que no sería seleccionada, pero al menos tendría la oportunidad de ver al joven emperador y estar junto a él unos minutos.

El día elegido, la plaza se llenó de jóvenes bellísimas, cuyos corazones latían ansiosos con la esperanza de ser la elegida.

Seguido de su séquito, se presentó el joven emperador y le entregó a cada joven una semilla.

—A cada una se le ha entregado la semilla de una flor. Son semillas de flores muy variadas. Siembren y cultiven la semilla y vuelvan aquí dentro de un año. La que consiga las flores más bellas, será la elegida.

Deisy apretó la semilla en su mano y sintió que latía como un pequeño corazón.

La sembró en su maceta predilecta en la que colocó la tierra más fértil, la abonó con el mejor estiércol de sus rebaños, la regó con el agua más pura de las cascadas de la montaña, pidió el consejo de los campesinos más sabios, pero nada. La semilla nunca germinó. Aun así, el día indicado, decidió presentarse con su maceta vacía frente al joven emperador.

La plaza parecía un inmenso jardín con todas las flores maravillosas que llevaban las demás jóvenes. El joven emperador las fue observando una por una con admiración y asombro. Cuando vio la maceta vacía de Deisy, sus ojos se iluminaron y le dijo con cariño:

—Tú eres la elegida para ser mi esposa. Eres bella, pero además tienes una virtud que les falta a las demás: Eres honesta y sincera. A todas les entregué una semilla estéril de la que era imposible cosechar nada.

28. A CUMBRE DE LA MONTAÑA

Nació al pie de la montaña, en un valle fecundo y muy bello. Desde pequeño lo educaron para que alcanzara la felicidad. Para ello, tenía que encontrar la sabiduría perfecta, el amor pleno, la paz profunda que se encontraban en la cumbre de la montaña. Sólo los necios pretendían ser sabios y permanecían allí, en la aparente seguridad del valle. Muy pocos se arriesgaban a subir a la montaña. A algunos se lo prohibía la familia, a otros sus ocupaciones o su vida mediocre... Cada uno se buscaba el pretexto indicado. Pero a él nadie lo detendría: había nacido para llegar a la cumbre.

Cuando sintió en su cuerpo el vigor de la juventud, adivinó que había llegado la hora. Y se dispuso a emprender el largo viaje hacia la cumbre, detrás de la felicidad. Llevaba consigo mapas, cartas de viajes, los libros de los principales pensadores.

El camino culebreaba entre pastizales y sabanas. El sol pesaba sobre su cabeza como una espina de fuego. Se detuvo un momento a calmar su sed. De pronto, sin saber de dónde, apareció un niño:

—Estoy perdido, me muero de sed, dame un poco de agua

—suplicó el niño.

—No puedo. Llevo muy poca agua y la necesito para alcanzar la cumbre.

Siguió con decisión. Nada ni nadie le detendría. El camino empezó a empinarse y allá abajo, a sus pies, brillaba el valle de su infancia. Pero él no tenía tiempo para detenerse a observar su belleza. A medida que subía, el camino se tornaba más difícil y peligroso. Paredes abruptas y escarpadas le obligaban a dar rodeos y a detenerse con frecuencia. Algunas cascadas susurraban canciones que él no oía. Los días se sucedían a una velocidad vertiginosa y la cima seguía lejana, inalcanzable.

Una tarde, escuchó unos gritos de dolor que rompían el profundo silencio de la montaña:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!. Por favor, ayúdame.

Se acercó, y vio un hombre ensangrentado, muy mal herido, que había caído de la montaña. Pensó ayudarlo, pero desistió:

—Lo siento, no puedo detenerme. Voy a la cumbre, en busca de la felicidad.

Fueron pasando presurosos los días. El otoño metió un amarillo profundo en el paisaje y luego desnudó los árboles. Detrás de él llegó el invierno con su carga de frío y nieve. Pero el joven seguía firme en su propósito de llegar a la cumbre, sin ojos para admirar los milagros de una naturaleza siempre cambiante. Un día, encontró una anciana temblando de frío en la entrada de una cueva.

–Ten piedad de mí. Me estoy muriendo de frío. Préstame alguna de tus ropas.

–Lo siento, no puedo, la necesito para alcanzar la cumbre.

Se sucedieron los meses y los años. Numerosas primaveras le ofrecieron susurros de flores y poemas de verdor, pero él nunca se detuvo a escucharlos. Tampoco tuvo oídos para el fragor de las tormentas veraniegas, los gritos del viento en otoño, el silencio profundo de las nevadas en invierno. Numerosas personas le solicitaron su ayuda, pero él nunca detuvo sus pasos.

Un día, ya adulto, llegó por fin a la cumbre. Pero no encontró lo que buscaba. En vano removió piedras y buscó la sabiduría, el amor y la paz entre las grietas de los glaciares.  En qué habría fallado? Desesperado invocó a Dios en busca de una explicación. Enseguida le llegó la respuesta:

–Si te hubieras detenido a socorrer a los que te lo pidieron, si hubieses compartido lo que tenías, si te hubieras parado a ver mi rostro en la ternura de las flores y a escuchar mi voz en los labios de la lluvia, en el canto de los pájaros, o en el fragor de la tormenta, me hubieras encontrado. Porque yo soy la paz, el amor, la verdadera sabiduría que traen una felicidad inapagable. A la cima, no podías llegar solo. Quise acompañarte, pero nunca me lo permitiste. Si quieres encontrar la felicidad, desciende en busca de tus hermanos.

(Construido a partir de un texto de Anci V. de Miller)

Nos prometen cumbres de felicidad, y la humanidad se lanza desesperadamente en su busca, sin tiempo ni capacidad para detenerse y escuchar a Dios en el susurro del viento, en la voz de un arroyo, en los pasos coloridos de un amanecer, en la plegaria de un mendigo, en el silencio del corazón. Sin tiempo ni capacidad para encontrar a Dios en la fortaleza de una roca, en el griterío luminoso de una noche estrellada, en el rubor de una flor callada, en el rostro de un anciano y en la angustia de un enfermo.

Todo vocea y canta la presencia de Dios. Todo nos asoma a la bondad de su corazón. Esto lo han entendido muy bien los místicos y los santos. Por eso son capaces, como Francisco de Asís, de hermanarse con el viento, con el sol, con el agua, y alabar a Dios por todo lo que nos sucede y da:

“Buen Señor;
tuyos son la gloria, el honor y toda bendición.
Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el hermano Sol,
el cual hace el día y nos da la luz.
Y es bello y radiante con grande esplendor;
de ti, Dios nuestro, lleva significación.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano Viento,
y por el aire, nublado, sereno, y en todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das contentamiento.
Alabado seas, mi Señor, por la hermana Agua,
la cual es muy útil, humilde, preciosa y casta.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano Fuego,
con el cual alumbras la noche,
y es bello, jocundo, robusto y fuerte.
Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana madre Tierra,
la cual nos sustenta, gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas”.

Para encontrar a Dios no hay que ascender, sino descender lo más bajo posible. Dios se encarnó en los excluidos y abandonados de este mundo. Se identificó con todos los crucificados de la tierra. Dios se sigue quejando en el llanto de un niño abandonado, en la soledad de una mujer engañada, en el dolor de un obrero que no consigue trabajo. Dios está en lo más débil y despreciable. Para seguir a Jesús, hay que mirar hacia abajo. Por eso, si quieres encontrar al Dios de Jesús, bájate de tus títulos, de tu poder, de tu supuesta superioridad.

Para encontrarnos con Dios, necesitamos con urgencia desarrollar un corazón compasivo, una fina sensibilidad, una actitud misericordiosa. Necesitamos cultivar la ternura, la bondad, la compasión. Sólo si sentimos como propios los males y dolores de los demás, nos involucraremos en su erradicación. Sólo con ojos compasivos podremos encontrarlo en lo más bajo y despreciable:

Dirigidos por el propio sacerdote, los “buenos ciudadanos” echaron de la iglesia al borrachito del pueblo. Era un pésimo ejemplo para las personas respetables.

Indignado, salió afuera y comenzó a rezar: “Escúchame, Jesús. No me dejan estar en tu casa porque dicen que no soy digno”.

—No te preocupes, hijo mío —le respondió Jesús—. Yo también estoy afuera con los que siempre estuve, con los pecadores.

El evangelio nos escandaliza y nos descoloca. “Para ganar la vida hay que perderla. No vine a ser servido sino a servir. El que quiera ser primero que se ponga de último. Lo que hicieron a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron”. La lógica de Dios no es la lógica de los hombres. Los caminos de Dios no son los caminos de los hombres. “Dios escribe derecho con líneas torcidas”, dice un viejo refrán. Cuando te sientas más abandonado, cuando pienses que todo te está saliendo mal, no desesperes, porque Dios estará a tu lado echándote una mano:

Sólo una persona logró salvarse de aquella terrible tempestad. El hombre estuvo a la deriva varios días en el mar, hasta que logró llegar a una isla solitaria. Era un hombre muy piadoso y lo primero que hizo, al pisar tierra firme, fue darle gracias a Dios por haberle salvado la vida.

—Me pongo en tus manos, Dios mío. Sé que no voy a estar solo, pues Tú vas a estar siempre acompañándome.

Terminada su oración, buscó agua y comida, recogió los restos del naufragio que el mar arrojó sobre la playa, y cuando comprendió que la espera podía ser larga, entregó todos sus esfuerzos a construirse una cabaña que le protegiera del sol y de la lluvia. Dedicó a la tarea varias semanas, pero por fin, contaba con un lugar donde protegerse y guardar las provisiones y los pocos enseres que había logrado salvar del naufragio.

Comenzaba cada mañana con un largo rato de oración, y después se dedicaba a buscar comida por la isla en viajes que cada día se hacían más largos. Un día en que regresó especialmente cansado, encontró la choza vuelta cenizas. El fuego que siempre dejaba prendido había acabado con todo.

Desesperado y sintiéndose perdido, empezó a increpar a Dios:

—¿Por qué me sigues castigando con tanta crueldad? ¿Cómo pudiste hacerme eso a mí que cada mañana invoco tu nombre y pido tu protección devotamente?

Tras llorar desconsoladamente, el hombre quedó dormido sobre la arena. Le despertó el sonido de un barco que se acercaba a socorrerle.

—¿Cómo sabían ustedes que estaba aquí? —preguntó el hombre agradecido.

—Vimos las señales de humo que nos hizo ayer.

29. LA DECISIÓN DEL ÁGUILA

Las águilas tienen por lo general una vida muy larga. Llegan a vivir hasta 70 años. Pero, para llegar a esa edad, deben tomar una muy seria y difícil decisión.

Hacia los cuarenta años, han perdido ya su fuerza y agilidad. Sus uñas están apretadas y blandas y les resulta muy difícil atrapar a sus presas. Su pico largo y puntiagudo se curva y apunta hacia el pecho. Sus alas están viejas y pesadas. Cada día les resulta más penoso volar y sobrevivir...

En esa situación, el águila sólo tiene dos alternativas: dejarse morir o enfrentar un doloroso proceso de renovación que durará 150 días.

Para ello, emprende un vuelo hacia la montaña. Elige un nido cerca de una pared y empieza a golpear su pico contra ella hasta que logra arrancarlo. Pacientemente, espera allí que le crezca uno nuevo con el que irá desprendiendo cada una de sus uñas. Cuando están ya brotadas las uñas nuevas y fuertes, arranca sus plumas pesadas y viejas.

Tras cinco meses de deshacerse de su viejo andamiaje, emprende su vuelo hacia la vida renovada.

Para nacer a la vida nueva, para levantarse de la mediocridad, para reemprender siempre nuevos vuelos, hace falta mucho valor y coraje. Hace falta tomar riesgos. Las personas pusilánimes, que no arriesgan nada, dejan de crecer y renuncian a la plenitud. Prisioneros de sus miedos, son esclavos que han renunciado a la libertad, pues sólo cuando una persona se arriesga, es libre.

Cada uno de nosotros somos lo que somos y también lo que podemos llegar a ser. Pero muy pocos se atreven a plantearse llevar una vida intensa, alejada de la mediocridad y de la cobardía. Carecen de un proyecto lo suficientemente atractivo para superar la tentación de la rutina, la desilusión y el acomodo. No se atreven a plantearse en serio la felicidad, carecen del valor necesario para enfrentarse con fuerza o firmeza a las dificultades. El desánimo y el desaliento nos llevan al pantano de la desmoralización y a renunciar a proyectos buenos que exigen sacrificio y coraje.

Nuestros jóvenes necesitan de una educación que fortalezca su voluntad y afirme su carácter. Una educación que les ayude a plantearse en serio su proyecto de vida y les proporcione el coraje necesario para llevarlo a cabo. Cada día abundan más y más los jóvenes que arrastran una vida de aburrimiento y tedio, sin metas ni horizontes, fieles seguidores de los caminos sin riesgos que les señala la publicidad y la cultura del descompromiso y el consumo.

Jesús nos propone un camino diferente, hacia el corazón de la plenitud, y nos indica que, para poderlo seguir, necesitamos volver a nacer; es decir, abandonar las lógicas de este mundo y abrirnos al misterio de la vida verdadera. En nuestra cultura light, que rehuye todo esfuerzo y presenta como ideal la cobardía, ser cristiano es una invitación a la plenitud que hoy exige mucho coraje y valentía. Los pasos de Jesús nos sacan de los caminos trillados y falsos de las grandes autopistas y nos adentran en los arenales del desierto que conducen a la libertad de la Tierra Prometida. Jesús camina por los callejones de los barrios y por las sendas estrechas abiertas por los pies cansados del campesino que regresa de dejar en el surco las semillas de la cosecha y la esperanza.

Los caminos de Dios son exigentes, pero planifican. Y El camina a nuestro lado, siempre dispuesto a brindarnos la ayuda necesaria.

30. EL SILENCIO DE DIOS

Según una vieja leyenda noruega, Haakon era un ermitaño muy devoto. Vivía en una ermita a la que acudía mucha gente a orar con devoción, porque en ella había un crucifijo muy antiguo que era muy milagroso.

Un día Haakon se hincó de rodillas frente al crucifijo y le pidió entre sollozos de fervor y consolación que le permitiera ocupar su puesto en la cruz.

El Señor escuchó su plegaria y le dijo:

—Voy a aceptar lo que me propones, pero con una condición: Veas lo que veas, debes siempre permanecer en silencio, sin decir nada.

El ermitaño aceptó de buena gana la condición y se intercambiaron los puestos: Jesús ocupó el lugar de Haakon y el ermitaño se clavó a la vieja cruz.

Nadie cayó en la cuenta del cambio y la gente seguía acudiendo a orar con devoción ante la cruz donde ahora estaba crucificado Haakon. Un día, sin embargo, entró a rezar un noble muy rico, y cuando terminó, se fue sin caer en la cuenta de que había dejado por descuido una bolsa llena de monedas de oro en uno de los bancos de la ermita. Haakon lo vio, pero en cumplimiento de lo que le había prometido a Jesús, no dijo nada. Tampoco abrió sus labios cuando entró un joven que, al ver la bolsa, la agarró y salió apresurado de la ermita.

Al rato, entró un joven con aspecto de pobre, y se puso a pedirle al Cristo su bendición y protección para el largo viaje que estaba a punto de emprender. En ese momento, volvió a entrar el rico en busca de su bolsa. Al no verla, pensó que el muchacho se la había agarrado y le dijo lleno de ira:

—¡Dame la bolsa que me has robado!

El joven le miró con desconcierto y le dijo que no sabía nada de bolsa alguna y que él no había agarrado nada.

El rico seguía acusándolo de ladrón y cuando sacó su fuste para golpear al muchacho, le detuvo un grito terrible que salió de la boca del crucificado:

—¡Detente, insensato! No acuses en vano al muchacho que es inocente.

Hubo un revuelo de voces admiradas y cuando la ermita quedó sola y en silencio, se

acercó Jesús y le dijo a Haakon que iba a volver a ocupar de nuevo su puesto en la cruz pues no había cumplido la promesa.

—¡No podía permitir esa injusticia! —trató de justificarse Haakon.

—Sí, ya sé —le sonrió Jesús—. La gente ignora que peor que estar clavado en la cruz es quedarse en silencio sin poder decir y hacer nada ante las injusticias. Para eso, ciertamente, hace falta ser Dios.

(A partir de un texto enviado por Sylvia Paúl)

Dios toma tan en serio la libertad de los seres humanos que deja por completo la marcha de la historia en nuestras manos. Nos mostró el camino para construir la civilización del amor y alcanzar vida en plenitud, pero no nos fuerza a obrar el bien ni a seguir el camino que nos señaló. Identificado con los pobres y excluidos, desde su silencio de cruz sigue condenando a los verdugos y asesinos de la historia. Sus labios permanecen callados para que se levanten nuestras voces en una condena valiente de todo tipo de opresión y de injusticia. Como decía Martín Luther King, “nuestras vidas empiezan a terminar el día en que silenciamos las cosas que importan”.

Seguir a Jesús es optar por los crucificados de nuestro pueblo ayudándoles a desclavarse de la miseria, de la ignorancia, de la injusticia. Si somos dignos, debemos indignarnos ante la situación. Indignarnos y actuar. Denuncia profética y anuncio encarnado en compromiso.

La cruz nos recuerda el dolor causado por los poderes opresivos y es una invitación a combatir el pecado y la maldad. Hoy no es posible ser cristiano sin un compromiso valiente por combatir la miseria, la injusticia, la corrupción, la explotación, todo lo que atenta contra la vida de las personas y les impide realizarse plenamente. Dios tiene un sueño de felicidad para cada uno de nosotros, pero somos nosotros los que debemos alcanzarlo y trabajar para que todos lo logren.

En estos tiempos de crudo materialismo y de globalización de la exclusión y la miseria, una genuina educación integral exige la educación del espíritu, el cultivo de la vida interior. Para nosotros, los cristianos, la espiritualidad es la respuesta a una fe en un Dios de la Misericordia y el Amor que se nos reveló en Jesús y nos invita a seguirle como medio de alcanzar la plenitud. Jesús no vino a enseñarnos un conjunto de doctrinas, mandamientos y leyes, sino una forma de ser plenamente hombres y mujeres.

La espiritualidad consiste en ser fieles hoy al proyecto de Jesús en la lucha por la vida, la dignidad y el derecho de las personas. Jesús hizo presente el Reino de Dios dignificando la vida de los seres humanos, siendo solidario con los afectados por

condiciones de exclusión y los pobres de este mundo. Seguir a Jesús implica proseguir su misión oponiéndose al poder opresivo y promoviendo el poder que ayuda, que hace crecer, el poder de servicio.

Para educar la dimensión espiritual, requerimos de una pedagogía de la solidaridad y el testimonio, una pedagogía según Jesús. La pedagogía de la solidaridad nace de un contacto vital con los afectados por la miseria, por las carencias, por el desamor. Donde los demás pasan de largo, el educador cristiano, como un Buen Samaritano de nuestros tiempos, ve al alumno necesitado de ayuda y se detiene a socorrerle. Es capaz de escuchar e interpretar sus silencios, sus preocupaciones, su rebeldía, sus miedos, su desinterés. Y se acerca a ayudarle.

La solidaridad no es sólo compasión, sino acción. Es servicio, ayuda eficaz. La pedagogía de la solidaridad recurre a todos los medios a su alcance para sanar las heridas de los educandos más golpeados y se esfuerza por convertir los centros educativos en verdaderos espacios de solidaridad, de ayuda mutua, de coherencia entre lo que se proclama y se vive. Por eso, es también una pedagogía del testimonio. El currículo explícito coincide con el currículo oculto. Toda la comunidad educativa testimonia la fe que proclama y vive los valores que propone. Los enunciados teóricos se hacen vida en la práctica. Todo invita a acercarse humildemente al Dios de la Misericordia, al Padre-Madre Bueno que nos espera con los brazos abiertos para secar nuestro llanto y aliviar nuestros dolores.

Un hombre fue a una barbería a cortarse el cabello y arreglarse la barba. Como los barberos son unos excelentes conversadores, estuvieron charlando de temas muy diversos, hasta que tocaron el tema de Dios.

—Yo no creo que exista Dios —dijo el peluquero.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el cliente.

—Basta con salir a la calle para darse cuenta de que Dios no existe. Si existiera Dios, no habría tantos problemas, tanta miseria, tanta maldad. A no ser que usted piense que Dios es un ser insensible, lleno de crueldad, a quien no le importa que haya tanto sufrimiento...

El cliente prefirió callarse para no entrar en una larga e inútil discusión. Cuando ya estuvo listo, pagó la cuenta, se despidió del barbero y se fue. Antes de un minuto, estaba de vuelta en la barbería.

—Acabo de descubrir que no existen los barberos —dijo el cliente con voz alborozada.

–¡Usted está loco! –rezongó extrañado el barbero–. ¡Cómo puede decir semejante disparate! Si no existen los barberos, ¿qué es lo que yo soy?

–No existen los barberos porque acabo de ver un hombre todo greñado, con una barba descuidada de varios días

–argumentó el cliente–. A no ser que ustedes sean tan crueles e insensibles que no les importa que la gente ande sucia y descuidada.

–Los barberos existimos, pero sucede que algunos no vienen a nosotros. Por eso andan con el pelo largo y la barba descuidada. Nosotros respetamos su libertad.

–También existe Dios –le dijo entre sonrisas el cliente–. Lo que pasa es que muchas personas no acuden a El. Y Dios respeta su libertad. Por eso, hay tanto dolor y sufrimiento en el mundo.

31. APRENDE A USAR LA INTELIGENCIA

Por haberse graduado de bachiller con unas calificaciones excelentes, los padres le regalaron a su hija un sofisticado aparato. Durante varias horas, intentó en vano armarlo siguiendo las instrucciones del manual. Terminó por darse por vencida, dejó las piezas regadas por la sala, y se fue a visitar unas amigas.

Cuando regresó en la noche, encontró que la muchacha de servicio había armado el aparato y que funcionaba a la perfección.

–¿Cómo lo has hecho? –preguntó asombrada la joven bachiller.

–Verá usted, señorita, a los que no sabemos leer ni tenemos estudios, nos toca usar la inteligencia.

La escuela actual enseña a repetir, no a pensar; a reproducir guías y lecciones y no a producir soluciones a los problemas.

No se trata tanto de saber, sino de saber utilizar lo que se sabe. De ahí la importancia de una educación que desarrolle la inteligencia, es decir, la capacidad de leer por dentro (intuslegere), de convertir los conocimientos en propuestas, ideas, productos, soluciones.

La inteligencia es saber pensar, pero también tener ganas o valor para ponerse a ello. Es inteligente quien es capaz de razonar y argumentar, de asumir una postura crítica, de superar la cultura del rumor, de la fragmentación informativa, de la mera repetición de las “verdades publicitadas”. La inteligencia supone capacidad de comprenderse, de comprender a los demás y comprender el mundo, para sí contribuir a su permanente mejora y humanización. Es, en consecuencia, capacidad crítica, analítica, creativa, lógico-matemática, musical, espacial, cinestésica, de resolución de problemas y proposición de nuevas cosas e ideas.

Ser inteligente, creativamente inteligente, implica capacidad de aprender a desaprender, a aprender, a comprender y emprender, lo cual supone garantizar las condiciones para el aprendizaje y desarrollar los conocimientos significativos esenciales. Esto exige un cultivo adecuado de la memoria, pues no hay inteligencia sin memoria. De hecho, todos aprendemos desde lo que ya sabemos y sólo mediante la información que poseemos, podemos acceder a otra información. La memoria en palabras de José Antonio Marina, “no es almacén del pasado, sino entrada al porvenir; no se ocupa de restos, sino de semillas; no es un lastre que debemos arrojar para ir más lejos, sino el combustible que nos permitirá volar”. En consecuencia, para tener mucha inteligencia, hay que tener mucha memoria. Lo que se critica y ciertamente se debe combatir, es la

memorización de conceptos y textos sin entender, la acumulación de datos sueltos sin integrarlos a otros.

Para desarrollar hoy la inteligencia creadora, hay que asumir muy en serio la multialfabetización, de modo que los educandos vayan haciéndose lectores autónomos y eficientes de todo tipo de textos: escritos, visuales, digitales, con capacidad también para leer, interpretar y transformar la realidad. Y esto debe hacerse de manera planificada y eficiente.

Hoy se conocen múltiples tipos de inteligencia, y se afirma que todas las personas son o, mejor, pueden llegar a ser inteligentes, pues la inteligencia se puede desarrollar y cultivar. De ahí la importancia de valorar las habilidades de cada persona, para partir de ellas y desarrollar todas las demás.

La más alta actividad de la inteligencia es la pregunta. Todo conocimiento comienza por la curiosidad, por la pregunta. Enseñar a preguntar debe ser el principal empeño educativo. Se trata, en definitiva, de promover la curiosidad del educando, hacerle dueño de su proceso de aprendizaje y colocarlo en una actitud de reflexión, búsqueda, proposición e investigación en la solución de problemas; de ayudarle a interpretar la realidad y ser propositivo; de lograr que sea capaz de preguntarse y responderse preguntas como: ¿qué sé?, ¿cómo sé que lo sé?, ¿qué quiero saber?, ¿qué estrategias voy a usar?, ¿logré lo que me proponía?, ¿cómo aprendí?, ¿cómo puedo demostrar que lo aprendí?, ¿cómo puedo aprender mejor?, ¿para qué me sirve este aprendizaje?

El ser humano es por naturaleza un investigador: aprender es descubrir. Con frecuencia, es la misma educación la que se encarga de adormecer esta capacidad. Tendremos educandos investigadores sólo si sumergimos la práctica educativa en un ambiente que fomente la curiosidad, la pregunta, la observación, la duda, la búsqueda y la experimentación, que son modos naturales de aprender. Por ello, la práctica educativa se debe orientar a desarrollar el pensamiento lógico, creativo y crítico de los educandos, a estimular su capacidad de razonar, argumentar y ver la realidad desde diversos ángulos, a trabajar la lectura comprensiva y la escritura creativa como actividades cotidianas; en suma, una práctica educativa orientada a promover aprendizajes significativos, fundamentados en la comprensión y el hacer.

Pero la investigación, como práctica educativa, sólo puede producirse en un ambiente en el que se le proporciona al educando tiempo y espacios para experimentar, manipular, preguntar; materiales –o habilidades y posibilidades para buscarlos– con información adecuada, datos pertinentes, y la oportunidad de fabricar cosas y resolver problemas. Supone también que el propio educador, como nos lo recuerda Francesco Tonucci, sea un curioso de la vida, esté lleno de inquietudes y preguntas, le apasione la búsqueda, el descubrimiento que, a su vez, le llevan a nuevas preguntas y descubrimientos; que el

educador sea, en definitiva, un investigador que vive en formación permanente, un creador y productor, más que un mero reproductor y repetidor de textos, programas y contenidos.

Algunos confunden la inteligencia con la “viveza”. El “vivo”, que se aprovecha de los demás, no es inteligente, sino parásito. Y el que cuelga su futuro de un golpe de suerte y, en vez de trabajar y producir, se pone a esperar que le toque la lotería o ganen sus caballos favoritos, es un estúpido. Como lo es también el que, en política, está siempre esperando un mesías salvador que, ahora sí, va a acabar con todos nuestros problemas y va a traernos la prosperidad y la abundancia.

Había un campesino que tenía que trabajar muy duro para ganarse la vida. Un día, vio cómo una liebre, que corría atolondrada, se estrellaba contra un árbol y caía muerta.

El campesino la recogió y se preparó con ella una succulenta cena.

Y decidió que, en adelante, ya no iba a trabajar más, y que se quedaría esperando que otras liebres se estrellaran contra los árboles.

No llegaron más liebres y, desde ese día, el campesino se la pasaba recorriendo todos los árboles en busca de liebres desnucadas y lamentándose de su mala suerte.

(Cuento taoísta)

32. LO MAS CULTO ES LO MAS SENCILLO

En la calle y el recreo era Anita, la muchacha amigable, simpática, echadora de broma, llena de vida. Pero tan pronto sonaba el timbre, perdía su frescura y se convertía en la profesora García. Voz engolada, chillona, cero chistes y sonrisas, frases ininteligibles y llenas de lugares comunes. La clase se hundía en un descomunal bostezo.

–Su desinterés me tiene exhausta y agobiada –se quejaba la profesora–. Ustedes no imaginan el estrés que me ocasiona su conducta anómala y desequilibrada.

“¡Queremos a Anita! ¡Abajo la profesora García!”, escribieron un día los alumnos en el pizarrón.

La profesora García aprendió la lección. Desde ese día, Anita entró con ellos al salón y se quedó para darles clase. El aula se fue vistiendo de sonrisas y alegría. Por supuesto, prácticamente todos los alumnos aumentaron sus calificaciones.

El campesino aplaudió a rabiar la conferencia del doctor.

–¿Le gustó? –le preguntaron.

–Se nota que es un hombre muy sabio. No entendí nada de lo que decía.

–Si quieres impresionar al jurado, utiliza de vez en cuando alguna de esas palabras grandes que todo el mundo usa, aunque no estés muy seguro de lo que significan –le aconsejaron al joven estudiante que iba a defender su tesis–. No es posible un 20 sin soltar sin titubeos palabras como “nuevo paradigma”, “deconstrucción”, “metacognición”, “reingeniería”...

Hay educadores que, cuando entran al salón, olvidan su frescura, jovialidad, cercanía. Se ponen serios y adoptan poses, palabras y tonos de “doctos”. Su voz es un ronroneo monótono, aburrido, fastidiosísimo. Adoptan el “tonillo de profesor”. En los recreos, en la calle, en las fiestas..., hablan como personas normales, pero cuando entran en el salón cambian por completo. No se permiten nunca una broma, un chiste. Olvidaron el saber con sabor y nunca comprendieron que el objetivo fundamental de las planificaciones es tener a los alumnos motivados y felices.

Paul Valery: decía que “quien piensa claro, habla claro”. Pero algunos confunden la sabiduría con la oscuridad y detrás de mucha palabrería y términos raros, se oculta la erudición hueca, la ignorancia, la falta de claridad. La inflación de palabras suele estar en relación directa al vacío de las ideas. Como decía un grafiti, “Ya que no somos

profundos, ¡al menos seamos oscuros!”

Esta es una enfermedad que ataca por igual a médicos, abogados, periodistas y, en general a todos aquellos que se convencieron durante sus estudios que la cultura va en proporción a las palabras raras que uno usa. Creen que si uno utiliza palabras incomprensibles, sonará más intelectual y culto. No hablan para comunicarse, sino para impresionar. Olvidan que hablar es buscar al otro, y que lo más culto es lo más sencillo.

Algunos hablan y hablan y no dicen nada o dicen muy poco; otros emborronan páginas y páginas, cuando tal vez hubiera bastado un par de párrafos para expresar, y con más claridad, el pensamiento. Escribir supone luchar con las palabras y exige la capacidad de borrar, tachar, ordenar, resumir. El poeta Rainer María Rilke terminó así una carta que le escribió a un amigo: “Perdona la extensión de esta carta, no tuve tiempo de hacerla más corta”.

“El educador que ha dejado de aprender, se convierte en un obstáculo para el aprendizaje de sus alumnos”. Pero no es lo mismo aprender que estar estudiando. A algunos, los estudios, en vez de formarlos, los deforman. Utilizan los nuevos títulos como especies de pedestales a los que se suben y que les alejan más y más de sus alumnos y de sus compañeros. No hay nada más peligroso e insufrible que un ignorante con título de postgrado, o que un incapaz con un cargo politiquero. Los verdaderos sabios vocean su ignorancia (“Sólo sé que no sé nada”), como los auténticos santos son los primeros en reconocerse pecadores.

Si quieres comunicarte con tus alumnos, bájate de tus títulos, sé sencillo, abandona el tonillo profesional y las palabras raras. Y busca que tus clases sean divertidas y amenas.

33. ¿CUÁNTO HAS VIVIDO?

Había decidido llegar a la ciudad de Kammir, y tras un largo y penoso viaje por medanales y desiertos, la ciudad se ofrecía ante sus ojos como una promesa cumplida. Antes de entrar en ella, quiso descansar un rato y se acercó a un cuadrado de verdor y de arboledas que se estremecían bajo el canto de unos pájaros. La puerta de bronce estaba abierta y decidió ingresar. Sobre la grama, debajo de los árboles, resplandecían unas piedras blancas, lustrosas y muy bien cuidadas. Detuvo sus ojos en una de ellas y leyó: “Aquí yace Abdul Tareg. Vivió ocho años, 6 meses, 2 semanas y 3 días”.

Comprendió que esa piedra era una lápida, como posiblemente lo eran las otras. Se acercó a las siguientes y fue leyendo: “Aquí yace Yamir Kalib. Vivió 5 años, 8 meses y 3 semanas”; “Aquí yace Tamara Arafat. Vivió 2 años, tres meses, cinco días”. Cada piedra era una lápida con inscripciones similares: un nombre y el tiempo de vida exacto del muerto. No había dudas: ese lugar tan hermoso y tan bien cuidado era un cementerio. Lo sorprendente era que parecía un cementerio de niños. ¿Qué extraña peste o fatalidad había castigado a la ciudad de Kammir que había arrebatado a sus niños a tan corta edad? ¿Y dónde estarían enterrados los adultos?

Las dudas lo ahogaban. Tenía que descifrar ese misterio de un cementerio solo de niños. Vio que más allá estaba un anciano limpiando una tumba. Se acercó y, prácticamente sin saludarlo, le lanzó la pregunta que lo asfixiaba:

—¿Qué extraña maldición pesa sobre esta ciudad que les ha obligado a construir un cementerio de niños?

El anciano le sonrió desde sus ojos bondadosos y le dijo muy calmadamente:

—No existe ninguna maldición. Ni es este un cementerio de niños. Déjeme explicarle: Aquí tenemos la costumbre de que, cuando un joven cumple quince años y ya es responsable por sus actos, los padres le entregan una libreta como esta que llevo colgada al cuello. A partir de ese momento, cada vez que uno hace una obra buena, algo que trae un beneficio a los demás, vive algún acontecimiento intensamente, o es realmente feliz, abre la libreta y anota en ella, a la izquierda, la obra buena, la experiencia vivida intensamente, el rato de verdadera felicidad. A la derecha, apunta el tiempo que duró. Cuando alguien muere, abrimos la libreta y sumamos el tiempo anotado para escribirlo sobre la tumba porque es, amigo extranjero, el único y verdadero tiempo vivido.

La alegría y la felicidad son el verdadero objetivo de la vida. El éxito no consiste tanto en amontonar dinero, fama, poder, sino que consiste en vivir contento, en ganarse el respeto y el cariño de los demás, en dejar el mundo un poco mejor de lo que lo encontró.

Los que sólo aprecian el dinero, suelen ser sólo apreciados por su dinero. Como ha escrito Fernando Savater, “todo lo que lleva a la alegría tiene justificación y todo lo que nos aleja de ella es un camino equivocado. Quien no tiene alegría –por sabio, rico, poderoso, guapo... que sea– es un miserable que carece de lo más importante. La gente es mala porque es desgraciada; se sienten solos, llenos de miedos, de envidia; solos, sin amor, sin respeto... Los que viven felices no suelen ser malos”

Busca el bien, trata de ser siempre bueno, vive como un regalo para los demás, y encontrarás la felicidad. La felicidad no consiste en hacer lo que uno quiere, sino en querer lo que uno hace: en vivir intensamente cada acción, en disfrutar cada momento, en buscar en todo la excelencia. Para ser feliz, hay que tener un proyecto, querer algo con intensidad, de modo que merezca la pena enfrentar los problemas y dificultades.

Todo lo que haces a otro, te lo haces a ti mismo. No podrás entenderte si te desentiendes de los demás. Siembra alegría, bondad, respeto, y cosecharás alegría, bondad, respeto. Intenta no ocupar tu vida en odiar y tener miedo, sino en servir y alegrar. Vive tu momento presente sin renunciar a tus sueños ni a tus ideales. Pero sacude tu pesimismo, desánimo y flojera y empieza a luchar por hacer realidad tus mejores sueños.

Francisco Zea era un alumno marista que falleció en un accidente mientras ayudaba a los damnificados de Apure. Su decálogo es una invitación a la vida plena:

1. Seré feliz. Expulsaré de mi espíritu todo pensamiento triste. Me sentiré más alegre que nunca. No me lamentaré de nada. Hoy agradeceré a Dios la alegría y la felicidad que me regala.

2. Trataré de ajustarme a la vida. Aceptaré el mundo como es y procuraré encajar en ese mundo. Si sucede algo que me desagrada, no me mortificaré, ni me lamentaré. Agradeceré que haya sucedido, porque así puso a prueba mi voluntad de ser feliz. Hoy seré dueño de mis nervios, de mis sentimientos, de mis impulsos. Para triunfar debo tener el dominio de mí mismo.

3. Trabajaré alegremente, con entusiasmo y pasión. Haré de mi trabajo una diversión. Comprobaré que soy capaz de trabajar con alegría. Comprobaré mis pequeños triunfos. No pensaré en mis fracasos.

4. Seré agradable. No mortificaré a nadie. Si comienzo a criticar a una persona, cambiaré la crítica por elogios. Toda persona tiene sus defectos y sus virtudes. Olvidaré los defectos y concentraré mi atención en las virtudes. Hoy evitaré las discusiones y las conversaciones desagradables.

5. Voy a eliminar dos plagas: LA PRISA Y LA INDECISIÓN. Hoy viviré con calma, con paciencia, porque la prisa es el enemigo de una vida feliz... y triunfaré. No permitiré que la prisa me acose ni que la impaciencia me abrume. Hoy tendré confianza en mí mismo. Hoy le haré frente a todos los problemas con decisión y valentía y no dejaré ninguno para mañana.

6. No tendré miedo, actuaré valientemente. El futuro me pertenece. Hoy tendré confianza en que Dios ayuda a los que luchan y trabajan.

7. No envidiaré a los que tienen más dinero, más belleza o más salud que yo. Contaré mis bienes y no mis males. Compararé mi vida con la de otros que sufren más.

8. Trataré de resolver los problemas de hoy. El futuro se resuelve a sí mismo, el destino pertenece a los que luchan. Hoy tendré un programa que realizar. Si algo me queda por hacer no me desesperaré, lo haré mañana.

9. No pensaré en el pasado. No guardaré rencor a nadie. Practicaré la ley del perdón. Asumiré mis responsabilidades y no echaré la culpa de mis problemas a otras personas. Hoy comprobaré que Dios me ama y me premia con su amor.

10. Seré cortés y generoso. Haré el bien sin que lo descubran. Trataré de pagar el mal con el bien. Al llegar la noche comprobaré que Dios me premió con un día de plena felicidad y de mañana haré otro día como el de hoy.

Atrévete a vivir. Decide quién eres y qué es lo que quieres realmente en la vida. Elige el puerto de tu destino: tal vez no puedas controlar el viento, pero ciertamente puedes controlar las velas de tu embarcación. Algunos, en su afán de amontonar tesoros y riquezas, olvidan lo principal y malgastan la única oportunidad de sus vidas:

Una mujer muy pobre con un niño en brazos pasó delante de una cueva y escuchó una voz que le decía:

–Entra y agarra todo lo que quieras. Pero no olvides lo principal. Después que salgas, la puerta se cerrará para siempre y no podrás volver a entrar nunca más. Aprovecha esta única oportunidad, pero no olvides lo principal.

La mujer entró en la cueva y quedó deslumbrada ante la enorme cantidad de joyas y piedras preciosas que había desparramadas sobre el piso. Para poder recogerlas con más libertad, puso al niño en el suelo y empezó a llenar su delantal con todas las riquezas que podía.

–Apúrate que sólo te quedan dos minutos, y no olvides lo principal –volvió a repetir la

VOZ.

Pasados los dos minutos, la mujer se precipitó fuera de la cueva cargada de tesoros. Tan pronto hubo salido, la puerta se cerró de golpe. Entonces, la mujer cayó en la cuenta de que había olvidado lo principal: su hijo estaba encerrado dentro y la puerta no se abriría nunca más. Arrojó sus riquezas y se puso a llorar desconsoladamente.

34. INVITA A QUE ENTRE EL AMOR

Una mujer se asomó a la ventana de su casa y vio a tres ancianos, de barbas venerables, indecisos frente a su puerta. Salió a preguntarles qué querían y, al notar su aspecto de cansancio y hambre, les invitó a pasar para que comieran y descansaran un rato.

–No podemos entrar los tres juntos –replicó uno de los ancianos.

–¿Por qué? –preguntó extrañadísima la señora.

–Verás –comenzó a explicarle el anciano–. Uno de nosotros es Amor y los otros son Éxito y Riqueza. Entra a la casa y consulta con tu marido quién quieres que entre.

Cuando la esposa le explicó, el hombre se puso a frotar las manos de contento.

–¡Que entre Riqueza y tenemos la vida resuelta! –exclamó entusiasmado–. Podremos, además, satisfacer todos nuestros sueños y deseos.

–Yo prefiero que entre Éxito –protestaba la señora–. La riqueza a veces es engañosa. El éxito es quien da la felicidad.

Entonces, se acercó la hija y les dijo:

–¿No sería mucho mejor que entrara Amor y llenara nuestras vidas y nuestro hogar con su presencia?

Tras pensarlo un momento, los tres estuvieron de acuerdo que era preferible que entrara Amor.

–¿Quién de ustedes es Amor? –preguntó la señora–. Que se acerque y entre a nuestra casa.

Amor se adelantó y empezó a caminar hacia la puerta. Los otros dos ancianos le siguieron.

–Yo sólo invité a uno. ¿Por qué vienen los tres?

–Porque invitaste a Amor. Si hubieras invitado a cualquiera de los otros, hubiera entrado solo; pero donde va Amor, siempre le siguen éxito y riqueza.

Dios es amor, el amor viene de Dios, el amor nos acerca a Dios. Así lo experimentó

Juan, el discípulo predilecto de Jesús. Por eso, su evangelio es un cántico al amor de Dios a los hombres que le llevó a entregarnos a su Hijo. Por eso también el mandamiento nuevo de Jesús no puede ser otro que el amor.

Si realmente creemos que Dios es amor, creemos que todos somos amados incondicionalmente por El y creemos que estamos llamados a amar a Dios, a amarnos nosotros y a amar a los demás, debemos transformar el amor en servicio, en solidaridad, nuevo nombre de la caridad. El amor es esencialmente acción. Es la fuerza dinámica del servicio práctico. El que ama de verdad, no sólo está dispuesto a darlo todo, sino que está dispuesto a darse. El amor es una entrega comprometida a cambiar y combatir todo lo que niega o impide la vida humana de los demás, especialmente de los hermanos más débiles y pequeños, los pobres, los excluidos, los despreciados, los ancianos y desvalidos, los indígenas, los sin techo y sin escuela, todos aquellos con los que Jesús se identificó y por los que nos juzgará en la hora definitiva: “Lo que hicieron a uno de esos hermanos más pequeños, me lo hicieron a mí” (Mateo 25,40). Seguir a Jesús implica, por consiguiente, un compromiso con el pobre, con el débil, con el necesitado, con todos aquellos a los que se les niega la vida, en los que Dios se oculta y al mismo tiempo se revela.

Traduciendo todo esto al campo educativo, seguir a Jesús, es decir, ser educador cristiano, es optar por el alumno más necesitado, más carente, más problemático, viendo en él al propio Jesús. El amor se transforma en servicio, en solidaridad, como expresión de la genuina libertad cristiana y como camino para vivir la plenitud humana y alcanzar la felicidad.

Si esto es así, el ser humano es un ser para el amor. El escritor francés Blondel escribió “El amor es por excelencia lo que nos hace ser, lo que nos constituye como personas”.

Martín E.P. Seligman, promotor de la psicología positiva, sostiene en su libro “La felicidad auténtica” que la genuina felicidad, la que perdura, la profunda, no hay que buscarla en el dinero, las posesiones o el poder. Su fuente está en las relaciones personales: en los pequeños grandes detalles como estar enamorado, hacer un amigo, tener un hijo. Lo de veras importante no es ser admirado, idolatrado, temido, sino ser querido. Sin amor es imposible ser feliz. Sin amor, de nada sirve todo lo demás. Esto lo comprendió perfectamente el apóstol Pablo que en el capítulo 13 de su Primera Carta a los Corintios escribió: “Aunque hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si me falta el amor sería como bronce que resuena o campana que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía y descubriera todos los misterios –la sabiduría más elevada–, aunque tuviera tanta fe como para trasladar montes, si me falta el amor nada soy. Aunque repartiera todo lo que poseo e incluso sacrificara mi cuerpo, pero para recibir alabanzas y sin tener el amor, de nada me sirve. El amor es paciente y muestra

comprensión. El amor no tiene celos, no aparenta ni se infla. No actúa con bajeza ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo. No se alegra de lo injusto, sino que se goza en la verdad. Perdura a pesar de todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo”.

No basta con ser bueno. Para vivir plenamente, hay que atreverse a amar:

“Quien es bueno, da para quien vive...

Quien ama, vive para dar.

Quien es bueno, soporta la ofensa...

Quien ama, olvida.

Quien es bueno, se compadece del prójimo...

Quien ama, ayuda.

Quien es bueno, comienza y acaba...

Quien ama, comienza para nunca más acabar.

Quien es bueno, sonríe...

Quien ama, hace sonreír.

Quien es bueno, ayuda cuando está cerca...

Quien ama, siempre está cerca para ayudar.

Quien es bueno, no condena...

Quien ama, recibe al condenado.

Quien es bueno, no hace mal a nadie...

Quien ama, hace el bien a quien le hace mal.

Quien es bueno, desciende hasta los otros...

Quien ama, hace a los otros subir”.

“Sigue tu sentimiento más puro y conocerás el verdadero significado del cariño”

(Enviado por Teresa Antonorsi)

Lo propio del ser humano, lo que nos define como personas es la capacidad de amar, es decir, de relacionarnos con otros buscando su bien, su felicidad. Lo que nos deshumaniza es vivir y morir sin amor. Detrás de cada tirano, cada asesino, cada malhechor, hay un déficit profundo de amor.

Nuestra actual cultura que privilegia el tener sobre el ser y alimenta las ansias de posesión, nos está volviendo incapaces de amar. Confundimos el amor con su opuesto, el egoísmo, con la necesidad inmadura de seducir para comprobarnos que nos quieren. Amar a una persona es darse para que encuentre su libertad y su felicidad. Es ayudarlo a alcanzar su plenitud. El amor supone donación, salir de uno mismo, entrega. Como decía el poeta Saint Exupery “amar no es estarse mirando largamente a los ojos, sino mirar los dos en la misma dirección”. Con frecuencia, se confunde el amor con la mera atracción física, con el ansia de posesión. Si no se supera esta etapa y se avanza hacia el amor como programa común, pronto se descubrirá que se está durmiendo con un desconocido.

El amor implica un proyecto común, un caminar juntos. Amar es reconocer que se ha encontrado una persona con la que se plantea la posibilidad de iniciar un camino. De ahí la importancia de educar a los jóvenes para la libertad y el amor. La libertad verdadera implica superar las ataduras del egoísmo, los caprichos y los miedos, que no permiten a la persona alcanzar su madurez afectiva y la capacidad de amar. Como ya hemos dicho, la falta de amor y la incapacidad de amar producen frustración, resentimiento, agresividad. La madurez afectiva supone la superación de la dependencia, el orgullo, el conformismo, la envidia, raíces de la soledad. Sólo el que ama verdaderamente podrá ser libre y fomentará en los otros el amor a la libertad.

El amor es una conquista diaria contra la costumbre y la rutina. Hay que alimentar al amor con atenciones y ternura para que no muera. El amor es como el agua: sólo cuando está en movimiento canta y da vida. Si la detenemos, se pudre y se le mueren las canciones. El amor es como el fuego

—hogar tiene las mismas raíces que hoguera—: Si no alimentamos el fuego, se apaga y donde antes había llama, sólo queda el sabor amargo de cenizas:

Un día, Odio, rey de los malos sentimientos, reunió a todos sus súbditos y les dijo que tenían que ayudarlo a matar a Amor.

—No te preocupes —dijo Mal Carácter—, yo me encargo de matarlo. Descargaré sobre él toneladas de rabia y de discordia y les aseguro que, antes de un año, Amor estará muerto.

Pasado el año, se reunieron todos a escuchar el reporte de Mal Carácter:

–Lo siento, hice todo lo que pude pero no logré matarlo. Cada vez que le sembraba una discordia, Amor la superaba y salía adelante.

–Me toca ahora a mí –gritó Ambición–. Desviaré la atención de Amor hacia el dinero, las riquezas, el poder, e irá languideciendo poco a poco hasta morir.

Por mucho que se esforzó, tampoco tuvo éxito Ambición. Cuando empezaba a debilitarse, Amor reaccionó y desoyó el llamado del poder y las riquezas.

Odio no aguantaba su fracaso, se puso más furioso e insoportable que nunca y envió a los hermanos Celos, quienes burlones y perversos, inventaron toda clase de argucias para herir a Amor con dudas y sospechas infundadas.

Amor lloró muy confundido, sufrió mucho, pero pensó que no quería morir y se impuso con valentía sobre los Celos.

Año tras año, Odio siguió en su afán de acabar con Amor. Envío a Pobreza, Enfermedad, Traición y muchos otros que aunque golpearon fuertemente a Amor no fueron capaces de destruirlo. Ya estaba Odio a punto de convencerse de que Amor era indestructible, cuando un sentimiento poco conocido, que hasta ese momento había pasado desapercibido, le pidió a Odio que le diera un chance.

Antes de un año, el sentimiento desconocido le informó a Odio que Amor había muerto.

–¿Y tú quién eres que has logrado lo que ninguno de nosotros pudo?

–¿Yo? Me llaman RUTINA –dijo hundiéndose en un descomunal bostezo.

(Sobre un texto enviado por Sylvia Paúl)

35. EL ELEFANTE ESCLAVO

Los elefantes son unos animales inmensos, con una fuerza descomunal, capaces de arrancar un árbol de cuajo. Sin embargo, tú mismo podrás observar que, a los elefantes de los circos, les amarran una pata con una cadena que fijan a una estaca que está clavada unos pocos centímetros en el suelo. No hay duda que si esos enormes elefantes quisieran escapar, podrían arrancar fácilmente la estaca. ¿Por qué no lo hacen? ¿Porque están amaestrados? Y si es así, ¿para qué los amarran con la cadena a la estaca?

La respuesta es muy sencilla: “El elefante del circo no escapa porque ha estado atado a una estaca parecida desde que era muy pequeño”.

Cuando era todavía niño, lo amarraron a la estaca. El pequeño elefante intentó en vano arrancar la estaca. No pudo pues entonces sus fuerzas no se lo permitieron. Posiblemente lo intentó varias veces más. Hasta que se dio por vencido. Convencido de que no podría, ya nunca más volvió a intentarlo a pesar de que su cuerpo se iba llenando de una fuerza extraordinaria.

El miedo a la libertad, tituló Eric Fromm uno de sus libros más famosos y pertinentes. En verdad, para ser hoy libre, hace falta mucho valor, sacudirse los miedos y levantarse con decisión hacia la conquista de sí mismo, lo que implica coraje para recorrer un camino de esfuerzo y vencimiento, en contra del rebaño y la manada. La libertad conlleva profundas rupturas. Por ello, implica vencimiento y valor. Sobre todo en un mundo donde impera la dictadura del pensamiento único y la colonización de las mentes.

Algunos se llenan de cadenas y se creen libres. Piensan que son libres porque hacen lo que quieren, “lo que les da la gana”, sin caer en la cuenta que, de ese modo, se encadenan a su capricho, su egoísmo, su pasión, sus ansias de tener. La libertad no consiste en hacer lo que uno quiere, sino en irse desatando de todas las dependencias que impiden realizarse en plenitud. Libre no es el que hace lo que quiere, sino el que quiere lo que hace. Libre es la persona que logra desamarrarse de sus ataduras y sus miedos, de tal modo que nadie ni nada tiene poder sobre él. Libre es el no-esclavizado, el no-sometido, el que decide por sí mismo y es coherente entre lo que piensa, dice y hace.

La libertad implica responsabilizarse por completo de la conducta y de la vida, creer en la propia fuerza para romper todas las amarras y cadenas que impiden a la persona llegar a ser ella misma. Con frecuencia, no intentamos muchas cosas porque creemos que no podemos. El temor al fracaso nos impide crecer. La conciencia de nuestra impotencia nos amarra a la mediocridad y nos mantiene esclavos. Nos falta coraje para romper nuestras cadenas y emprender el camino de nuestra libertad.

Cuando escribo estas líneas, está de moda la canción Color Esperanza de Diego Torres que nos invita a quitarnos los miedos y tentar el futuro con el corazón:

“Sé que hay en tus ojos con sólo mirar
que estás cansado de andar y de andar
y que al final,
girando siempre en un lugar.
Sé que las ventanas se pueden abrir
Cambiar el aire depende de ti.
Te ayudará,
vale la pena una vez más.
SABER QUE SE PUEDE, QUERER QUE SE PUEDA
QUITARSE LOS MIEDOS, SACARLOS AFUERA,
PINTARSE LA CARA COLOR DE ESPERANZA
TENTAR AL FUTURO CON EL CORAZÓN.
Es mejor perderse que nunca intentar
mejor tentarse a dejar de intentar
aunque ya ves
que no es tan fácil empezar.
Y así será
La vida CAMBIA Y CAMBIARÁ...
Sentirás que el alma vuela
por cantar una vez más.
SABER QUE SE PUEDE, QUERER QUE SE PUEDA
QUITARSE LOS MIEDOS, SACARLOS AFUERA,
PINTARSE LA CARA COLOR DE ESPERANZA
TENTAR AL FUTURO CON EL CORAZÓN.
Vale más poder mirar
que sólo buscar ver el sol
PINTARSE LA VIDA COLOR DE ESPERANZA
TENTAR AL FUTURO CON EL CORAZÓN.
SABER QUE SE PUEDE
QUERER QUE SE PUEDA
PINTARSE LA CARA COLOR DE ESPERANZA
TENTAR AL FUTURO CON EL CORAZÓN”.

Para ser auténticamente libres, hay que fortificar la voluntad. De ahí la necesidad de una educación que enseñe a los jóvenes a tomar decisiones y llevarlas a la práctica, sin amilanarse ante las dificultades y problemas. Enseñarles a triunfar sin ofender ni humillar y a levantarse de los fracasos cuantas veces sea necesario. Hay que aprender a considerar el fracaso como trampolín que nos impulsa al triunfo. Educar en la libertad es educar en la responsabilidad con uno mismo, con los demás, con la naturaleza y con

Dios. Es educar en el servicio, en la búsqueda del bien común, en la capacidad de combatir el propio egoísmo para poder derramarse sobre los demás.

Dios nos soñó libres. El amor y la verdad son caminos para la libertad: “La verdad les hará libres” y sólo los libres, que no están amarrados a las dobles verdades, a la falsedad, a la mentira, podrán ser verdaderos. El que ama de verdad es libre, y el que es libre ama de verdad. “Ama y haz lo que quieras”, escribió San Agustín, y es que, si uno ama de verdad, no puede obrar el mal porque busca el bien de la persona amada. La libertad se transforma en servicio, en compromiso de liberación, en entrega decidida a combatir todo lo que esclaviza a las personas.

La libertad es capacidad de entrega, de solidaridad, de amor; y el amor es fuente de una libertad siempre renovada. El amor combate la dependencia e impulsa al otro a emprender el vuelo de su libertad:

Toro Bravo, el más intrépido de los guerreros sioux, iba a casarse con Nube Azul, la hija del cacique, que sobresalía por su belleza y su valor. Se amaban profundamente y acudieron al anciano chamán a pedirle algún brebaje, amuleto o talismán para que su amor no se debilitara con el paso de los años, sino que siguiera siempre igual de seguro y firme.

El anciano se emocionó al verlos tan jóvenes, tan enamorados, tan decididos a hacer lo que él les indicara.

—Hay algo —les dijo—, pero es muy difícil y arriesgado...

—No importa, haremos lo que sea —dijeron los dos con decisión.

—Nube Azul, ¿ves la montaña al norte de nuestra aldea? Deberás subirla sola y sin más armas que una red y cazar con tus manos el halcón que habita en la cumbre. Si lo atrapas, deberás traerlo aquí vivo el tercer día después de luna llena. ¿Comprendiste?

La muchacha dio un sí con decisión. Ardía en deseos de iniciar su tarea.

—Y tú, Toro Bravo —prosiguió el chamán—, deberás escalar la montaña del trueno y sin otras armas que una red, deberás capturar sin hierirla ni herirte el águila que anida en la cumbre. Si lo logras, me la traes aquí el mismo día que deberá venir con su halcón Nube Azul.

Los jóvenes se abrazaron con ternura y partieron a cumplir su misión, ella hacia el norte, él hacia el sur.

Al tercer día después de luna llena, ambos jóvenes se presentaron frente a la tienda del chamán, cada uno con su presa.

–¿Qué debemos hacer ahora? –preguntaron ansiosos los jóvenes–. ¿Acaso debemos matarlos y beber su sangre para que nos dé su fortaleza?

El chamán negó con su cabeza. Al rato, les dijo:

–Con estas tiras de cuero amarren bien las patas del águila con las patas del halcón, y los sueltan para que vuelen libres.

Los jóvenes hicieron lo que les ordenaba el chamán y soltaron los pájaros. El águila y el halcón intentaron levantar vuelo pero sólo consiguieron revolcarse por el suelo. Luego, empezaron a picotearse bárbaramente.

Entonces les dijo el chamán:

–No olviden nunca la lección que acaban de ver. Ustedes son el águila y el halcón. Si se atan el uno al otro, aunque sea por amor, no podrán volar y terminarán destrozándose el uno al otro.

36. LO MEJOR DE LA VIDA

Ocurrió entre los bosquimanos “kung”, en el áspero desierto sudafricano de Kalahari. Antes de marcharse, el antropólogo Richard Lee decidió hacerles un buen regalo para agradecerles su hospitalidad en los días que había pasado con ellos.

Como sabía lo mucho que apreciaban la carne y cuánto les costaba conseguirla, se le ocurrió regalarles un buey grande y gordo, de modo que todos pudieran hartarse de carne. Con esta intención visitó los pueblos cercanos, hasta que encontró un ejemplar magnífico. Lo compró y se presentó muy feliz y orgulloso en el poblado diciendo que ese era su regalo.

Los kung se fueron acercando para ver el animal y, en lugar de la alegría que el antropólogo había esperado, todos mostraban gestos de disgusto y desprecio.

–Este animal no vale nada, te engañaron, hombre blanco.

El antropólogo no podía creer lo que veía y escuchaba:

–Si es el mejor buey que encontré en todos los pueblos cercanos. Me gasté toda una fortuna. Es enorme y está gordo y muy sano.

–Te equivocas, es un animal dañado, no sirve.

–Lo comeremos pero regresaremos con hambre a nuestras casas pues tiene muy poca carne.

Richard Lee seguía desconcertado. Cuando lo mataron, se hizo evidente la abundancia de su carne y el hartazgo de todos los habitantes de la aldea. Sin embargo, seguía su enojo.

Semanas después, el jefe de los “kung” le explicó su desprecio por el buey:

–Cuando uno ofrece un gran regalo, también se cree grande. Se siente poderoso y superior a los demás. Nosotros rechazamos a los vanidosos.

–Pero yo no lo hice por vanidad, sino...

–Es mejor curar la enfermedad del orgullo antes de que aparezca –le interrumpió el cacique– Entre los kung no queremos gente orgullosa, porque el orgulloso se vuelve violento, y el violento ofende, hiere y hasta mata. Siempre que recibimos un gran regalo,

decimos que no vale nada. Así el corazón del que regala se mantiene humilde y pacífico.

Los kung, ese pueblo “primitivo”, acababan de darle otra extraordinaria lección. Ya antes había admirado cómo compartían entre todos los frutos del conuco y lo que adquirirían en la caza y en la pesca. Los ojos del cacique seguían fijos sobre él, llenos de palabras:

—Entre nosotros no hay tuyo ni mío. Si guardas las cosas para ti, pierdes lo mejor de la vida.

—¿Y qué es lo mejor? —preguntó el antropólogo.

—Dar y también recibir. El que recibe le está haciendo también un gran regalo al que da. Y eso es más sabroso que la carne de buey.

(Enviado por Radalistas Apasionadas: radialistas@accesinter.net)

Agradece que puedes dar y que hay personas dispuestas a recibir. Y si das, hazlo con sencillez y con humildad, de modo que el que recibe no se considere inferior. No seas como el fariseo que vas pregonando tu generosidad. Aprende de Dios que lo da todo y se esconde, hasta el punto de que muchos niegan su presencia.

Reconoce lo muy privilegiado que eres al poder dar: Dios te ha dado mucho, por eso debes mucho a los demás. Trata de vivir agradecido y esfuérzate no tanto por regalar las cosas que te sobran, sino por ser tú un regalo para los demás. Es mucho más heroico darse que dar cosas.

Vive cada día y cada acción con intensidad. Transforma lo cotidiano en extraordinario. Cuenta tus alegrías, tus dones, no tus desdichas y carencias. Da y recibe. Acepta agradecido lo que te brindan los demás. Todo lo que tienes y usas, desde los zapatos, la ropa, los alimentos que comes, la pluma o la computadora en la que escribes, el teléfono con el que te comunicas, la película que ves..., ha sido hecho por otros. Acéptalo como un regalo. Vive agradecido. El ser humano es impensable en soledad. Todo lo que tenemos se lo debemos a otros.

Vive en estado de alegría, de asombro, de ecología, de agradecimiento. Reza con humildad esta preciosa oración de F. Cerro:

“Señor,
todo lo hemos recibido de tu amor,
todo es regalo tuyo,
todo es expresión de tu ternura,
de tu bondad infinita.

Gracias por habernos dado la vida,
tu misma vida.
Gracias por nuestras familias,
tu misma familia.
Gracias por todos los amigos,
tu misma amistad.
Todo nos lo has regalado tú:
la primera estrella,
el primer átomo,
la primera caricia de la primavera.
Tú nos has enseñado el camino,
para ser recorrido sin mirar atrás.
Tú nos has ofrecido la verdad,
para ser proclamada a los cuatro vientos.
Gracias por no estar nunca lejos,
por el niño que acaba de nacer,
por el que ha muerto y tú le esperas,
por el que vive ofreciendo su vida.
Gracias, Señor,
por los miles de detalles de tu amor,
por estar de corazón en cada cosa.
Gracias por el fondo del mar,
por la lluvia de esta mañana. Amén”.

Lucha contra la adversidad, contra todo lo que deshumaniza e impide la vida y no pierdas nunca la esperanza. El mañana nuevo ya se acerca:

Vendrá un día más puro que los otros:
estallará la paz sobre la tierra
como un sol de cristal. Un fulgor nuevo
envolverá las cosas.
Los hombres cantarán en los caminos,
libres ya de la muerte solapada.
El trigo crecerá sobre los restos
de las armas destruidas
y nadie verterá
la sangre de su hermano.
El mundo será entonces de las fuentes
y las espigas, que impondrán su imperio
de abundancia y frescura sin fronteras.
Los ancianos tan sólo, en el domingo
de su vida apacible,

esperarán la muerte,
la muerte natural, fin de jornada,
paisaje más hermoso que el poniente.

(Jorge Carrera Andrade)

37. UN NIÑO HA RENACIDO

Este cuento navideño es de Martín Descalzo y me lo envió Ángel Martínez, “El Pájaro”:

Colgó del arbolito la última bambalina y retrocedió unos pasos para contemplarlo mejor. Enchufó la extensión y el árbol se llenó de guiños de luces y melodías de aguinaldos. Dentro de una media hora, llegaría el esposo con su hijito Luis, de tan sólo cinco años, que correría entusiasmado hacia el milagro de ese arbolito cuajado de adornos y de luces. Al niño le faltarían ojos, manos y gritos para expresar su júbilo ante tanta belleza. “Ciertamente, la alegría de las navidades son los niños”, pensó Lucía y, para hacer más llevadera la espera, se puso a ver televisión.

La película de renos y San Nicolás se interrumpió de pronto y apareció el rostro angustiado de una madre desesperada: “Yo les pido que me den un corazón para mi hijo. Alguna clínica, algún hospital o alguien debe tener un corazón. Los médicos aseguran que no pasará de esta noche si no lo encontramos, dicen...” La voz que comenzó serena se hundió en un llanto incontrolable. “Por favor, se lo ruego, un corazón... Es mi único hijo, no puede morir...”

Lucía tuvo un escalofrío al imaginar que ella podía ser esa mujer que estaba a punto de perder su hijo. Los guiños del arbolito le dieron ganas de llorar. Entonces, sonó el teléfono y las palabras al otro lado le fueron metiendo una lenta puñalada. “Un camión al que le reventó un caucho. Habían caído por un barranco. Estaban muy graves en el hospital Adolfo Pons”.

Corrió a casa de su cuñado y a gritos le pidió que le llevara al hospital. No sentía nada. El corazón le pesaba como una piedra dentro del pecho. A pesar del frío, abrió la ventanilla y dejó que el viento alborotara sus cabellos y deshiciera el peinado que se había hecho para Nochebuena. Sus ojos estaban secos, sin lágrimas aliviadoras.

—¿Ha muerto? —preguntó al médico que esperaba por ella.

—Su marido se está recuperando.

—¿Y el niño?

—No pudimos hacer nada. Llegó ya muerto al hospital.

Le faltó el aire y cayó desmayada en los brazos del cuñado. Tardaron varios minutos hasta que lograron que volviera en sí. Cuando abrió los ojos, estaban extraviados, como

los de una loca. Pero no gritó. Un llanto suave le fue sacando lentamente su montaña de dolor. Entonces, sin pensarlo, como si viniera de otro mundo, Lucía lanzó sus ojos al doctor que se esforzaba por consolarla y le dijo:

—¿Y el corazón?

El médico la miró sin comprender y le preguntó pacientemente:

—¿Qué pasa con el corazón?

—Que si todavía sirve, que si puede servir.

—¿Servir para qué?

—Para salvar la vida del niño del televisor, que se va a morir esta noche si no le dan un corazón.

El castillo interior que había resistido hasta entonces, se vino abajo. Imaginó el árbol navideño que había dejado prendido, lleno de adornos, música y lucecitas, en la sala. Ya nadie correría a abrazarlo con sus gritos de júbilo. Desde esta noche, el silencio crecería en la casa como un mar sin orillas. Un silencio en el que resonarían los latidos de un corazón. Aunque no fuera el de Luis, su hijo.

Porque el corazón de su pequeño corría hacia la capital en una caja de acero, y en cada kilómetro que avanzaba, hacía latir más deprisa el corazón de aquella madre que Lucía no conocía, pero en el que ella acababa de replantar la esperanza.

Las campanas soltaron sus lenguas de bronce y empezaron a llamar a la Misa de gallo. Muy pronto en todas las iglesias se celebraría el nacimiento de un niño que llegaba con su carga de corazones a dar vida a los demás.

—¡Mala suerte la nuestra! —se quejó el chofer de la ambulancia—. Tener que trabajar en una noche como hoy.

—Merece la pena, si logramos salvar la vida a ese niño —le sonrió el compañero.

—¡Verdad! ¡Vaya valor el de esa mujer!

Se estaban acercando al hospital. Las calles, engalanadas con guirnaldas y luces de colores, estaban casi desiertas. Un equipo de médicos esperaban ansiosos la ambulancia. Del reloj de la torre cercana fueron descendiendo lentamente las doce campanadas. Era Nochebuena, la hora de nacer. O de renacer. En el quirófano sólo faltaban la mula y el

buey.

Navidad: tiempo de nacer, de renacer, a la vida auténtica. Dios se esconde en la fragilidad de un niño que tiembla de frío sobre un pesebre, para enseñarnos el camino de la plenitud en la entrega. Quiero hacer mías las bellísimas palabras de Ángel Martínez, “El Pájaro”, en su homilía de la Noche Buena:

“Aquella noche, los ángeles anunciaron en toda la tierra: ‘hoy, ha nacido un niño, el salvador’.

Para esta tierra sin luz nace el Señor, para vencer las tinieblas, para cambiar nuestro mundo, todos los días nace el Señor.

Para este mundo dormido nace el Señor, para darle sentido a nuestra vida llenándola de esperanza, todos los días nace el Señor.

Si has seguido la aventura y el riesgo de seguir una estrella
Si has dejado nacer el perdón, la sencillez y el servicio en tu vida
Si has abierto el corazón a la necesidad y al dolor de los que sufren
Entonces Dios nace en ti y tú me habrás hecho creer que hoy es Navidad.
¡Paz en la noche! ¡Paz en la tierra!

Un niño nos ha nacido. Todo está lleno de esperanza.
El río dice su oración. La luna le canta al cielo y las montañas se alegran de la luz.
Todo en el mundo es un nacimiento. Todo está ya liberado.
Rompan, fundan sus armas. Hablen sólo los cuatros y las maracas.
Vayan en busca de los pobres. Que les envuelva su canto.
Hagan un corro infinito. Pongan la mesa rápido:
Hombres, mujeres y niños, patrón, obrero, soldado
Ustedes son el pesebre. Amigos: dense la mano.
Hagan un mundo más justo, una tierra compartida
Cuiden que el aire sea puro, planten de flores el campo.
Acaben con la tortura. Den techo para la lluvia
Pan para todas las hambres y a los obreros, trabajo
Que el pesebre viene a ustedes cuando viven como hermanos.
Tú serás un aguinaldo. Tú el ángel que cante paz.
Tú el fuego que nos caliente. Tú el pastor y tú el regalo.
No busquen entre las nubes un nacimiento extraño
Abran el alma al misterio. Comiencen por el abrazo
Que Jesús ya nos ha nacido. Lo tenemos en nuestras manos.

Nos dieron la vida para darla. El evangelio nos abre a un modo completamente distinto de ver y vivir la vida. El Todopoderoso se oculta en la impotencia de un recién

nacido que no encuentra posada entre los hombres. Llama bienaventurados a los pobres, los que sufren, los que son perseguidos, y nos presenta el servicio, el salir de uno mismo, la entrega, como el camino para llenarse de vida y alcanzar la plenitud. Jesús vivió y murió dando vida. Seguir sus pasos es emprender el camino hacia la vida abundante. Algunos, como los santos, tomaron en serio esto y se llenaron de vida dándola. Por ello, incluso muertos, siguen dando vida. Su recuerdo nos impulsa a levantarnos de la mediocridad y superficialidad y a sumergirnos en lo hondo.

De ahí la importancia de una educación que nos enseñe a amar la vida, a defenderla, a hacerla posible para los que no pueden disfrutar de ella. Hoy la vida está amenazada y negada de múltiples formas. Miles de millones de personas no pueden vivir dignamente y apenas malviven en una miseria atroz. Otros muchos mueren de hambre, de enfermedades fácilmente derrotables, a causa de guerras injustas, o por una violencia ciega ocasionada por la intolerancia o la miseria. Pueblos enteros sufren el acoso de una dictadura cultural que les impide ser ellos mismos, que destruye sus valores, tradiciones y formas de vida. La propia naturaleza gime de dolor ante las dentelladas de un desarrollo ciego que destruye sus entrañas y siembra la muerte por todas partes.

De ahí la necesidad de una educación desde la vida y para la vida, que combata con valor todos los ídolos de la muerte: el egoísmo, consumismo, codicia, violencia, opresión..., y enseñe a amar la cultura de la vida compartida. Hay que educar para la austeridad y el compartir, para la búsqueda de un desarrollo humano sostenible, que atienda las necesidades de todos y no de unos pocos, que priorice la calidad de vida sobre la cantidad de cosas, y que enseñe a respetar y amar la naturaleza.

Quiero terminar con un renovado llamado a la ilusión, el coraje y la esperanza. Para ello, les voy a regalar dos preciosos textos en los que yo suelo lavar mis cansancios y desánimos y alimentar mis entusiasmos. El primero es “¡Arriba la vida!” del cantautor Alberto Cortez. El segundo se lo debemos a Eduardo Galeano:

“Mientras quede una flor en el camino,
mientras quede un amigo en quien confiar,
la ternura infinita de los niños
y las ganas de andar un poco más.
Mientras quede una corriente de agua fresca
y perduren las canciones de Serrat,
el rechazo a cualquier tipo de violencia,
esta voz será plural y cantará:
¡Arriba la vida!, que no muera la esperanza.
Mientras quede una paloma en pleno vuelo,
que no pueda derribar el cazador,
y muchachas con jazmines en el pelo
y un geranio floreciendo en un balcón.

Mientras quede un solo perro vagabundo
y muchachos sobre un barco de Greenpeace
y Teresas de Calcuta por el mundo,
esta voz será plural para decir:
¡Arriba la vida!, que no cunda el desaliento,
hay muchas cosas que nos quedan por lograr;
cada momento puede ser un buen momento
para empezar, para empezar, para empezar.
¡Arriba la vida!, rescatemos la alegría,
que la amargura no aparezca por aquí.
Una sonrisa es la mejor artillería
para vivir, para vivir, para vivir”.

El texto de Eduardo Galeano es el siguiente:

“Nosotros tenemos la alegría de nuestras alegrías y también tenemos la alegría de nuestros dolores, porque no nos interesa la vida inodora que la civilización de consumo vende en los supermercados, y estamos orgullosos del precio de tanto dolor que por tanto amor pagamos. Nosotros tenemos la alegría de nuestros errores, tropezones que muestran la pasión de andar y el amor al camino, tenemos la alegría de nuestras derrotas porque la lucha por la justicia y la belleza valen la pena también cuando se pierden. Y sobre todo, tenemos la alegría de nuestras esperanzas en plena moda del desencanto, cuando el desencanto se ha convertido en artículo de consumo masivo y universal. Nosotros seguimos creyendo en los asombrosos poderes del abrazo humano”.

Índice

Título	2
Parte 1 - PRESENTACIÓN	3
1. EL PLANETA AZUL	6
2. EL HOMBRE Y EL MUNDO	9
3. EL PARAGUAS	13
4. ¿MERECE LA PENA TU VIDA?	17
5. LA MIRADA	20
6. LA CARRETA	22
7. ESCUCHAR	25
8. SI TÚ FUERAS CAPAZ DE MIRARTE	27
9. EL PERFUME DE LA MAESTRA	29
10. PAPÁ, ¿CUÁNTO GANAS?	33
11. LOS SIETE PALOS SECOS	37
12. SI NO SE HICIEREN COMO NIÑOS...	40
13. EL ALACRÁN	43
14. LA ZANAHORIA, EL HUEVO Y EL CAFÉ	46
15. ASAMBLEA EN LA CARPINTERÍA	50
16. LA MESA	53
17. EL ÁRBOL DE LA VIDA	56
18. EL GRAN SAMURAI	59
19. LAS RANAS	63
20. AMIGO	67
21. PONERSE EN LA PIEL DE LOS DEMAS	70
22. DIOS TE NECESITA	73
23. EL LEÑADOR Y SU ESPOSA	76
24. EL CABALLO DEL CALIFA	80
25. PANTALONES TALLA 32	84
26. LA ROSA	87
27. HIJO DE LA TRIBU	91

28. A CUMBRE DE LA MONTAÑA	95
29. LA DECISIÓN DEL ÁGUILA	99
30. EL SILENCIO DE DIOS	101
31. APRENDE A USAR LA INTELIGENCIA	105
32. LO MAS CULTO ES LO MAS SENCILLO	108
33. ¿CUÁNTO HAS VIVIDO?	110
34. INVITA A QUE ENTRE EL AMOR	114
35. EL ELEFANTE ESCLAVO	119
36. LO MEJOR DE LA VIDA	123
37. UN NIÑO HA RENACIDO	127